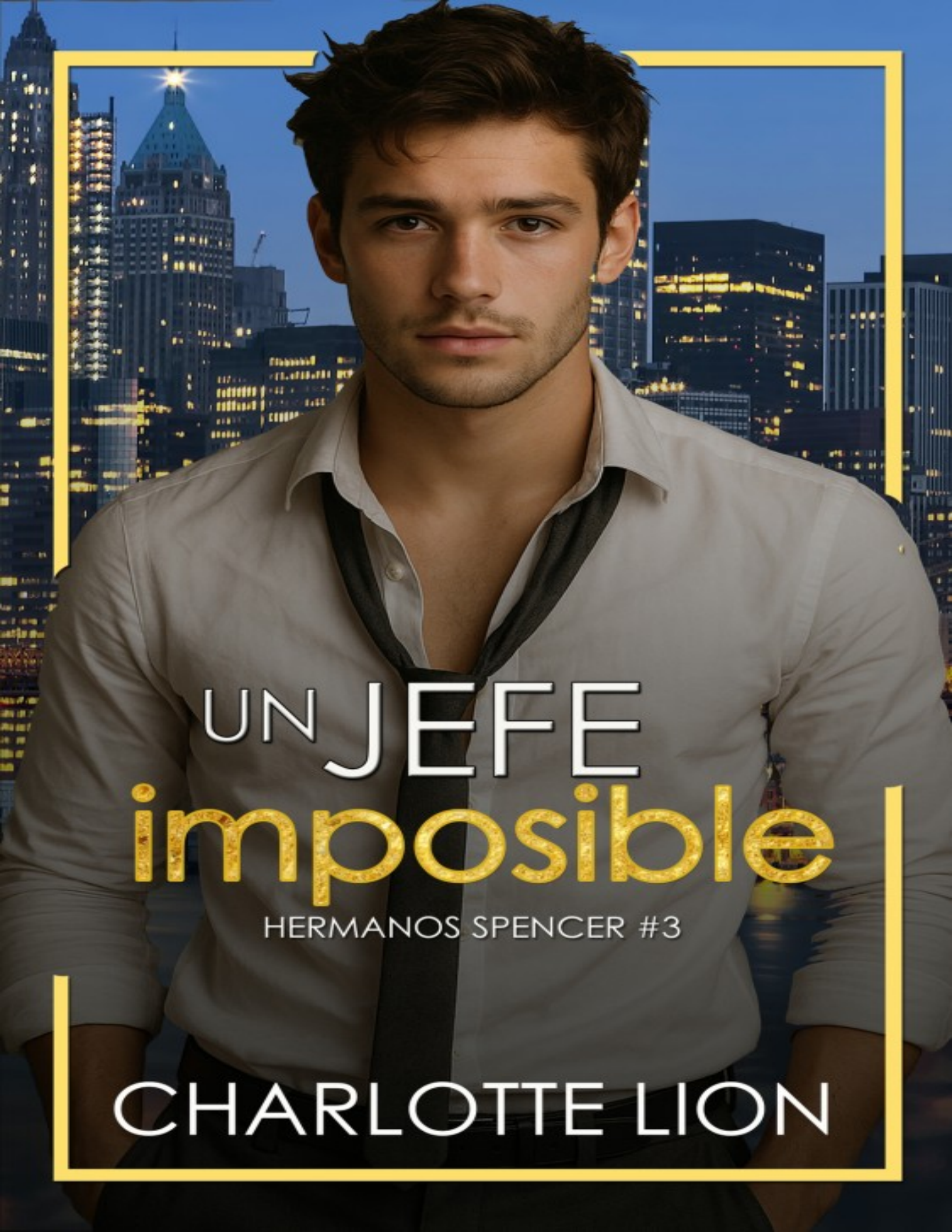

UN JEFE
imposible
HERMANOS SPENCER #3
CHARLOTTE LION

UN JEFE imposible

HERMANOS SPENCER #3

CHARLOTTE LION

Copyright © 2025 Charlotte Lion
Todos los derechos reservados
Diseño de la cubierta: Charlotte Lion

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

Primera edición: septiembre 2025
ISBN: 979-8264383632

Depósito Legal Z 1437-2025
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y los siguientes del Código Penal).

Capítulo UNO
Lauren

El sonido de las notificaciones parece una metralleta. Correo. WhatsApp. Llamadas perdidas. Noticias de última hora. Hashtags que suben como espuma en una cazuela que no quise poner al fuego.

Respiro hondo, cuento hasta tres y abro el primer enlace. Foto uno: Caleb Spencer, camisa desabrochada, sonrisa de anuncio, saliendo de una fiesta privada por una puerta trasera. Foto dos: la misma sonrisa, la misma puerta, la hija de un congresista —sí, ese congresista— pegada a su costado como si fuera un accesorio caro. Foto tres: un beso que no deja dudas, un flash indiscreto, dos guardaespaldas mirando a otro lado.

Titular: *"¿Tráfico de influencias? El pequeño Spencer y la heredera del Capitolio".*

Mi café se queda frío en la mesa. Yo no. Yo ardo.

—Pauline —digo sin apartar la vista de la pantalla—, activa el protocolo rojo.

Mi asistente ya está en la puerta con la libreta abierta. Tiene veinte y pocos, mirada despierta, dedos rápidos.

—¿Comunicado de contención o negación total? —pregunta.

—Aguanta el comunicado. Quiero ver quién lanza primero la piedra. Caza menciones, localiza al medio que lo ha subido y monitoriza hashtags. Crea alertas con "tráfico de influencias", "Spencer Gate" y "congresista". Y pide a Legal que suba a la sala de juntas.

—¿Y con Caleb?

Levanto la vista despacio. El nombre pesa en la boca como una pastilla sin agua. Quiero intentar no morder a Pauline, no lo merece.

—Todavía no.

Cierro la pestaña del titular y abro otra. Están todos ahí. Las fotos se replican con la alegría cruel de un virus. Las opiniones, más baratas que los buenos modales, se multiplican a velocidad de insulto. #CalebGate. #PrivilegioSpencer. Un vídeo corto, grabado con

móvil, muestra a Caleb riendo, rodeado de gente que podría pagar mis tres próximas vidas. Él mira a cámara, guiña un ojo. Como si estuviera burlándose de mi. El ojo perfecto para hundirme la mañana.

Mi teléfono fijo suena antes de que me dé tiempo a insultarlo mentalmente.

—Lauren Gilbert —respondo, y sueno como quiero sonar: templada.

—Lauren, soy Gideon. —El jefe de Legal no pierde el tiempo con cortesías. — El despacho del congresista ha llamado. "Responsabilidad moral", "daño a la imagen pública", "posibles acciones legales". Las palabras de siempre, pero con colmillos.

—Siempre lo mismo… que nos citen la fuente original de las fotos. Y que nos envíen por escrito cualquier acusación. El "posible" no me sirve para nada.

—Están… exaltados.

—Que se exalten con comas y puntos. Gracias, Gideon. Sube a la sala en diez minutos.

Cuelgo. Respiro. Abro el archivo de crisis que llevo años puliendo como quien duerme con una navaja debajo de la almohada: Protocolo Imagen — Escándalos Afectivo-Políticos. Sí, existe. Sí, Caleb tiene un subcapítulo propio.

Paso uno: mapa de audiencias críticas. Inversores. Junta. Empleados. Prensa económica. Prensa rosa (qué asco). Redes. Políticos aliados. Paso dos: "holding statement" aséptico. Nada de adornos, nada de pólvora. "Skyline no comenta la vida privada de sus directivos. La compañía reitera su compromiso con la transparencia y el cumplimiento normativo". Me conozco las frases de memoria y, sin embargo, cada tecla me duele.

—Trae a Selina de Social —le digo a Pauline—. Y dile a I+D que me dé acceso al panel de escucha avanzada.

Mientras tecleo, la voz interior que nunca calla canta la misma canción de siempre: Soy licenciada con honores, hablo tres idiomas y he hecho guardias en salas de prensa que parecían zonas de guerra. Y, aun así, mi trabajo es ponerle tirita al ego de un hombre

de veinticuatro años que no aprendió la diferencia entre discreción y alarde. No es un pensamiento amable. Pero es sincero.

En la pared de cristal, el skyline de la ciudad nos recuerda por qué nos llamamos así. Edificios con nombres que costaron licencias que costaron reuniones que costaron noches sin dormir. La reputación es una piel. Cuando se desgarra, no se cose con un pantalón roto.

—Te traigo escucha en tiempo real —dice Selina, deslizando una tablet sobre la mesa—. La curva va en pico. Dos horas, y ya es tendencia en cinco países. Entre los diez primeros influencers están dos columnistas políticos y un par de opinadores de lifestyle. Hay una cuenta nueva, con seguidores falsos, que impulsa el "tráfico de influencias".

—¿Origen?

—No lo sé aún, pero apesta a campaña.

A Astoria Global, pienso. A sus manos limpias y su perfume caro. El rival que nos sonríe en las galas y nos muerde en por las espaldas. Odio cada vez que veo uno de sus periodistas infiltrados

en mis ruedas de prensa. Piensan que no sabemos que están allí. No es una certeza, es olfato. El mío raramente falla.

—Pauline, pon a alguien a cruzar esas cuentas con los últimos contratos que tenemos compitiendo con Astoria. Si la correlación existe, la vamos a encontrar.

—¿Y Caleb? —insiste —¿Qué hacemos con él?

Trago saliva. Las fotos vuelven a mi cabeza, nitidísimas. La boca de él sobre la de la chica. El brillo borracho de la madrugada. La sombra de un guardaespaldas que vale una demanda.

—Localízalo. Pero no le pases llamadas todavía. Primero la familia.

Mi móvil vibra con el nombre de Matthew en la pantalla. Mi jefe. El que mueve las fichas.

—Lauren —dice, sin saludo—. Sala A en quince minutos. Martin está de camino. Caleb… —Hace una pausa.— Caleb está "localizable".

Esa pausa me cuenta más de lo que él diría en dos páginas.

—Estaré allí en cinco —respondo.

Cuelgo. Tomo mi café helado y lo dejo en la papelera. Abro el cajón y saco un blister de analgésicos. Lo cierro sin tomarlos. Me miro en el reflejo del cristal: traje negro, camisa blanca, coleta alta. Pintalabios que no sonríe. Enciendo la impresora: dossieres para todos. Resumen de crisis, cronología, riesgos, propuesta de contención. No me tiemblan las manos. Aún no.

—Cancela las reuniones previstas —indico a Pauline.

Camino por el pasillo de alfombra impecable con mi carpeta contra el pecho. A través de los cristales, veo a empleados mirando sus móviles, susurrando. Los ojos se levantan cuando paso. Algunos asienten con complicidad leve. Otros apartan la vista.

—Lauren —Pauline me alcanza, trote contenido—. Datos rápidos: el congresista ha publicado un comunicado en su red. "Condena absoluta", mucha moralina. No menciona a su hija. Y un periodista de *BusinessToday* pide un comentario de Skyline antes de publicar un artículo más largo sobre "cultura empresarial permisiva".

—Dile al periodista que le concederé cinco minutos después de nuestra rueda interna. Nada antes. Y sube ya a la sala con el social

listening en pantalla.

Empujo la puerta de la Sala A y el aire templado me recibe con su aroma a madera cara y silencio de museo. Matthew está en la cabecera, impecable. Martin, a su izquierda, manga arremangada, ojos que piden paz donde no la hay. Gideon ocupa un lateral con su maletín y su ceño de cláusula. En la pantalla, una diapositiva: Riesgo reputacional: alto. Me dan ganas de borrarlo y escribir: Altísimo.

—Buenos días —saludo, dejando carpetas frente a cada uno—. Empecemos por lo obvio: no vamos a negar lo que se ve. Nuestra nota de contención está lista, pero os propongo aguantarnos una hora. Quiero ver si el congresista comete el error de acusar con nombres. Si lo hace, tendremos base para exigir rectificaciones públicas.

—¿Y si no? —pregunta Matthew, sin alzar la voz, pero tomando la carpeta sobre la mesa.

—Entonces la emitimos y nos blindamos. Y, si me dejáis, me gustaría preparar un encuentro con prensa para este mismo viernes. No para hablar de Caleb, sino del proyecto medioambiental. Hay que

cambiar el encuadre cuanto antes. Ganar sonrisas y favoritismos púbicos.

Martin asiente, lento.

—¿Crees que esto fue casual? —me pregunta.

—No. Huele a estrategia, cuentas falsas, amplificación pagada. Astoria o alguien parecido. Puedo demostrarlo si me dais una tarde.

—Te la damos —dice Matthew demasiado serio para mi bien—. Pero ahora responde a lo que nadie quiere decir en voz alta: ¿qué hacemos con Caleb?

Trago. El nombre vuelve a pesar. No soy su madre, no soy su novia, no soy su ángel de la guarda. Soy la persona que barre sus cagadas de forma eficiente.

—Primero: no lo escondemos. Hacerlo será visto como admisión de culpa. Segundo: no hablamos de su vida privada, hablamos de procesos y transparencia. Tercero: lo quiero aquí a la de ya. Conmigo. Lo necesito sentado, mirando de frente. Si va a actuar como un adulto, que empiece por entrar por esa puerta.

—¿Y si no entra? —dice Gideon preocupado. Él duda de Caleb, como todos.

—Entonces entraremos nosotros a buscarlo —respondo—. Y si la respuesta era una metáfora, que deje de serlo.

Matthew me mira con esa manera suya de pesar las palabras en una balanza invisible. Con él, cada segundo de silencio se parece a un examen.

—Eres la mejor profesional que podíamos contratar, Lauren. No podemos permitir que nuestras nuevas adquisiciones u obras sociales queden eclipsadas por su nueva fiesta nocturna.

—Por descontado.

Matthew Spencer no me contrató para decirle las cosas que quería oír. Me contrató para solucionar lo que nadie más puede y, desgraciadamente, él no puede controlar a su hermano y sus desastres.

—Está en el edificio —dice por fin—. Llegó hace diez minutos.

Mi estómago hace un gesto que no admito. Parte alivio, parte rabia. No pienso demostrar ninguna emoción en el rostro. No quiero

que vea cuánto me cabrean sus actitudes infantiles. No pienso darle ese regalo.

—Perfecto —digo—. Pues vamos a lo técnico. —Señalo la pantalla—. Selina, proyección.

Las curvas de menciones, las nubes de etiquetas, los análisis de impresiones inundan la pared. Hablo deprisa y claro: ventanas de oportunidad, listados de aliados, microinfluencers no obvios, posibles entrevistas útiles.

Pauline va anotando sin perder el ritmo. Martin pregunta, práctico. Gideon recuerda que no me salga del carril legal. Matthew no parpadea.

Mientras explico, mi móvil vibra en silencio. Miro de reojo. Un mensaje: "¿Me echabas de menos, carcelera?" No necesito leer el nombre para saber quién lo escribió. La frase lleva su firma invisible.

No contesto. Sigo hablando como si no me corriera electricidad por la columna vertebral.

—También recomiendo —continúo— que no dejemos sola a la hija del congresista en la narrativa pública. Nadie gana señalando a

una mujer.

—¿Él? —pregunta Martin, y sé que "él" no es el congresista.

—Él —repito—, tendrá que aprenderlo hoy.

La puerta se abre como si el destino estuviera harto de los prólogos. Y entra. Alto, impecablemente desordenado —cómo lo consigue, nunca lo sabré—, la barba de tres días que irrita a mis principios estéticos y una sonrisa que, si la vendieran en botellas, sería delito fiscal. Viste traje sin corbata, camisa con dos botones de más abiertos, unas zapatillas de deporte impecables y esa seguridad que inventan los hombres a los que la vida nunca les ha dicho que no.

—Buenos días, familia —dice con prepotencia y seguridad—. ¿Interrumpo?

Mis manos no tiemblan. Mi rostro no cede. Mi pulso, quizá.

—Siéntate, Caleb —le digo de forma tajante lo que provoca la mirada de Matthew—. Y guarda el espectáculo para cuando lo necesitemos.

Por un segundo, nuestros ojos se encuentran. Los suyos brillan con esa chispa de chico travieso que quiere ver el mundo arder un poquito. Los míos le devuelven un vaso de agua helada.

Se sienta de manera informal en una de las butacas libres y cruza las piernas sobre la mesa. Deja el móvil boca abajo. Sube una ceja. La sonrisa no desaparece del todo, pero baja el volumen.

—Tienes dos opciones —continúo, sin darle tiempo a continuar su show—. O trabajas conmigo y nos sacas de esta. O trabajas contra mí y nos hundes a todos. No hay tercera.

—Qué dramática, Lauren —dice, divertido—. Me pierden tus discursos.

—Me pierden tus titulares —respondo echando el cuerpo hacia delante mientras agarro la mesa con fuerza—. Y a la empresa también.

Por el rabillo del ojo, veo a Matthew cruzar las manos, expectante. Quiere que yo le ajuste las tuercas. Martin aprieta la mandíbula. Gideon se ajusta las gafas. El mundo, por unos

segundos, se reduce al aire entre Caleb y yo, ese cable tenso que ninguno admite, pero que nos une como un secreto mal guardado.

—Bien —digo aceptando su silencio como una respuesta favorable—. Empecemos.

No le digo que respiro por la nariz para no incendiarme. No le digo que su perfume me parece una provocación. No le digo que cada vez que salva algo con un chiste, mata algo de mi fe en la humanidad. No le digo nada de eso. Lo que digo, lo que digo en voz alta, es lo que salva empresas.

Y lo que pienso en silencio, lo guardo para mí: dicen que todos tenemos una cruz. La mía mide un metro ochenta y cinco, sonríe como el pecado y se apellida Spencer.

Capítulo DOS
Caleb

Lo primero que pensé cuando vi las fotos fue que salía bien.

Demasiado bien para la seguridad de todas las mujeres de Nueva York.

El ángulo perfecto, la luz favorecedora, el gesto desenfadado. Hasta la camisa medio desabrochada parecía calculada por un estilista de revista. Si alguien quisiera hacerme una campaña de publicidad, usaría esas imágenes. Solo que esta vez no me vendían como un whisky exclusivo, sino como un escándalo en potencia.

La hija de un congresista. Un beso apasionado. Una escena en la parte trasera. Sin duda, no hace falta más para incendiar a la prensa. Y a ella.

Lo curioso es que no fue planeado. Ni siquiera me gusta tanto la chica. Simpática, guapa, demasiado niña mimada hija de congresista para mi gusto. La verdad es que apenas hablamos veinte minutos en

esa fiesta. Pero un fotógrafo sabía exactamente dónde estar y cuándo apretar el botón. Eso, para mí, huele a trampa. No pude evitarlo. Quizá fue Marian, la joven, o tal vez había algo más. No importa, la foto salió genial.

Claro que nadie en esta empresa va a creerme. Nunca lo hacen. Para todos soy el desastre con piernas, el que colecciona titulares como otros coleccionan sellos. Matthew piensa que soy una inversión fallida. Martin cree que, con suficiente paciencia, algún día aprenderé a sentarme derecho. Y Lauren… Lauren no me considera ni inversión ni proyecto. Para ella soy un castigo divino, una cruz profesional que le colgaron en los hombros cuando aceptó este trabajo.

Se que me tocará lidiar con ella en cuanto ponga un pie en la empresa. Me extraña que no tenga llamadas perdidas.

Camino por el pasillo hacia la sala de juntas con las manos en los bolsillos, silbando para irritar al personal. Las miradas me siguen, unas disimuladas, otras descaradas. Algún empleado aparta la vista rápido, otros cuchichean. Estoy acostumbrado. A estas alturas, si

entrara en una oficina y no me miraran como si fuera dinamita a punto de estallar, me sentiría raro.

Empujo la puerta de la Sala A y me recibe el aire acondicionado demasiado frío, el silencio de morgue de los despachos importantes y la tensión que se respira como un perfume caro.

Y ahí están todos presentes. Mis hermanos. Mi familia. Mis jueces.

Matthew en la cabecera de la mesa, impecable, traje gris oscuro, corbata perfecta. Su expresión es la de siempre: como si calculara la rentabilidad de mi oxígeno. Martin, a su izquierda, camisa arremangada, bolígrafo en mano, la eterna voluntad de mediar, como si de verdad creyera que con paciencia yo voy a convertirme en alguien "serio". Pobrecito.

Y luego está ella. Lauren. Traje negro, camisa blanca, coleta tirante, labios rojos que podrían ser un arma de destrucción masiva. Está inclinada sobre la mesa, pasando diapositivas, hablando con voz firme y sin temblar ni un segundo. No sonríe. No me mira. Y, aun así, sé que cada palabra está cargada de rabia contenida hacia mí.

—Buenos días, familia —saludo, dejando que mi voz rebote en las paredes como si fuera dueño del lugar—. ¿Interrumpo?

Silencio. Matthew me lanza una mirada que podría congelar al mismísimo infierno. Martin sonríe con nervios, como si esperara que esta vez no la cague. Lauren… Lauren me fulmina con esos ojos oscuros.

¿Alguien le ha dicho alguna vez que está realmente atractiva cuando se tensa?

—Siéntate, Caleb —ordena.

Ah, su voz. Cortante como cristal, fría como un cuchillo recién salido del congelador. Me encanta. Para ser tan joven sabe cómo controlar la situación. Me pone mucho.

Me dejo caer en la silla con exageración y coloco las piernas sobre el trozo de caoba sonriendo como un invitado inesperado. Me dedico a mirarla, a saborear este momento. Se que le ha molestado. No las diapositivas, no las gráficas. A ella.

Lauren habla de "percepción pública", "ventanas de oportunidad", "narrativa mediática". Cada palabra suya suena como

una sentencia. Es brillante, no lo niego. Cuando ella habla, hasta Matthew se calla. La respeta. Tiene una forma de organizar el caos que me parece hipnótica. Aunque nunca se lo diré. Y es esa parte profesional de ella lo que me pone a mil por hora.

El teléfono vibra en mi bolsillo. Sonrío al recordar el mensaje que le envié antes de entrar: ¿Me echabas de menos, carcelera? No contestó, claro. No contesta nunca. Ese es su juego. Y mi juego es no dejarla en paz.

Sigo mirándola mientras explica la estrategia. Cómo sujeta el bolígrafo, cómo pasa las páginas, cómo ni una hebra de su coleta se atreve a salirse del lugar. Es orden absoluto. Y yo soy caos puro. Tal vez por eso no puedo apartar los ojos de ella.

Cuando termina, me lanza una mirada directa, como quien apunta un arma y decide si disparar.

—Tienes dos opciones, Caleb. O trabajas conmigo y nos sacas de esta. O trabajas contra mí y nos hundes a todos.

La sala se queda muda. Matthew cruza las manos, serio. Martin contiene el aliento. Lauren espera, desafiante.

Yo sonrío, claro.

—Me pierden tus discursos.

Ella ni pestañea.

—Me pierden tus titulares. Y a la empresa también.

Touché.

Levanto las manos como si me rindiera. Pero mi sonrisa no desaparece. Nunca desaparece. Me gusta el juego. Me gusta más aún que no se deje amedrentar. Todas las demás siempre ríen mis chistes, siempre caen rendidas con una mirada. Lauren no. Lauren me devuelve fuego.

Y ese fuego me tiene enganchado.

Siento que mi entrepierna quiere responder a sus comentarios en silencio así que me muevo ligeramente para que no se aprecie lo mucho que me gusta nuestra dinámica.

Matthew carraspea. Martin anota algo en su libreta. Lauren cierra la carpeta con un golpe seco.

—Entonces empecemos —dicta.

La reunión continúa, con proyecciones en la pantalla y estrategias en la mesa. Yo finjo desinterés, pero escucho. Escucho más de lo que creen. Hablan de inversores, de titulares, de comunicados. Lauren propone entrevistas selectivas con prensa del sector financiero, reuniones discretas con aliados políticos. Matthew pregunta por riesgos legales. Gideon, el abogado, enumera amenazas de demandas. Prefiero a mi querida cuñada, ¿dónde está? Yo asiento de vez en cuando, sonrío otras.

En un momento, Lauren habla de mí como si no estuviera presente y en el fondo, me excita:

—Necesitamos que Caleb mantenga un perfil bajo las próximas semanas. Ni fiestas, ni titulares, ni fotos con mujeres en lugares comprometidos. Prepararé un listado de eventos de beneficencia, visitas a centros sociales… necesitamos reparar la imagen pública.

Me inclino hacia delante tratando de llamar su atención.

—¿Y si me hago monje budista? ¿Eso serviría?

Martin suelta una risa nerviosa. Matthew me fulmina. Lauren ni se inmuta.

—Si te haces monje, yo misma te raparé la cabeza —responde, seca.

La sala contiene la respiración. Yo me río. Me encanta. No me tiene miedo.

La reunión termina más tarde de lo esperado. Los demás salen en grupos, hablando en voz baja. Lauren recoge sus papeles con movimientos precisos. Yo me quedo sentado, observándola.

—Bonito discurso, carcelera —le digo al fin.

—No trabajo para entretenerte.

—Pues lo consigues igual.

Levanta la vista, me dedica esa mirada que haría retroceder a cualquiera. Yo me acerco un poco más.

—¿Sabes lo que más me gusta de ti, Lauren? —pregunto.

—No puedes imaginar lo poco que me importa —contesta sin pestañear.

Sonrío.

—Que todavía no me conoces.

Se marcha con el portafolio bajo el brazo. La puerta se cierra tras ella y el aire queda cargado de electricidad.

Me recuesto en la silla, mirando el techo. Sonrío. Porque sé que el juego acaba de empezar.

Y, aunque todos crean que esto es otra crisis, para mí es una oportunidad. Una oportunidad de divertirme. De demostrar que quizá no soy tan inútil como piensan.

O de hundirme del todo.

Cualquiera de las tres me parece emocionante.

Capítulo TRES
Lauren

Las crisis huelen. A largas horas colgada al teléfono y leyendo reportes de mi equipo. Y a noches sin dormir.

—Resumen en treinta segundos —digo entrando en mi despacho sin quitarme la chaqueta.

Pauline, puntual como una alarma, ya me espera con la tableta en una mano y una carpeta azul en la otra. Tiene el flequillo recogido con una horquilla dorada, ojos de quien durmió poco y cerebro a quinientas revoluciones.

—Tendencias: #CalebGate se mantiene en el top 3. Se ha abierto un hilo anónimo que insinúa licencias amañadas con tres capturas sin fuente. Seline cruzó los datos: el 42% de la audiencia viene de cuentas creadas en las últimas cuarenta y ocho horas —recita—. *BusinessToday* pide comentarios oficiales para su artículo. *DailyBuzz* ofrece entrevista con enfoque humano si accedemos hoy y

les damos exclusiva sobre el congresista. El despacho del congresista envió un segundo comunicado. Más enfático, menos concreto.

—Por supuesto —respondo, mientras dejo el bolso sobre la mesa y enciendo la pantalla—. ¿Y el evento?

—Confirmados cuarenta y ocho invitados a la presentación del programa de becas del hotel de la costa. Prensa del sector financiero, dos radios, algunos influencers de lifestyle, y el bloguero ese al que tanto odias pero que marca tendencia. Seline ya está en el auditorio montando todo. Gideon revisó la declaración oficial de la empresa. Matthew quiere verte cinco minutos antes de bajar y Martin pregunta si necesitas que él haga la introducción.

—Haré yo la introducción —digo tratando de procesar toda su información—. Quiero marcar el encuadre desde la primera palabra.

No dudo de la profesionalidad de Martin pero necesito tener el control para asegurarme que la amenaza se neutraliza de forma automática. Él no es imparcial respecto a Caleb y tengo miedo de que tenga dudas cuando le pregunten por él.

Pauline asiente y deja la carpeta azul frente a mí.

—Te he impreso las preguntas probables y las respuestas a dar. También las preguntas a no responder.

Le echo un vistazo. En la página dos, subrayado: "No confirmar ni negar reuniones con el congresista. Mensaje: la compañía no comenta vida privada, sí procesos. Repetir: transparencia, auditorías externas, gobernanza". Lo he escrito yo misma tantas veces que podría tatuármelo en la lengua. Cierro la carpeta y miro a Pauline.

—Dile a Seline que las respuestas en redes sociales no son argumento público. Lo usaremos para orientar, no para acusar a nadie sin pruebas —indico—. Y mándale a Gideon la versión dos de nuestro comunicado. Quiero la frase sobre "no se instrumentaliza a ninguna mujer" en mayúsculas. Hoy no vamos a usarla como escudo ni a dejar que nadie la use como arma. Pero tenemos que investigar si el encuentro con Caleb fue casual o algo premeditado. Les ha venido demasiado bien al grupo Astoria.

—Hecho —dice Pauline tomando notas.

Mi móvil vibra. Matthew: "Sala A en diez".

—Vamos —le digo a Pauline, cogiendo la carpeta—. Y tráeme un café que parezca legal pero sepa a ilegal.

—Triple, sin azúcar. Te conozco —responde con media sonrisa.

Camino por el pasillo y, como siempre, los cristales me devuelven mi propio reflejo: hoy he optado por un traje pantalón con una blusa de color crema. Me miro un segundo como si fuera otra persona. A veces me gustaría salir de mí, observar a la mujer que camina con la espalda recta y el gesto pulcro, y preguntarle si de verdad eligió esto. La respuesta sería sí. Y todas las veces.

Pasear entre rascacielos de lujo, sí. Actuar de niñera salva culos, no. Definitivamente no.

En la Sala A ya están Matthew y Martin. El primero con esa serenidad glacial de quien mira el tablero entero; el segundo, arremangado y con un vaso de agua, aparenta calma pero tiene las pupilas cansadas.

—Tenemos unos minutos —dice Matthew sin preámbulos—. Luego bajamos a la rueda de prensa.

—De acuerdo, está todo previsto. Los medios están en la sala esperando nuestra llegada, el comunicado listo y las asistentes y su inclinación controlada. Ofreceremos un comunicado firme pero sin detalles y pasaremos a la propuesta del programa de becas. Si insisten, repetimos. Si atacan, cortamos.

Martin asiente.

—Yo puedo abrir la sesión y tú haces la parte dura.

—Muchas gracias, Martin —respondo con seguridad. Quizá mi rápida respuesta les sorprende porque me miran como si hubiera lanzado un cuchillo. Trato de disculparme en mi tono—. Si no os importa, me gustaría afrontar la rueda de prensa sola.

Matthew me observa, valorando riesgos como quien cuenta fichas.

—¿Y Caleb? —pregunta.

Mi mandíbula quiere apretar, mi voz no.

—Lo veremos en backstage. Le colocaremos la corbata, el micro y los límites. Tres frases, dos minutos, sonrisa contenida. Y ni un chiste. Mi compañera le dará su discurso y no habrá turno de

preguntas para él. No podemos controlar sus respuestas. Es demasiado impetuoso.

Alguien tose en el umbral. Me giro. Ahí está. Traje azul marino sin corbata, camisa blanca con dos botones de más desabrochados, barba cuidadosamente descuidada. Ese brillo en los ojos que siempre parece decir ¿bailamos o peleamos?

—Buenos días —dice, como si pronunciara una broma privada—. ¿Listos para mi misa de redención?

—Listos para tu silencio estratégico —respondo, seca.

Me sostiene la mirada un segundo, y de pronto el aire se estira, denso, como si toda la sala esperara la chispa. Martin carraspea. Matthew cierra su carpeta con un chasquido mínimo.

—Tenemos que irnos.

***

El ascensor desciende suave, pero a mí siempre me parece que cae a plomo cuando voy camino de un auditorio. Pauline me alcanza con el café; Seline nos espera en el piso de eventos, con el mando de la

proyección en una mano y el portátil abierto en la otra. Su coleta baja se balancea cuando camina deprisa.

—Por aquí.

Nos guía por un pasillo alfombrado hasta una sala pequeña con espejos y un sofá que parece más caro de lo razonable. Dejo la carpeta en la mesa auxiliar y me giro hacia Caleb. Él se apoya en la pared, brazos cruzados, sonrisa contenida.

—Ponte la corbata —ordeno.

—Tengo cuello, no amo —responde.

—Hoy vas a tener lo segundo si no obedeces.

Me acerco a él hasta quedar a varios centímetros de distancia. Con convicción y mirada firme agarro su camisa y abrocho los dos últimos botones. Después, subo la corbata hasta dejar el nudo perfecto y él exhala un gemido cuando aprieto demasiado.

Él me mira, lo noto.

—Como se te ocurra decir algo que esté fuera del guion pienso acortar tu vida en un instante. ¿Ha quedado claro, Caleb?

Le miro decidida. Él me mira como si fuera un espectáculo. No responde así que le doy un pequeño pero firme tirón a la corbata y le guiño un ojo.

—Me encanta que todo quede claro. Tres frases —digo en voz baja—. Una: celebras el programa de becas y la oportunidad de devolver a la comunidad lo que tu riqueza te ha ofrecido. Dos: reiteras el compromiso de la compañía con la transparencia. Tres: agradeces a los medios su interés en el proyecto y cedes la palabra. Fin. Ni bromas, ni sonrisas de medio lado, ni guiños. ¿Entendido?

—Tu manera de decir "por favor" necesita trabajo —replica, bajito.

—Mi manera de decir "por favor" es que hoy no te dejo solo delante de un micro.

Agarro el micro de solapa y me acerco lo suficiente para fijarlo en la solapa de su chaqueta. Los dedos rozan la tela; a través de ella, el calor de su pecho. No me tiembla la mano. No es la primera vez que anudo un cable a un hombre con vocación de bomba.

—No respires fuerte —le advierto—. Y, por lo que más quieras, no improvises.

—Me quitas lo mejor —dice sonriendo.

—No. Te quito lo peor.

Seline asoma por la puerta.

—Dos minutos —avisa—. *BusinessToday* primera pregunta. Gideon y Katherine están en primera fila.

—Perfecto.

Antes de salir, Caleb se inclina apenas hacia mí, lo justo para que sólo yo lo escuche.

—¿Sabes, carcelera? —susurra—. Me pongo nervioso cuando me anudas cosas.

—Evítame confidencias —le corto—. Evita problemas.

Haz tu trabajo.

***

El auditorio brilla. Luces blancas, madera clara, logos discretos de Skyline y del programa de becas proyectados en la pared. Hay una

mesa alta con tres micrófonos y una pantalla a mi espalda que va a mostrar cifras que conozco mejor que el nombre de mis vecinos. En la primera fila, periodistas; detrás, invitados; a un lado, un puñado de estudiantes que, sin saberlo, son hoy nuestra mejor estrategia.

Me planto tras el atril. Las conversaciones bajan de volumen. Una cámara de televisión enciende su luz roja. Siento el latido exacto en la base del cuello, como un metrónomo.

—Buenos días —digo, y mi voz llena la sala—. Gracias por acompañarnos en la presentación del Programa Skyline de Becas para Estudios Técnicos y de Gestión Hotelera. Hoy anunciamos una inversión de tres años, que pretende impulsar y apoyar el talento joven en estudios y emprendimiento en el sector. Nos acompañan algunos de los estudiantes preseleccionados; sus historias son la razón de este proyecto.

Las miradas me buscan. Busco de vuelta las de ellos, una por una, anclando la sala en la idea de comunidad. Comento el origen del proyecto, la necesidad de revertir a la sociedad y de apoyar al talento joven. Hablo de cifras —quinientas becas, diez ciudades,

tutorías, prácticas— y de procesos: "auditorías externas", "convocatorias públicas". Doy ejemplos. Cuando nombro a los primeros tutores, uno de los chicos levanta un poco la barbilla con orgullo contenido. Le devuelvo una sonrisa breve. Hoy necesito que ésta sea la foto.

—Y ahora —cierro—, me gustaría ceder el turno a Caleb Spencer. Uno de los máximos valedores del programa.

Es mentira, claro, o al menos en parte. Él no ha aportado nada de valor hasta el momento pero necesito que le vean como un filántropo y no como lo que es.

Siento el giro de cabezas hacia él como una ola. Él camina hasta el atril con esa calma insolente que tiene cuando sabe que todas las miradas han decidido pertenecerle. Se aclara la garganta.

—Gracias, Lauren —dice, y su voz tiene esa textura de domingo por la mañana que vende pecados caros.

No sonrías, pienso. No la líes.

—Este programa es… —mira a los estudiantes—. Es una forma de decir que creemos en el talento antes que en los apellidos —

continúa—. Que una oportunidad a tiempo cambia el rumbo de una vida. Y que las empresas, cuando son grandes de verdad, entienden que su ciudad no es un fondo de inversión, sino una casa compartida.

Bien. Bien. Frase uno, impecable.

—También reiteramos —añade— nuestro compromiso absoluto con la transparencia. Los procesos de Skyline son auditados; nuestras licitaciones, públicas; nuestras alianzas, claras. Los errores del pasado se corrigen con claridad, no con ruido.

Bien. Frase dos, limpia, directa. No te emociones, Lauren. Respira.

—Y gracias —concluye—, a los medios por estar hoy aquí para hablar de lo que importa.

Toma aire. Se va a callar. Va a callarse. Lo va a lograr.

—Y de lo que no —suelta, con la tentación pintada en la lengua.

Un zumbido recorre la sala. Siento cómo Seline me mira desde la mesa técnica, ciñendo los labios. Gideon se inclina hacia delante. Mierda.

BusinessToday levanta la mano primero; yo asiento antes de que Caleb pueda elegir.

—Pregunta para Lauren —dice la periodista—. A la luz de los acontecimientos recientes, ¿puede garantizar que no existe ninguna influencia política en la obtención de licencias para los nuevos proyectos?

Puente, Lauren. Haz el puente.

—Gracias por la pregunta —respondo con una sonrisa que no trepida—. Skyline trabaja con procesos auditados por terceros desde hace cinco años. Publicamos nuestros pliegos, nuestras adjudicaciones y nuestras memorias. Ese es nuestro compromiso. Hoy, además, reforzamos el compromiso social con este programa de becas en el que llevamos trabajando más de tres años, que será supervisado por una entidad independiente y que es el motivo de esta rueda de prensa.

—Pero —insiste—, ¿se reunió el señor Caleb Spencer con el congresista Milton para su planificación?

Antes de que Caleb abra la boca, mi mano se apoya —ligerísima — en su antebrazo. No parece nada. Para el significado es claro: no te nuevas, no hables.

—No comentamos agendas privadas —digo—. Lo que sí comentamos son procesos. Y en procesos, nuestro récord es claro. ¿Siguiente?

Se alza otra mano. *CityFinance.*

—¿Temen repercusiones regulatorias por el escándalo?

—Tememos que se confunda ruido con información —respondo —. Las instituciones hacen su trabajo. Skyline colabora siempre con ellas. Mientras tanto, seguimos haciendo el nuestro: invertir, generar empleo y, hoy, abrir oportunidades educativas.

DailyBuzz sonríe como un gato.

—Esta es para Caleb —dice—. ¿Qué le dirías a la gente que te ve como un privilegiado que juega con la reputación familiar?

Siento ese microsegundo en el que él está a punto de soltar un chiste. Lo veo en el brillo. En la comisura. En esa preciosa e insoportable afición al abismo.

—Que el privilegio, si no sirve, encoge —dice al final—. Y que por eso estamos aquí hoy, para que se estire en la dirección correcta.

Un murmullo de sorpresa recorre la fila de periodistas. Lo miran como quien no esperaba una frase así. Yo también, aunque mi cara no lo dirá. Pero es entonces cuando el bloguero sin turno se levanta sin pedirlo.

—¿Te arrepientes de besar a la hija del congresista? —lanza, sin anestesia—. ¿O solo te arrepientes de que te hayan pillado?

La sala se tensa. Una, dos respiraciones. Una risita contenida al fondo. Caleb mira al hombre. Le sostiene la mirada. Y, por un segundo, se le apagan las chispas. Se le apagan de verdad. No es que se haga el serio; es que lo parece.

—Me arrepiento —dice— de que se hable de una mujer como si fuera una ficha en un tablero.

Se produce un silencio raro. No es que acaben de coronar a un santo, ni que yo vaya a colgar esta frase en mi despacho. Pero

durante un instante, el niño rico dice algo que no me provoca ganas de amordazarlo.

—No vamos a hablar de eso hoy —retomo de inmediato, antes de que nadie encuentre una arista por la que colarse—. Estamos aquí por el programa de becas. Última pregunta, por favor.

Se la doy a una periodista local que pregunta por detalles operativos. Respondo con cifras y fechas. Cierro con aplausos justos, nada excesivo.

Sonrío. Agradezco. Nos retiramos.

***

En backstage, el aire parece más caliente. Cierro la puerta. Apoyo la carpeta en la mesa. Me doy dos segundos. Uno. Dos. Trato de controlar la ansiedad. Giro la cabeza hacia él.

—¿"Y que parte del "no" no comprendes? —repito, en un tono que podría congelar un volcán—. Te pedí tres frases. Tres.

—Di cuatro —responde, con esa sonrisa que pediría cárcel en doce países—. Matemáticamente, te he dado más.

—No me des más de lo que no te he pedido —replico—. Y, por favor, ahórrame los ingenios cuando hay cámaras. Una mala interpretación podría hundirnos.

Se acerca un paso. No demasiado. Lo suficiente. Tiene los ojos más oscuros que en las fotos. O tal vez solo más presentes.

—Lo siento —dice.

Sinceridad.

Me deja en blanco un décima de segundo. Luego me recompongo. Por fuera, no tiemblo.

—¿Qué sientes? —pregunto, seca. No jugará conmigo.

—Que no te gusta cuando juego en el borde —responde—. Y que hoy intenté no caerme.

La risa que me sube es agria.

—No necesitas intentarlo. Necesitas no hacerlo.

—Aprendo despacio —contesta acercándose todavía más. ¿Acaso estoy respirando? —. Pero aprendo.

Golpean la puerta. Seline entra con la tablet.

—Curvas estabilizadas —informa—. La frase de "privilegio que encoge si no sirve" está rotando entre cuentas de educación. El bloguero está enfadado, pero su hilo se ha llenado de respuestas negativas. Y… —me mira—, tengo correlación del 78% entre la red que impulsó #CalebGate y un clúster de cuentas que hace dos meses impulsó un rumor contra otra compañía que compite con nosotros en la licitación de la costa.

Astoria Global. La palabra no se pronuncia, pero está escrita en el aire.

—Parece que nuestros competidores nos acechan —comenta Caleb sin interés.

—No es una prueba definitiva —le recuerdo—. Pero nos empuja en esa dirección. Bien.

Pauline asoma detrás de Seline.

—Lauren, el jefe de gabinete del congresista en línea uno. Quiere una reunión hoy.

Perfecto. Porque si hay algo que adoro más que apagar incendios, es entrar en ellos con un extintor nuevo.

—Dile que a las seis —respondo—. Aquí.

Pauline asiente y desaparece.

Respiro, cuento hasta tres. Giro hacia Caleb.

—Te necesito puntual —le digo—. Y quiero que estés en esa reunión. Callado, pero presente.

—Puedo con lo primero —responde—. Lo segundo… haré lo posible.

—Lo harás —corrijo acortando todavía más la distancia.

Nos quedamos mirándonos un segundo más. Ese segundo largo en el que dos personas que no deberían decir nada se lo dicen todo sin abrir la boca. Todas las cosas que no soy —su madre, su novia, su carcelera— se sientan a mi alrededor como fantasmas. Lo que sí soy —la persona que sostiene el hilo cuando él tira— me pesa en la mano.

—Buen trabajo ahí fuera —suelto, contra mi voluntad.

Él parpadea, como si no esperara eso.

—Tú también, carcelera.

—No me llames así.

Sonríe. Pero hay menos burla y más… no sé. Algo que se parece peligrosamente a respeto.

Se acabó.

—Nos vemos a las seis —concluyo.

—Allí estaré.

Lo veo salir, corbata bien puesta, hombros rectos. Cuando la puerta se cierra, me apoyo un segundo en la mesa. Seline me mira con curiosidad no disimulada. Pauline entra con un vaso de agua.

—Sabes —dice Seline—, por un momento pensé que iba a hacer un chiste.

—Yo también —respondo.

—Y no lo hizo —apunta.

—No lo hizo del todo —matizo.

Bebo agua. El fresco me baja por la garganta como una tregua pequeña. Atravieso el espejo del vestidor con la mirada y pienso en lo que queda del día: llamadas, correos, una reunión con un jefe de gabinete al que le gusta hacerse el ofendido, reportes para

inversores, y esa conversación a las seis que puede marcar la diferencia entre una semana dura y una guerra abierta.

Caleb puede aprender. O no. Puede presentarse a las seis. O llegar tarde. Puede callarse. O clavar un chiste que incendie el día. Todo en él es moneda al aire. Y yo estoy cansada de apostar mi nombre a cara o cruz.

Pero hoy, frente a un bloguero con los colmillos fuera, eligió no morder. Y dijo la única frase que, sin absolverlo, no lastimaba a otra mujer. No sé si vale como victoria. Sí sé que cuenta.

Antes de doblar el pasillo, mi móvil vibra. Mensaje desconocido: "Nos vemos a las seis. Trae pruebas, no discursos". Sonrío sin ganas. El jefe de gabinete no me conoce. Yo llevo pruebas cosidas a la lengua.

Abro el chat con Seline.

—Si encontramos un hilo fiable que nos lleve hasta Astoria quiero un titular y unas declaraciones lo suficientemente contundentes como para derribarlos en un minuto. Nada que unos políticos con poco tiempo no puedan entender. ¿Entendido?

—Dalo por hecho —responde con un pulgar.

Cierro. Respiro. Cuando salgo al hall, un grupo de estudiantes me rodea sin atreverse.

—Señorita Lauren —dice una chica—. Gracias por… bueno… por lo de hoy.

—Gracias a vosotros por estar —respondo, y por primera vez en todo el día, la sonrisa no me sale de manual.

La veo irse con su carpeta pegada al pecho, como si llevara dentro un futuro. Pienso que ojalá nadie se lo arrebate por una foto mal tomada. Pienso que tal vez eso es exactamente de lo que va mi trabajo, más allá de apagar incendios: de que las cosas que sí valen no se quemen con el humo.

Llego al ascensor. Pulso. Las puertas se abren. Dentro, mi reflejo, otra vez. Caleb no está. Mejor. Peor. No sé.

Mientras subo, decido lo único que puedo decidir hoy: a las seis, nadie se va a esconder detrás de un apellido. Ni el congresista. Ni su jefe de gabinete. Ni Caleb.

Y si tengo que ser yo quien encienda la luz, que se preparen.

Capítulo CUATRO
Caleb

Los aplausos sonaban como cuando alguien aplaude en misa: educados, correctos, lo justo para no parecer groseros. Aun así, para mí sonaron a victoria.

Porque no se trataba de la cantidad de palmas, sino de la ausencia de abucheos. No hubo risas ahogadas, ni miradas de horror, ni un hashtag instantáneo naciendo en Twitter. Nada de eso. Había sobrevivido.

Y no solo sobreviví. Me aplaudieron.

Lo sé: el listón está bajo cuando un Spencer se alegra de no haber arruinado un evento público. Pero para mí fue como cruzar la meta en primer lugar.

Caminé de regreso a mi asiento con calma, sin prisa. Esa es la clave: parecer siempre dueño de la situación, aunque estés a punto de vomitar nervios. Mi sonrisa estaba en su sitio, mis pasos medidos.

Por dentro, la adrenalina me galopaba como si hubiera corrido un maratón.

Pude sentir las miradas. Algunas incrédulas, otras decepcionadas porque no les di el espectáculo que esperaban. El bloguero de marras estaba visiblemente frustrado: había venido con el cuchillo afilado y no encontró carne fresca para cortar. Eso me dio ganas de guiñarle un ojo, solo para provocarlo. No lo hice. Hoy me había prometido no joderlo todo.

Por una vez, no quería defraudar a Matthew y Martin, a la empresa familiar.

Lo que sí hice fue mirar de reojo a Lauren.

Estaba rígida, con esa elegancia suya que ni el fin del mundo alteraría. No sonreía, no se relajaba, no me concedía ni un ápice de satisfacción. Pero sus ojos… oh, sus ojos. Ella no lo admitiría jamás, pero yo vi algo allí: una chispa, una sorpresa diminuta. Como si, contra todo pronóstico, hubiera visto en mí algo parecido a seriedad.

Ese instante valió más que todos los aplausos juntos.

La frase para apoyar a efímera amante me salió sola. No estaba planeado. Tenía la lengua ardiendo, el corazón martilleando, y la frase me resbaló como un acto reflejo. Fue un suicidio verbal controlado: lo suficiente para que todos contuvieran la respiración.

Vi la mandíbula de Lauren tensarse, la vena en su cuello a punto de estallar. Y por un segundo pensé en seguir, en darle a todos el espectáculo que esperaban de mí. Pero no lo hice.

En cambio, solté la frase del privilegio. Esa sí salió de dentro, no sé de qué parte de mí, pero no fue un chiste. Fue verdad. Y la sala lo notó. Se notó en el silencio. En el murmullo después. En cómo los periodistas cambiaron la forma de mirarme.

No me vieron como el idiota que sale en fotos con copas y chicas. Me vieron como alguien capaz de articular algo más que sarcasmos.

Fue raro. Incómodo. Extrañamente adictivo.

***

En el backstage, sin embargo, la magia se deshizo rápido.

Lauren cerró la puerta tras de mí y me taladró con la mirada.

—Tres frases, Caleb. Tres. Te pedí tres.

Yo, por supuesto, no iba a rendirme sin luchar.

—Matemáticamente, te di más.

Ella ni parpadeó. Lauren no regala gestos. Pero sus ojos ardían de furia. Y yo… bueno, yo vivo para provocar incendios.

Lo raro fue lo que vino después. Tras un silencio tenso, dijo:

—Buen trabajo ahí fuera.

Me quedé helado. Lauren, la mujer que podría dar clases de frialdad en Harvard, me había soltado un cumplido. Breve, seco, casi a regañadientes. Pero era un cumplido.

Durante un segundo estuve a punto de agradecerlo. Pero eso sería demasiado. Así que me limité a sonreír como si no me importara. Como si no me hubiera dado un chute de dopamina más potente que cualquier droga.

Me marché antes de que notara lo que de verdad me había provocado.

***

Ahora estoy en mi despacho, con las piernas sobre la mesa y un vaso de whisky que no necesito pero que siempre me acompaña en tardes como esta. Las pantallas frente a mí muestran titulares nuevos.

BusinessToday: "*Caleb Spencer sorprende con mensaje de responsabilidad social"*.

CityFinance: "*Skyline reafirma compromiso con la transparencia*".

DailyBuzz: "*El pequeño Spencer, ¿camino a la redención?".*

Me río. Redención. Qué palabra tan grande para tan poco. ¿No se les llena la boca?

El bloguero, en cambio, escribe: "*Lo pillé, pero se me escapó. Por ahora*". Esa frase me hace sonreír aún más. Que se joda.

Sé que detrás de todo esto está Astoria Global. Demasiada coordinación, demasiada amplificación artificial en redes, demasiada perfección en las fotos filtradas. No soy un genio de las finanzas

como Matthew ni un gestor obsesivo como Martin, pero sé reconocer una jugada sucia. Y esta huele a ellos. Sucia.

Golpean la puerta.

—Adelante.

Martin entra, mangas arremangadas, cara de hermano bueno que cree que todavía puedo cambiar.

—¿Puedo? —pregunta, aunque ya está dentro.

—Ya lo hiciste. ¿Whisky?

—Son las cuatro de la tarde.

—Y tú sigues siendo aburrido.

Aun así, le sirvo un vaso. Se sienta frente a mí, bebe un sorbo, me estudia como siempre. Martin no tiene la frialdad de Matthew; su mirada pesa de otra manera. Como si creyera que, si me observa lo suficiente, terminaré entendiendo algo que él ya entendió.

—No estuviste mal hoy —dice al fin dedicándome una sonrisa.

—Qué entusiasmo —respondo, brindando.

—Lo digo en serio. Te contuviste. Diste un buen mensaje. Matthew no lo admitirá, pero funcionó.

—¿Y Lauren?

Martin sonríe apenas porque sabe que nuestra trabajadora es harina de otro costal. Un hueso más duro de roer que el mismísimo presidente de la empresa.

—Lauren quiere matarte el noventa por ciento del tiempo. El otro diez… no sé en qué piensa, pero no es odio.

—¿Insinúas que le gusto?

—Insinúo que le sacas de quicio más que nadie. Y eso, hermano, es una forma de marcar huella.

Me río, aunque sus palabras me dejan algo clavado en el pecho. ¿Una esperanza? ¿Quizá la mujer de hielo no lo es?

—Hoy a las seis tenemos reunión con el jefe de gabinete del congresista —me recuerda y se que, en el fondo, me está pidiendo que no falte.

—Lo sé. Estaré allí.

—Por favor, Caleb. Sin chistes.

—Haré lo posible.

Martin me da una palmada en el hombro antes de irse. Antes de cerrar la puerta, dice:

—No eres el niño problema. Aunque te empeñes en parecerlo.

Me quedo solo con esa frase rebotando en mi cabeza porque parece que ha dado de lleno en mi corazón. Maldita inseguridad.

***

Cinco y media. Sala de juntas. Lauren está allí, repasando un dossier. No levanta la vista cuando entro.

—Llegas temprano —dice, seca pero sorprendida mientras revisa dos veces el reloj.

—¿Esperabas que no?

—Siempre espero que no. Y me preparo para lo peor. Es mi trabajo.

Me dejo caer en la silla junto a ella y sentir su perfume me prepara también para lo peor: que mi entrepierna quiera participar en la reunión de forma activa.

—Hoy no lo hice tan mal.

—Hoy no la cagaste del todo. Es distinto.

—Tu nivel de exigencia es clínicamente imposible.

Ella cierra la carpeta con fuerza. Me mira. Sus ojos me atraviesan como agujas.

—Puedes creerme cuando te digo que contigo tengo el listón muy bajo. Además, ¿sabes que mi reputación profesional depende de que tú aprendas a comportarte como un adulto?

Podría soltar un chiste. Podría decirle que si quiere cuidar su reputación debería buscarse otro empleo. Pero por una vez no lo hago. Por una vez digo la verdad.

—¿Adulto? Ser adulto está sobrevalorado.

—Ser adulto construye el mundo aunque tú te empeñes en aprovecharte de él y de tu apellido, ya que estamos.

Duele, pero es verdad.

—Lo intentaré.

Ella parpadea, sorprendida. Luego asiente y abre de nuevo la carpeta.

—Eso es lo mínimo —responde cerrando ella la conversación. Le gusta tener la última palabra. Ser peleona hasta el final. Se que está marcando límites.

La puerta se abre. Entran Matthew y Gideon, trajeados como si fueran a salvar al mundo. La reunión va a empezar.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, quiero hacerlo bien. No por la empresa. Ni siquiera por mis hermanos.

Por ella.

Porque Lauren me miró, aunque fuera por un segundo, como si no fuera solo el niño problema.

Y yo, maldita sea, quiero volver a verlo.

Capítulo CINCO
Lauren

Las reuniones con políticos tienen un olor propio.

No es el mismo que el de las crisis: ese huele a puro rancio y palabras rimbombantes. Lo de hoy huele a cuero caro, a perfume persistente y a vanidad. A vanidad sobre todo.

El jefe de gabinete del congresista entra en la sala con la expresión de un hombre que se cree la persona más importante del

edificio, aunque sepa que en realidad no lo es. Traje azul impecable, corbata roja demasiado chillona, sonrisa de manual. Sus pasos son medidos, calculados para sonar como autoridad. Detrás de él, un asistente con cara de bulldog.

—Gracias por recibirme con tan poca antelación —dice, como si nos estuviera haciendo un favor.

—Skyline siempre coopera con las instituciones —responde Matthew, con voz de mármol.

Yo asiento, sonrisa diplomática. Martin ofrece agua a todos los presentes. En esta ocasión, Gideon ha venido acompañada por Katherine, la esposa de Matthew. Caleb se recuesta en la silla como si esto fuera una función de teatro montada solo para él.

El jefe de gabinete ni lo mira. Error. Subestimar a Caleb nunca termina bien, aunque lo intente a diario. Sentirse de menos solo conseguirá que tenga deseos de destacar. Ese hombre lo sabe. Maldita sea.

—Vayamos al grano —dice el hombre, acomodándose en la silla —. Las imágenes de su hermano menor con la hija del congresista

han causado un escándalo considerable. La prensa insinúa tráfico de influencias. El congresista se siente… profundamente preocupado.

Traducción: quiere sangre. Quiere que nos humillemos. Quiere que le demos una cabeza en bandeja.

Abro la carpeta y deslizo unos documentos hacia él.

—Entendemos la preocupación —digo con tono firme pero calmado—. Aquí tiene un resumen de todas las licencias otorgadas a Skyline en los últimos cinco años. Todas ellas públicas, todas ellas auditadas. Si alguna insinuación sugiere lo contrario, es difamación.

El asistente revisa las páginas, hace un gesto, murmura algo al oído de su jefe. El hombre sonríe sin mostrar los dientes.

—Los documentos son bonitos —dice—, pero la percepción pública es otra.

La frase me hierve en la piel. La percepción pública es mi campo. Es mi guerra.

—La percepción se construye con hechos —respondo—. Y los hechos están en esas páginas.

—Y las fotos también son un hecho —replica él, disfrutando demasiado. —Y están llenando columnas en revistas de cotilleos y menciones en publicaciones del sector. La ofensa es grande.

La sala se tensa. Puedo sentir a Martin queriendo mediar, a Gideon preparando un tecnicismo legal, a Matthew crujiendo los dedos de su mano. Caleb, en cambio, sonríe. Sonríe como si este fuera su canción favorita.

Me preparo para frenarlo, pero él habla.

—¿Sabe cuál es la diferencia entre una foto y un hecho? —pregunta, relajado—. Que una foto es un instante congelado. Un hecho es todo lo que pasó antes y después.

El jefe de gabinete lo mira con desprecio.

—¿Está intentando darme lecciones de semántica, señor Spencer?

—De perspectiva —corrige Caleb, inclinándose hacia delante—. Mi vida privada puede ser un desastre, no lo niego. Pero si de verdad cree que besando a alguien obtengo licencias millonarias… entonces está insultando a su propio sistema.

Boom. Silencio.

—Incluso, me gustaría plantear un tema muy interesante que mi equipo no ha dejado caer sobre la mesa pero es posible que el impulsor de mi último escándalo no haya sido mi ego o ganas de divertirme.

—¿Qué está insinuando? —pregunta todavía más enfadado el representante.

—¿Acaso el congresista tiene intereses más allá de defender la causa del pueblo?

Por un segundo, incluso yo me quedo sin palabras.

¿Qué está haciendo? La bomba se ha liberado. Que Dios nos acoja. ¿Ha acusado al congresista de tener relación con Astoria?

El jefe de gabinete se incomoda. Se nota en el microsegundo en que parpadea demasiado rápido. Luego recompone la sonrisa.

—Lo que nos preocupa es la imagen del congresista y de su hija.

Reconduce la conversación esquivando el tema.

—Y lo que nos preocupa a nosotros —entro yo, retomando el control— es que no se utilice a una mujer joven como arma política. La señorita es una persona privada.

Matthew asiente.

—Cualquier acusación sin pruebas será tratada como difamación —añade con calma gélida.

El jefe de gabinete se revuelve en la silla. Gideon aprovecha para meter el bisturí legal.

El asistente anota rápido, incómodo.

La reunión avanza entre intercambios tensos, frases cargadas de veneno, amenazas veladas. Yo respondo con datos, cifras, ejemplos. Matthew corta con frases frías. Martin intenta suavizar el tono. Gideon apunta tecnicismos.

Y Caleb… Caleb se mantiene callado el ochenta por ciento del tiempo. Pero el veinte restante, cuando habla, lo hace con esa mezcla de descaro y verdad que desarma.

—No soy un santo —dice en un momento, encogiéndose de hombros—. Pero tampoco soy el demonio que les conviene pintar.

—Pero eres la cabeza que besó a la chica equivocada.

—Si cuelgan mi cabeza públicamente admitirán una especie de relación y dudo que a la joven le interese eso. Dejar pasar el tema será la única forma de asegurar unas reelecciones para el congresista.

Me quedo sorprendida. ¿Quién es esta versión de Caleb? Seguramente el oficial fue abducido y yo ahora tengo una versión clonada ligeramente en buen servicio.

No es perfecto. No es pulido. Pero es honesto. Y, para mi sorpresa, funciona.

***

Cuando el jefe de gabinete se levanta, después de una hora de duelo verbal, lo hace con menos soberbia que al entrar. No nos da la razón, por supuesto. Pero tampoco nos amenaza con demandas. Se despide con un apretón de manos frío y una frase neutra: “Seguiremos en contacto”.

Traducción: nos vigilará, pero no tiene dónde morder hoy.

Cuando la puerta se cierra, exhalo despacio.

—Bien jugado —dice Martin, sonriendo.

Matthew no sonríe, pero tampoco frunce el ceño. Eso, en su idioma, equivale a un aplauso.

Caleb se recuesta en la silla, estirando las piernas.

—¿Visteis? Tampoco lo he hecho tan mal. Puedo comportarme.

Lo miro. Él me devuelve la mirada, esa chispa insolente todavía en sus ojos. Y aunque debería querer estrangularlo, lo que siento es algo peor: una punzada de orgullo.

—No lo arruinaste —admito.

—Qué cumplido tan romántico, Lauren —responde, riendo bajo —Puede que hagamos hasta buen equipo.

—Permítame que lo dude.

Giro la vista a mis papeles, escondiendo la sonrisa que amenaza con escaparse.

***

De regreso a mi despacho, reviso titulares. Los portales ya publican que la reunión fue "cordial", que Skyline defendió su transparencia, que Caleb Spencer reconoció errores pero negó tráfico de influencias.

Respiro un poco más tranquila. Pero sé que esto apenas empieza. Astoria Global no se detendrá aquí. Y Caleb… Caleb sigue siendo una moneda al aire. Me sorprendo de que haya podido atar cabos respecto al origen de todo el escándalo.

Cierro el portátil y miro por la ventana. La ciudad se extiende, brillante y cruel. Pienso en él, en su sonrisa, en cómo clavó esa frase sobre fotos y hechos. Pienso en que tal vez, solo tal vez, no sea completamente irrecuperable.

Y eso me asusta más que cualquier titular.

Capítulo SEIS
Caleb

Las discusiones en familia son dinamita pura y si no lo son, es que no son discusiones decentes. Da igual que haya vino caro en la mesa: siempre salen a relucir los rencores enquistados. Esa noche, después de la reunión con el jefe de gabinete, sabía que me tocaría pagar la factura.

Estamos los tres hermanos en la sala de juntas de casa, todavía con las corbatas flojas y la tensión clavada en la mandíbula. Lauren también está, como siempre, con la carpeta cerrada sobre las rodillas, como si pudiera volver a abrir el mundo con ella.

Matthew es el primero en hablar, claro. Siempre lo es.

—Esto no puede volver a repetirse.

No dice “Caleb”, pero todos sabemos de quién habla.

—De acuerdo —interviene Martin, conciliador como si no se hubiera pasado la cena tragando silencios—, pero tampoco podemos seguir apagando incendios eternamente.

Me estiro en el sofá, sonrío.

—Yo pensé que apagar incendios era precisamente la especialidad de Lauren.

Ella gira apenas la cabeza y me mata con una mirada. Ni un ruido. Solo fuego negro. No digo más.

—La empresa necesita estabilidad —continúa Matthew—. Y tú, Caleb, necesitas aprender a sostener algo más que titulares.

—Qué poético —me burlo—. ¿Qué quieres que sostenga, una pala?

Lauren habla entonces, y la sala cambia de gravedad.

—El programa de becas.

Los tres hombres la miramos. Ella se endereza, sin pestañear. ¿Qué acaba de decir? He escuchado mal, en efecto.

—Se lanzó como una acción de responsabilidad social. Es importante para la prensa, pero también para la reputación a largo plazo. Si Caleb se encarga de liderarlo, tendrá que dar la cara sin excusas, sin fiestas, sin cámaras indiscretas. Contacto con estudiantes, universidades, auditorías. Todo lo contrario a lo que lo ha metido en problemas.

Matthew arquea una ceja.

—¿Quieres darle un proyecto real? ¿Acaso quieres que nos hundamos más rápido?

—Quiero darle un propósito—responde ella, directa—. Si solo le quitamos cosas, nunca aprenderá. Estar en el ojo mediático pero con control. Con la dirección adecuada podría servir de utilidad.

Martin asiente, despacio.

—Tiene sentido. La iniciativa necesita un portavoz joven, con presencia mediática. Caleb ya tiene esa visibilidad, aunque sea por las razones equivocadas. Podría convertirla en algo útil.

Yo aplaudo despacio. Se han vuelto completamente locos y lo peor es que actúan como si yo no estuviera aquí. Ordenando mi vida

como si no tuviera ticket para ella.

—Bravo, Lauren. Me acabas de ascender a niñero de universitarios. ¿También me vas a dar una mochila y una libreta de colores?

—Te estoy dando la oportunidad de demostrar que no eres solo un escándalo con piernas —me dispara dedicándome una mirada para que me relaje. ¡La que debería calmarse es ella! —. Depende de ti qué hagas con eso.

Matthew me atraviesa con la mirada, meditando. Finalmente, asiente.

No me lo puedo creer.

—Está decidido. Caleb se hará cargo del programa de becas.

La sentencia queda flotando. Yo sonrío como si me diera igual, pero la verdad es que la idea me interesa. No lo admito. No delante de ellos.

—Perfecto —respondo—. Ya veo la portada: "*El hermano descarriado redime su apellido enseñando a niños buenos a ser mejores*".

—No son niños —me corta Lauren—. Son estudiantes que merecen una oportunidad. No juegues con esto, Caleb.

La tensión en su voz me atraviesa de forma rara. Como si detrás del hielo hubiera algo que importa. Me callo.

***

Más tarde, ya en mi despacho, me dejan un dossier en la mesa. "Candidatos preseleccionados". Cuarenta páginas. Fotos, notas, pequeñas historias.

Lo abro por aburrimiento, lo juro. Pero entonces leo.

Una chica de diecinueve años, hija de camareros, primera de su familia en llegar a la universidad. Un chico que perdió a sus padres y trabaja de noche para pagarse los estudios. Una joven brillante de otra ciudad, obsesionada con hotelería sostenible con ideas innovadoras.

Paso páginas, y algo en mí se arruga.

Nunca pensé en la empresa como algo más que un apellido. Un apellido que me dio licencia para portarme mal sin consecuencias…

hasta que sí las hubo. Pero estas historias me recuerdan otra cosa: que lo que hagamos aquí puede cambiar algo más que cifras.

Me sorprendo imaginándome sentado con uno de ellos, contándole cómo esquivar errores que ni yo logré esquivar. Me sorprende más no odiar la idea.

Cierro el dossier. Me sirvo un whisky, lo dejo intacto.

Por primera vez en mucho tiempo, pienso que tal vez Lauren no se equivocó. Y que, si juego bien mis cartas, podría darle un motivo para mirarme distinto.

No como la mujer que me frena. Sino como la que, sin quererlo, me enseñó que también puedo quedarme quieto para hacer algo que valga.

Capítulo SIETE
Lauren

Las crisis no duermen. Ni aunque yo me caiga rendida en la cama, ellas siguen ahí, multiplicándose en la madrugada, esperando que despierte para saltar encima de mí con titulares nuevos.

Hoy la alarma suena antes del amanecer, pero no necesito el pitido. Ya estoy despierta. La resaca del escándalo del congresista sigue latiendo en la prensa y las redes. La oficina está silenciosa a estas horas así que abro el portátil con el café al lado y confirmo mis sospechas:

"*Skyline en el ojo del huracán: ¿nepotismo disfrazado de filantropía?"*

"*La familia Spencer redirige la atención: becas para jóvenes mientras esquivan acusaciones."*

"Caleb, ¿playboy o posible mentor?"

Tres titulares, tres ángulos. Ni uno me gusta, pero los tres son aprovechables.

Pauline entra en mi oficina con la tablet ya encendida y cara de no haber dormido. Todos estamos igual.

—Buenos días.

—No lo son —respondo, sin levantar la vista—. ¿Cómo se encuentran las valoraciones sociales?

—Estable, pero con picos en los foros políticos. Seline dice que algunos hashtags están inflados artificialmente, de nuevo.

—Astoria Global —murmuro.

—¿Tenemos pruebas tangibles ya?

—El equipo está trabajando en una línea de investigación pero deben ir con cuidado. No queremos levantar la liebre demasiado rápido.

Pauline asiente, como si leer mi mente se hubiera vuelto parte de su trabajo.

—En lo positivo —añade—, el vídeo del anuncio de las cincuenta becas sigue viralizándose. El tono cambió un poco: "si cumple, será

histórico”.

“Si cumple”. Dos palabras que pesan más que toda una campaña de marketing.

Cierro el portátil y me masajeo el puente de la nariz.

—Prepara un comunicado a inversores: que no suene a reacción, sino a continuidad. Destaca nuestra labor humanista y el apoyo de miembros de la junta como mentores pero sin especificar.

—Ya está en borrador.

—Perfecto. ¿Y Caleb?

Pauline duda, lo suficiente para que la mire.

—Está en su despacho. Con el dossier.

Tardo un segundo en procesarlo y reacciono estupefacta.

—¿Leyendo?

—Sí. Leyendo de verdad.

Me quedo en silencio. No digo que me sorprende. Pero me sorprende.

***

A media mañana tenemos llamada con inversores europeos. Son tres hombres y una mujer que huelen a escepticismo a través de la pantalla. La mujer va directo al grano.

—¿Podemos confiar en la estabilidad de Skyline mientras continúen los rumores sobre el congresista?

—Las acusaciones carecen de base legal y se responderán como corresponda. —respondo, con la frase que ya tengo tatuada en la lengua—. Lo importante es que seguimos creciendo, con un incremento del siete por ciento en el último trimestre y la apertura de nuevos programas sociales que refuerzan nuestra reputación.

—¿Habla del programa de becas? —pregunta otro inversor, con media sonrisa incrédula.

—Sí —digo, sin vacilar—. Lo liderará Caleb Spencer.

Los rostros se mueven en la pantalla como fichas de ajedrez. Sabía que podía ser un movimiento arriesgado. Uno arquea una ceja, otro se recuesta, otro se ríe apenas. Yo sostengo la mirada.

—¿Confía en él? —pregunta la mujer.

La respuesta me arde en la boca. No porque no la tenga, sino porque es peligrosa.

—Confío en los procesos —respondo—. Y confío en que Caleb sabrá estar a la altura.

Pauline me mira de reojo. Sabe leer lo que no digo: "Dios, espero no haberme equivocado con él".

***

Después de la llamada, me paso por el despacho de Caleb. La puerta está entreabierta. Pienso en cerrarla y seguir, pero algo me empuja a mirar.

Él está ahí, con la chaqueta tirada en una silla y las mangas de la camisa arremangadas. Tiene el dossier abierto en el regazo. No es un adorno: lo hojea de verdad. Sus labios se mueven un poco al leer, como si estuviera repitiendo frases en su cabeza. Le veo tomar notas en un cuaderno.

Toco la puerta.

—¿Escribiendo tu próximo gran discurso? No te olvides que las faltas de ortografía puntúan para el examen.

Levanta la vista y sonríe, claro.

—¿Me espiabas? Quizá deberías haberme avisado. Este perfil no es el más atractivo.

—Te supervisaba.

—Lo mismo pero con otra palabras. No me engañas, pequeña carcelera.

Me molesta. ¿Desde cuándo soy "pequeña" carcelera? Su sonrisa picarona es frustrante. Ya ha conseguido subirme la tensión y apenas son las nueve de la mañana.

—Por cierto, ¿qué haces tan temprano aquí?

Cierra el dossier despacio y me dirige una de esas miradas que, aunque me niegue a admitirlo, me sacan de quicio. Para bien o para mal. Maldita sea, el condenado sabe lo que hace.

—Alguien tiene que mantener a flote esta empresa, señorita.

—Curiosas palabras viniendo de alguien que considera que las tres de la tarde es la mejor hora para despertarse.

—¡Qué poca fe tienes en mí! —dice él exaltado llevándose la mano al pecho como si mis palabras le hubieran dolido —Alguien me ha nombrado coordinador de este proyecto.

—¿Y has decidido que era un buen momento para madurar y asumir responsabilidades?

—Nunca es un buen momento para madurar. Además… —deja sin terminar la frase mientras se acerca poco a poco hacia mí — Los convencionalismos no son lo mío.

—¿Y qué es lo tuyo, Caleb? — ¡Por qué pregunto eso!

Silencio. Sus ojos sobre los míos. Siento su respiración. Maldita sea, es excitante. Este maldito ingrato es atractivo.

—Estos jóvenes —dice finalmente sacándonos de nuestra burbuja —. Son interesantes.

No esperaba esa frase. Lo disimula mi rostro, pero por dentro algo se mueve.

—¿Interesantes cómo?

—No sé. Es que… tienen historias muy duras e interesantes. Han trabajado muy duro para sacar sus sueños adelante. —Se

encoge de hombros—. Igual puedo aportar algo.

Me quedo callada un segundo. Si digo algo, lo arruino. Si no digo nada, me delato. Así que opto por lo único seguro.

—Hazlo.

Su sonrisa cambia. Es menos insolente, más… peligrosa. Porque esa sonrisa es sincera.

***

La tarde me la traga el trabajo: informes, comunicados, llamadas. Pero en cada pausa recuerdo esa imagen: Caleb leyendo, Caleb hablando de estudiantes con un dejo de interés real.

Y eso me desconcierta más que cualquier titular.

Porque yo sé quién es él: el niño rico, el escándalo que siempre me mantiene alerta, el problema con piernas. Y aun así… algo en su mirada al cerrar el dossier me hizo pensar que tal vez haya otra versión escondida. Una que yo no había querido ver.

Me niego a darle ese crédito. Me niego a bajar la guardia. Pero la duda ya se quedó pegada.

***

Al final del día, reviso por última vez los titulares. Algunos siguen siendo crueles, otros empiezan a hablar de "redención posible".

Pauline me deja un café y se despide. Seline me manda un informe de redes: los comentarios sobre Caleb ya no son solo insultos, también hay curiosidad. "¿Será capaz?" "Ojalá esta vez cumpla."

Cierro el portátil. Me quedo mirando el reflejo de la ciudad en la ventana.

No debería importarme lo que haga o deje de hacer. Mi trabajo es proteger la reputación de Skyline. Punto.

Pero por primera vez en mucho tiempo, me descubro pensando en algo distinto: ¿y si, por una vez, Caleb no se limita a no arruinarlo? ¿Y si, por una vez, lo hace bien?

El pensamiento me quema como un secreto. Lo entierro bajo trabajo. Pero sé que mañana volverá.

Capítulo OCHO
Caleb

Llevo tres días con esta idea rondándome la cabeza. Tres noches en las que, en vez de perderme en un bar o en la cama equivocada, me sorprendo a mí mismo garabateando notas en servilletas. Yo, Caleb Spencer, pensando en estrategias. Si eso no es señal del apocalipsis, no sé qué lo será.

La idea se siente distinta a todas mis ocurrencias anteriores. No es un chiste, no es una provocación. Es algo que, por primera vez, quiero hacer bien. Una gira. Mostrar el programa de becas en universidades, cara a cara con los estudiantes. Poner las historias al frente y dejar que la empresa reciba aire fresco.

Lo tengo todo en mi cabeza: el discurso, los posibles titulares, hasta los escenarios improvisados. Lo que no tengo es credibilidad. Y lo sé.

Por eso, cuando entro a la sala con Matthew y Martin, disimulo mi nerviosismo con una sonrisa.

—Tengo una idea —digo, y me escucho más serio de lo normal.

Matthew levanta una ceja, escéptico por defecto. Martin me mira con curiosidad, como siempre dispuesto a creer que aún hay esperanza.

—Una gira —explico mi plan—. Vamos a llevar el programa de becas a distintas universidades, varias ciudades. Charlas, inscripciones, testimonios en vivo. Nada de comunicados fríos. Una gira real, de carne y hueso. Trataremos de conquistar a grandes universidades, a la élite, para que nos den su apoyo.

Respiro. Espero.

—Imaginaos los titulares: "*Skyline se acerca a los jóvenes*". Ya no Caleb el escándalo. Caleb el tipo que está con los estudiantes.

Martin sonríe, lento, como si lo saboreara.

—No suena mal. De hecho, podría funcionar.

Me enciendo. Por fin alguien escucha. Pero entonces Matthew habla, y el aire se enfría.

—El problema no es la idea. El problema eres tú.

Las palabras me clavan en el asiento. Son las mismas de siempre y siguen doliendo.

—Puedo hacerlo —respondo, con la voz más firme de lo que esperaba.

—Puedes arruinarlo —me corrige, seco—. Una gira te da visibilidad, y tú conviertes la visibilidad en escándalo.

Trago saliva. Disfrazado de sonrisa.

—Dadme la oportunidad— no quiero que suene a súplica para lo hace. Quiero una oportunidad.

Silencio. Martin me mira como si pensara en voz alta.

—Si no lo haces solo… puede ser viable.

Matthew asiente y mira a mi hermano buscando su apoyo. ¿Qué están tramando?

—Lauren irá contigo.

La frase me golpea como un disparo de adrenalina. Dos semanas con ella. Dos semanas viajando, viéndola cada mañana, soportando esa mirada que me quema.

Fuerzo una carcajada.

—¡No puede ser. Lauren no me dejará tomar ninguna decisión.

—Es que no tienes que tomar decisiones. Tienes que actuar con un programa que ella pueda controlar. No puedes improvisar.

Matthew es directo y poco discreto en su desconfianza, siempre lo ha demostrado. Se que habla en serio.

—Pero…

—Es la única forma de que puedas llevarlo a cabo. Tú decides.

Respiro profundo y decido tomar la única decisión viable si quiero demostrarles que no soy una causa perdida.

—Perfecto. Una gira con mi carcelera personal. ¿Qué podría salir mal?

Por dentro, sin embargo, sé que algo acaba de cambiar.

***

No espero. Voy directo a su despacho. Toco apenas y entro, sin pedir permiso. Ella levanta la vista del portátil, el ceño afilado, el gesto impecable.

—¿Qué quieres? —pregunta, fría como el mármol.

Me apoyo en el marco de la puerta, sonriente.

—Decirte que deberías estar preparando tus maletas.

Se frunce más el ceño.

—¿De qué hablas? ¿Maletas? Salvo que tu hermano me haya dado 3 semanas de vacaciones a una isla paradisiaca sin cobertura móvil, que es lo que más necesito ahora mismo para huir de tus escándalos, dudo que tenga algún billete que me saque de este despacho.

Camino hasta su mesa, me dejo caer en la silla de enfrente.

—Dos semanas. Tú y yo. De gira. El programa de becas va a recorrer universidades. Y me toca a mí liderarlo.

Se ríe, incrédula. Esa risa corta que no es alegría, es no me jodas.

—Estás bromeando —dice anonadada y casi al borde de un ataque de ansiedad.

—Por una vez, no.

Lo dice todo el gesto de su boca: no me cree. No puede.

—Matthew decidió —añado—. Te vienes conmigo.

Se inclina hacia atrás, apoya los brazos cruzados sobre el pecho. Esa postura que me mata porque la hace ver más fuerte, más inalcanzable. ¡Dios, benditos pechos!

—Increíble. No solo tengo que apagar tus incendios. Ahora tengo que viajar contigo a encenderlos.

Me inclino hacia adelante, con los codos en su mesa. La distancia se reduce, el aire se espesa.

—¿Sabes qué significa esto, Lauren?

—Que voy a perder dos semanas de mi vida.

—Que vas a pasar dos semanas conmigo.

Su respiración cambia. Apenas, pero yo lo noto. Siempre lo noto.

—No me provoques, Caleb.

—Es mi talento.

Nos quedamos demasiado cerca. Puedo contar las pestañas que le tiemblan, el brillo en sus labios cuando los aprieta. Si me muevo

medio centímetro, la beso.

Nunca la había visto tan atractiva.

Ella clava la mirada, implacable.

—Si crees que voy a dejarte arruinar esto, estás loco.

—¿Y si no lo arruino? ¿Y si lo hago bien?

—Entonces será porque yo estoy ahí para impedir lo contrario.

Sonrío, bajito. Satisfecho.

—Entonces gracias, carcelera. Porque en ese caso, lo haremos bien.

Se queda callada. Y ese silencio es peor que cualquier insulto. No confía en mí.

Me levanto, despacio. Paso cerca de ella, demasiado cerca. Apoyo una mano en el respaldo de su silla, inclinándome un poco. Su perfume me golpea, y por un instante estoy tentado de olvidar todo lo demás.

—Nos vemos en el aeropuerto —susurro.

Ella no se mueve. No me echa. Solo me mira, con fuego contenido en los ojos. Ese fuego que algún día, lo sé, va a

consumirme.

Salgo antes de que me queme. Pero camino con una certeza nueva: este viaje va a ser el incendio más delicioso de mi vida.

Capítulo NUEVE

Lauren

Los viajes de negocios tienen que ver con logística, con horarios, con agendas tan apretadas que uno apenas respira entre reunión y reunión. Al menos, así los entiendo yo. Esta vez, sin embargo, lo que me aprieta no es la agenda: es la idea de pasar dos semanas con Caleb Spencer pegado a mí.

Desde que anunció que yo le acompañaría en la gira del programa de becas, vivo con esa mezcla de vértigo y rabia. Un castigo injusto. No me dieron a elegir. Y, lo que es peor, a él sí le dieron un escenario para sus shows.

La mañana del viaje me sorprendo preparando la maleta con más cuidado del habitual. Ropa neutra, práctica, suficiente para cualquier acto público. Todo pensado al milímetro para no dejar resquicios. No estoy aquí para gustar, me repito, sino para que todo salga bien. Aun así, hay un cosquilleo incómodo en el estómago cuando pienso en verle cada día, desayunar con él, vigilar sus palabras, contener su fuego.

En el aeropuerto llega como siempre: tarde y sonriendo. El traje oscuro parece hecho para volar, la camisa sin corbata como si las

reglas fueran un idioma que no piensa aprender nunca. Le observo de reojo mientras saluda al personal de tierra como si fueran sus mejores amigos. Yo, en cambio, paso los controles con el bolso en la mano y la compostura como segunda piel.

En el avión, por supuesto, los asientos son juntos. Primera fila, clase business. Yo abro el portátil, dispuesta a repasar el calendario de visitas; él se deja caer en el asiento como si fuera su sofá particular.

—¿Sabes qué es lo mejor de viajar contigo? —pregunta, reclinándose hacia mí.

—Que no puedes largarte en pleno vuelo —respondo sin levantar la vista.

—Que tengo dos semanas para convencerte de que no soy tan malo.

Alzo una ceja. ¿Por qué quiere demostrarme eso? Sus acciones dicen mucho más que sus promesas.

—Dos semanas para demostrarlo, querrás decir. Convencerme no entra en el contrato.

—Me encantan los retos.

—Pues este se te va a indigestar.

Su sonrisa me irrita porque sé lo que esconde: esa seguridad suya de que siempre acaba ganando, aunque sea perdiendo.

El avión despega y yo fijo los ojos en la pantalla del portátil, pero soy consciente de él todo el tiempo: de cómo se estira, de cómo se inclina hacia mi lado cada vez que me enseña algo en la tablet. Le huelo demasiado cerca.

—¿Qué lees? —pregunta.

—La agenda.

—Aburrido.

—Necesario.

—Yo prefiero improvisar.

—Y yo prefiero que no nos demanden.

Se ríe, bajo, como si lo dijera solo para mí. Y esa risa, aunque no quiera, me recorre por dentro como un escalofrío.

****

Los viajes con Caleb no son viajes de negocios. Son pruebas de resistencia. Lo descubrí en el avión, cuando se pasó medio trayecto inclinándose hacia mi asiento para hacer comentarios inoportunos. Y lo confirmo al llegar al hotel, cuando la recepcionista nos sonríe y extiende una sola tarjeta-llave.

—Aquí tienen, la suite presidencial.

Me quedo helada y siento que el aire se escapa de mis pulmones. ¿Una sola llave?

—¿Perdón?

Antes de que yo diga nada más, Caleb alza las cejas con fingida sorpresa. Maldita sea. Ha sido obra suya.

—Vaya, parece que vamos a compartir.

—Esto ha sido idea tuya, Caleb Spencer.

El mundo se me detiene un instante. No por la idea en sí, sino por la maldita imagen que me viene a la cabeza: yo, él, la cama. Su cuerpo atlético. Dios. Nuestros cuerpos desnudos. ¡Qué calor! Sacudo la mente de inmediato.

—No —digo, firme—. Esto tiene que ser un error.

—A mí me parece un acierto —responde, encogiéndose de hombros.

—No tiene gracia —espeto con rabia. Él parece divertido.

—Claro que la tiene. Sobre todo, porque te estás poniendo roja.

—No estoy roja.

Vale, creo que grito más de la cuenta. La persona de recepción nos mira muy confusa. ¡Faltaría menos!

—Sí lo estás. Y me encanta —susurra a mi oído lo que provoca que mi piel se ponga de gallina.

El recepcionista nos observa incómodo. Siento el calor en las mejillas, el pulso acelerado. Trago saliva, recupero mi máscara de hielo y me inclino hacia el mostrador.

—Dos habitaciones separadas. Ahora.

El hombre asiente de inmediato, aliviado. Caleb se ríe por lo bajo, como si hubiera conseguido lo que quería: sacarme de quicio.

Camino hacia el ascensor con paso firme, la llave en la mano como si fuera un arma. Él me sigue, silbando suavemente. Cuando las puertas se cierran, el silencio se vuelve espeso.

Entonces habla.

—¿Alguna vez te relajas y disfrutas?

Me giro hacia él, incrédula. ¿Acaso todo es un juego para él?

—¿Disfrutar de qué? ¿De tus payasadas?

—De lo que sea. De la vida. Siempre con tu Tablet, el móvil, informes…

Su mirada es tan seria que me descoloca. Respiro hondo, me obligo a mantener la compostura.

—No estoy aquí para disfrutar. Estoy para trabajar.

—Eso ya lo sé —dice, bajando la voz—. Pero me pregunto si algún día te permites lo otro.

El ascensor se detiene. Salgo antes de que pueda ver lo mucho que me ha sacudido esa frase.

En el pasillo, nuestros pasos resuenan sobre la moqueta. Nos detenemos frente a nuestras habitaciones, puerta con puerta. Él se apoya en el marco, ladeando la cabeza.

—Tranquila, Lauren. No pienso colarme en tu cama.

—Ni se te ocurra.

—No hace falta. Algún día me invitarás tú.

Le sostengo la mirada con todo el hielo que me queda.

—Ni en sueños.

—Esta noche soñarás conmigo, pequeña carcelera.

—Vete a la mierda, Caleb.

Pero mis mejillas siguen ardiendo.

Entro en mi habitación y cierro la puerta de golpe. Me quedo un segundo apoyada contra ella, respirando hondo. El corazón late demasiado deprisa, como si hubiera corrido.

Lo odio. Odio que con una broma me desestabilice. Odio que su voz grave me resuene en la cabeza. Y lo que más odio es la duda que me muerde por dentro: ¿y si, durante estas dos semanas, acabo respondiendo a esa maldita pregunta?

¿Y si, por primera vez en mucho tiempo, me relajo… y disfruto?

Capítulo DIEZ
Caleb

Si alguien me hubiera dicho hace un mes que estaría sentado en una cena formal con rectores de universidad, habría apostado todo mi dinero a que acabaría en escándalo. Y, sin embargo, aquí estoy: con el traje bien puesto, la copa de vino intacta y un propósito claro en la cabeza. Quiero hacerlo bien.

Lo quiero de verdad.

Aunque no voy a fingir que no me cuesta. No es mi terreno, no es mi gente. Sé hablar en un bar, en una fiesta, en una rueda de prensa cuando tengo a Lauren echándome miradas asesinas desde la primera fila. Pero aquí, rodeado de académicos que parecen disecados para un museo, me siento como un impostor que se ha colado con invitación falsa.

Y entonces la veo a ella.

Lauren.

En cuanto entra en el salón, la conversación a mi alrededor se vuelve ruido blanco. Va impecable: un vestido negro sencillo, elegante, con la caída justa para que todo el mundo entienda que está aquí a trabajar y nadie se atreva a olvidarlo. El pelo recogido en una trenza pulida, el maquillaje justo para remarcar lo que ya tiene: unos ojos que podrían dictar sentencias y unos labios que parecen diseñados para prohibir.

No tiene nada que ver con las chicas que han pasado por mi vida, siempre con sonrisas fáciles y vestidos más cortos que las conversaciones. Lauren es otra cosa. Es poder contenido, seriedad que impone y, precisamente por eso, la mujer más tentadora que he visto en mucho tiempo.

Y lo peor es que lo sabe.

Es una mujer hecha para el infarto. La suerte es que está centrada en su trabajo y su trabajo soy yo.

Me siento a su lado, porque por supuesto Matthew y Martin se han asegurado de colocarla como mi cinturón de seguridad.

Los invitados de esta noche son tres rectores y dos vicerrectores de la Universidad de Stanford, acompañados de un par de responsables de programas educativos. Hablan con esa cadencia solemne de quien está acostumbrado a que lo escuchen. Yo asiento en los momentos correctos, pero mis ojos se van inevitablemente hacia Lauren cada vez que toma la palabra.

Ella expone con claridad los objetivos del programa de becas, el número de estudiantes previstos, los convenios con otras instituciones. Habla y la escuchan. Habla y la creen. Yo, en silencio, pienso que me gustaría que alguna vez me mirase a mí de la misma forma en que esos académicos la miran a ella: con respeto.

Cuando me dirigen la palabra, sé que ha llegado el momento de demostrar que no estoy aquí de figurante.

—Señor Spencer —me dice uno de los rectores, un hombre con barba blanca y gafas que parece tallado en piedra—, ¿cómo ve usted personalmente la importancia de este programa?

Respiro hondo. No quiero estropearlo.

—Creo que es fundamental que los jóvenes vean en Skyline más que una empresa hotelera. Queremos que nos perciban como un lugar que invierte en su futuro.

Bien. Claro. Conciso.

—Y también significa dar oportunidades a quienes, de otro modo, jamás tendrían acceso a estos recursos. Igualar un poco las cartas de la partida.

Asienten, satisfechos. Puedo sentir la aprobación recorriendo la mesa. Eso me da confianza. Demasiada.

Y sigo.

—Además, necesitamos que ellos también aprendan cómo funciona el mundo real. Que entiendan que no todo es esfuerzo; a veces también es cuestión de estar en el sitio adecuado, con la gente adecuada.

El murmullo en la mesa me dice que me he pasado. Que acabo de sonar como el niño rico admitiendo que los contactos valen más que el talento. Y lo peor es que me doy cuenta tarde.

Lauren reacciona al instante.

—Lo que Caleb quiere remarcar —interviene con una sonrisa impecable— es que Skyline quiere ser ese "sitio adecuado". Ese lugar donde el esfuerzo de los estudiantes no se pierda, sino que encuentre apoyo y recursos.

La mesa asiente, encantada. Algunos incluso sonríen. El rector de la barba asiente con lentitud, satisfecho. Yo asiento también, tragándome el orgullo.

El resto de la cena transcurre en ese equilibrio peligroso. Yo intento mantenerme en línea, aunque alguna que otra vez me desvío. Lauren me corrige con elegancia, reconduciendo cada palabra mía hacia el terreno seguro. No lo hace con reproches, sino con la seguridad de quien sabe manejar la situación.

Y yo, entre plato y plato, me sorprendo admirándola más. No solo porque evita que me estrelle. Sino porque, sin quererlo, me hace parecer mejor de lo que soy. Ha realizado comentarios a lo largo de la cena que me sorprenden. Detalles de mis estudios, de algunas actividades que realicé en la universidad que podrían contribuir al proyecto si verdaderamente me centrara en aportar

valor al mundo. Esto último no lo dice, claro, pero me emociona que me defienda. Y porque, mientras lo hace, me pregunto si en el fondo cree que puedo ser ese hombre comprometido que proyecta con tanta naturalidad.

Cuando nos despedimos de los rectores, uno de ellos me estrecha la mano con firmeza.

—Me alegra ver su entusiasmo, señor Spencer.

Asiento, educado. Pero sé a quién debería dar las gracias.

***

El pasillo del hotel está en penumbra, silencioso, como si también supiera que estamos caminando demasiado cerca el uno del otro. La moqueta amortigua nuestros pasos hasta que nos detenemos frente a nuestras puertas contiguas.

No pienso dejarla ir sin decírselo.

—Gracias.

Ella se detiene, gira para enfrentarme y noto que tiene el ceño fruncido. Desconfía de la verdadera intención de mi palabra.

—¿Por qué?

Me obligo a mirarla de frente. No me escondo tras la ironía. Quiero ser sincero por una vez.

—Por salvarme. Por no dejar que me hundiera. Podrías haberlo hecho, y te aseguro que lo merecía. Pero me diste otra salida.

—No hay de qué.

—Dijiste cosas bastante buenas sobre mí. ¿De verdad piensas eso? No sabía que estabas al tanto de mi pasado.

No responde. Apoya la mano en la manilla de su puerta, pero no entra. Me observa como si quisiera leerme entero. Y por primera vez quiero que lo consiga.

—He intentado hacerlo bien, Lauren —añado, bajando la voz—. Lo sabes, ¿verdad?

Ella titubea apenas, sus pestañas parpadean un instante más lento. No he visto mujer más hermosa que ella.

—Sí. Lo vi.

Ese "lo vi" me golpea como un puño suave en el pecho.

—¿De verdad?

—Sí. Has hecho un esfuerzo. Solo necesitas práctica. Mañana lo harás mejor. —Se inclina un poco hacia mí, con un brillo en los ojos que me desarma—. Créeme, lo tienes dentro. Solo falta que confíes en ti.

La distancia se vuelve insostenible. Me acerco medio paso. Puedo oler su perfume, percibir el calor que desprende su piel. Ella no se aparta. Nuestras respiraciones chocan en el aire estrecho que queda entre los dos.

Mi impulso es inclinarme, besarla. Lo sabe. Lo noto en la forma en que sus labios se entreabren, en cómo su mirada baja un segundo hacia mi boca antes de volver a mis ojos.

Pero justo entonces, Lauren endereza la espalda y rompe el hechizo.

—No me des las gracias. Demuéstralo mañana.

Abre la puerta con calma, aunque sé que su pulso late tan rápido como el mío. La luz de su habitación ilumina apenas el pasillo antes de tragársela.

Yo me quedo quieto, con la tarjeta en la mano, el corazón desbocado y la certeza abrasadora de que hemos estado a un suspiro de algo que ninguno de los dos quiere reconocer… todavía.

Capítulo ONCE
Lauren

La puerta se cierra a mi espalda con un clic seco y me quedo quieta, apoyada en la madera, como si todo el peso del pasillo cayera ahora

dentro de mi habitación. Respiro hondo. Otra vez. No sirve. La respiración de Caleb sigue pegada a la mía, caliente, insolente, a un suspiro de distancia. El cuerpo tarda más que la cabeza en aceptar que ya no está.

Me llevo los dedos a los labios sin querer. No los ha besado, pero los siento sensibilizados. Y me asusto porque por un instante, lo he deseado. Me arde la piel de las mejillas y me baja un cosquilleo por el costado que detesto reconocer: excitación. Es ridículo y es real. He estado demasiado cerca. He notado el calor de su pecho a través del traje, el olor especiado de su colonia —limpio, masculino, innecesariamente eficaz—, el brillo concentrado en su mirada cuando me ha dicho gracias sin disfraz de chiste.

Entiendo, por primera vez con una lucidez molesta, por qué está en todas las listas de "los hombres más sexis de la ciudad". No es solo la cara y el apellido. Es esa mezcla de peligro y descaro, que convierte cualquier palabra en fuego puro. Se presta al escándalo porque el mundo le mira con ganas. Y esta noche, por un segundo,

he sentido que yo estaba en su punto de mira. Pero no con el descaro de siempre. Había algo diferente. Imposible.

He sido sincera: creo que puede hacerlo mejor. Siempre he pensado que todas las personas tienen potencial para dar lo mejor de sí. Caleb tiene los recursos para ser un empresario influyente que aporte valor al mundo. Esta noche he visto voluntad y ha sabido contenerse y manejar la situación. Es posible que me haya emocionado un poco pero he visto algo en él.

Camino hasta la ventana y aparto la cortina. La ciudad se derrama abajo en luz y ruido amortiguado. Quiero recolocarme por dentro. Repito el mantra de siempre: trabajo, control, distancia. Pero el recuerdo se impone —su voz baja, "lo he intentado", mi respuesta ("lo sé"), la forma en que su mirada ha caído un segundo a mi boca antes de volver a mis ojos—. Lo he visto esforzarse y ha querido hacerlo bien. Y sí, le he creído. Me guste o no.

***

Me despierto antes de la alarma. Ducha rápida, recogido más pulido de lo normal, traje gris claro que me deja mover, tacón aceptable. Quiero blindarme, pero también comprobar si anoche me lo imaginé.

Salgo al pasillo con la carpeta en la mano y lo encuentro esperándome. Puntual. Impecable. Traje azul medianoche, camisa blanca, la corbata perfectamente anudada. Tan correcto que me desconcierta.

Condenadamente atractivo. Mortalmente seductor. ¡Cómo puedo pensar eso!

Se endereza al verme, sonríe, y por un segundo me olvido de respirar. Camino hacia él y, antes de pensarlo demasiado, levanto la mano y ajusto el nudo de su corbata. Mis dedos rozan su garganta, caliente bajo la tela. Él contiene el aire, como si no quisiera moverse.

Levanto la vista. Sus ojos me atrapan de cerca, más serios que nunca. Siento cómo me arde la piel del cuello, pero no retiro la mano.

—Hoy lo harás bien —le digo, firme. No es una orden. Es una certeza.

Su nuez se desplaza bajo mis dedos, traga saliva. El gesto es tan íntimo que me estremece. Siento que mis dedos comienzan a temblar.

—¿Y si no? —pregunta, apenas un susurro.

Aprieto un poco más el nudo, fijando la corbata en su sitio, como si pudiera fijarle también a él.

—Lo harás porque puedes. Solo tienes que creerlo.

—Y tú, ¿crees en mí?

—Estoy en ello.

Él me mira la boca un segundo, rápido, involuntario. Yo retiro la mano con calma, como si nada hubiera pasado, aunque por dentro me tiemble la respiración.

Pero ha ocurrido. Algo ha ocurrido. En este instante. No hay testigos ni cámaras para grabarlo para la posteridad pero mi cuerpo lo ha sentido. Durante más tiempo de que desearía admitir me he sentido tentada por Caleb Spencer, el maldito niño de oro. Un hombre al que odio con todas mis fuerzas y que ahora me parece irresistible.

Se guarda las manos en los bolsillos, la sonrisa apenas contenida.

—Con que me lo digas tú… quizá baste.

Doy un paso atrás para recuperar el aire y la compostura. Pero en el pecho me queda la sensación peligrosa de que acabo de darle mucho más que confianza: le he dado confesado que empiezo a confiar en él. Y eso, en sus manos, puedo arder.

Nos miramos medio segundo más de lo prudente. Me retiro. Él mete las manos en los bolsillos, como si se sujetara a sí mismo, y caminamos hacia la sala de reuniones.

***

Silencio. Del bueno. Del que no se llena corriendo.

No reconozco la sensación que me crece en el pecho: orgullo ajeno. Respiro. Completo.

—Además —cojo el hilo sin invadirlo—, ya hay conversaciones para integrar en hoteles de la cadena un cupo de habitaciones residenciales a precio simbólico para becarios desplazados.

Lanzaremos la experiencia piloto en dos ciudades, evaluaremos impacto y escalaremos si procede.

Él asiente, breve, y me cede el turno con una mirada corta que significa "remata". Remato.

—Nuestro objetivo no es maquillar nada. Es profesionalizarlo. Que el programa no dependa de nombres propios, sino de casos de éxito viables y que puedan generar inversión de capital. De procesos que cualquiera pueda fiscalizar.

El de las gafas afloja la mandíbula. La mujer del blazer toma notas. Otro pide detalles sobre el coste del lanzamiento a corto y medio plazo. Caleb no recula: concreta cifras, plantea un tope razonable, sugiere un hito de revisión a seis meses.

No sé qué me sacude más, si el contenido o la forma: no hay pose, no hay ironía, no hay ese brillo travieso con el que tienta a todo el mundo. Hay un hombre sosteniendo una promesa con los dos pies en el suelo.

La reunión cambia de tema. Preguntan por plazos, por el comité, por nombres posibles para la ONG auditora. Cerramos un

compromiso preliminar: dos inversores se sumarán al piloto con patrocinio, condicionado a ver el tablero en tres meses y el borrador del acuerdo de auditoría en uno. Aprieto la tapa del bolígrafo para no sonreír demasiado. Caleb anota los vencimientos sin que yo se los dicte y termina de concretar ciertos detalles sobre los presupuestos publicitarios.

Al despedirnos, el de la mandíbula dura se acerca hasta mí para felicitarme.

—Señorita Gilbert, ha sido impecable. —Gira hacia él—. Señor Spencer, espero su documentación lo antes posible. Buena intervención.

Caleb no se agranda. No se cuelga una medalla imaginaria. Solo asiente. Sonríe feliz. Complacido.

—Lo tendrá —confirma estrechando la mano del hombre con firmeza.

Salimos al pasillo. Cierro la puerta con el codo porque llevo demasiadas carpetas. Él estira la mano y me las quita con un gesto tan normal que me descoloca.

Nos miramos. Me mira. ¡Dios si me mira!

—¿Respiras? —pregunta, con una media sonrisa que esta vez no quiere lucirse.

—Respirar, respiro —contesto, intentando que el tono no delate el desorden feliz de mi cabeza—. No te he reconocido.

—Yo tampoco —dice, y se encoge de hombros.

Nos miramos. El aire se aprieta entre los dos, como anoche, pero de otra manera. Menos incendio, más gravedad.

Necesito que comprenda cuánto de importante es lo que ha logrado cerrar dentro de esa sala.

—Has sonado bastante profesional ahí dentro. ¿Sabes que has convencido a dos de los hombres más importantes del sector para que se unan a nuestro proyecto? El resto de las universidades no podrán resistirse después de esto.

—Sin duda, una gran victoria —está orgulloso pero no del modo "ególatra convencido" sino modo "nunca he hecho nada de valor y me siento emocionado de mi primera vez"

—¿Cómo narices sabes todo lo que has dicho? No has asistido a ninguna maldita reunión en los últimos seis meses. Y antes tampoco, creo.

—No solo soy un cuerpo hecho para el deseño, Lauren. Leo mucho, pequeña carcelera. Y escucho más de lo que podría parecer.

***

La tarde se nos va entre llamadas para poner en marcha lo prometido. Seline me envía un esquema de qué podría ser un tablero público sin regalar información sensible; Gideon, un listado de auditoras sin conflicto de interés. Yo corrijo, priorizo, empujo. Caleb se queda en la sala de trabajo del hotel llamando a directores de hotel para tantear la idea de "habitaciones residenciales"; me pasa las respuestas en un mensaje: Dos interesados, uno "quizá". Le pongo un Bien con un pulgar y, sin saber por qué, me descubro sonriendo a la pantalla.

Trabajamos juntos durante varias horas y los miembros del hotel, con maravillosa diligencia, nos traen café y refrigerios.

Descubro que trabajar con Caleb no es tan malo. ¿De verdad estoy diciendo esto?

Al caer la tarde, me ducho y me quedo un segundo de pie delante del espejo del baño, con el vapor empañando el cristal. Repaso el día: la habitación que anoche me parecía trampa ahora es refugio; la ciudad está ahí fuera, dispuesta, con sus terrazas de esquina y su promesa de brisa caliente. Echo mano a la agenda por inercia… y la cierro.

El pensamiento llega solo, sin permiso, como una nota que alguien desliza bajo la puerta. Ya está todo hecho. La ayuda de Caleb ha acelerado todo. Quizá es el momento de divertirme.

¿Divertirme? Sí. Hace años que no salgo de fiesta. Hace meses que no salgo a cenar fuera con una amiga. Hace meses que no me tomo un día libre. Hace… ¡Dios, Caleb tiene razón! Me he olvidado de vivir.

Si Caleb es capaz de trabajar más de dos horas sin sacar el móvil y hacerse un selfie creo que yo puedo salir a divertirme un poco.

Me visto sin uniforme: vaqueros oscuros, blusa blanca sencilla, labios casi desnudos, perfume más ligero. Cojo el móvil, una chaqueta por si refresca, y salgo al pasillo antes de que la Lauren de siempre me arrastre de vuelta.

Me planto frente a su puerta. Dudo un segundo idiota con los nudillos en el aire. Llamo.

Abre sin preámbulos. Traje fuera, camisa blanca remangada, el pelo un punto más desordenado que por la mañana. Huele a jabón y a algo suyo que ya reconozco antes que mi propia cautela. ¡Maldito aftershave! La sorpresa se le dibuja en la comisura de la boca.

—¿He quemado algo? —pregunta, suave.

—No. —Me aclaro la voz, ridícula. Me siento tonta pero ahora no me puedo marchar—. He pensado que… podríamos cenar. Fuera. Y tomar algo. Un rato. Yo invito.

Él apoya el hombro en el marco, como anoche, pero no intenta reducir la distancia. Está evaluando. El brillo en sus ojos es alegría contenida, no peligrosa.

—¿Esto es trabajo? —pregunta, sin colmillo.

—No. —Lo digo despacio, saboreándolo—. Esto no es trabajo.

Silencio pequeño. Parece satisfecho.

—Vale —dice—. Dame cinco minutos. ¿Quieres pasar?

Mi respiración se detiene. ¿Entrar a su habitación? Pánico. Él lo aprecia. Nota mi cambio, mi reticencia.

—No es de buena educación dejar a una mujer esperando en el pasillo.

Tiene razón. Cada paso hacia el interior aumenta mi tensión y mi pulso se dispara. Veo cómo su cuerpo se pierde en una de las magníficas habitaciones de la suite y yo trato de centrarme en analizar cosas mundanas para no darle importancia al hecho de que estoy en la habitación del imposible Caleb Spencer.

Reaparece en tres minutos, no en cinco: vaqueros oscuros, camisa azul, esa manera suya de parecer correcto y peligroso a la vez.

—¿Sitio? —pregunta.

—Conozco uno. Terraza pequeña, sin fotógrafos.

—Me fío.

Caminamos por la calle aún tibia de día, con el rumor de la ciudad montándonos música. No hablamos de cifras. No diseñamos mensajes. Hablamos de una cafetería de su infancia que olía a pan caliente y de la mía, que olía a desinfectante; de un libro que lleva empezado un año y de la rabia que me da no acabar nunca los domingos. Nos interrumpen los semáforos y la risa. Al llegar a la terraza pedimos vino y algo sencillo.

Cuando chocamos las copas, él no suelta una broma indecente. Solo dice:

—Gracias por salir de la agenda.

—Gracias por no traer titulares —respondo.

Brindamos. Bebo. Él también. La noche arranca, y dentro de mí una voz nueva, apenas un hilo, se acomoda: quizá no todo sea control o incendio; quizá también exista este punto exacto en medio, donde uno respira y el mundo no se cae.

Lo miro. Me mira. La ciudad hace el resto. Y por primera vez en mucho tiempo, me permito no llevar el control de todo.

Capítulo DOCE
Caleb

Cuando abro la puerta y la veo ahí, con vaqueros sencillos, blusa blanca y el pelo suelto, necesito apoyarme en el marco para

asegurarme de que no estoy imaginándolo. Ella. En mi puerta. De noche.

Por un instante, mi cabeza solo tiene una idea: la cama tamaño king size de mi suite. La tentación es tan clara que me cuesta sonreír con naturalidad. Lauren en mi habitación. Podría pasar cualquier cosa.

Lo divertido y excitante es ver cómo ella lucha consigo misma para no mostrarse alterada cuando le pido que entre.

Me cambio la camisa, busco una chaqueta, me mojo el pelo con prisa. Todo me cuesta el doble porque sé que está al otro lado de la puerta esperándome. Me quema la piel solo con imaginarla ahí, apoyada en la pared, con la paciencia fría que la caracteriza. Me cuesta no abrir de nuevo y llevarla contra el marco para besarla. Pero no. Hoy no.

Salgo al pasillo con el corazón acelerado, como si fuera yo el que la estuviera persiguiendo. Ella me mira, y en esa mirada hay algo distinto.

***

El vino ayuda. No demasiado, lo justo. La primera copa rompe el hielo, la segunda afloja las palabras. La terraza está medio vacía, las velas en las mesas titilan y el murmullo de la ciudad llega como un telón de fondo amable. Por primera vez desde que empezó esta gira, siento que no tengo que interpretar ningún papel.

—¿Te has fijado en el rector de ayer? —pregunto, inclinándome un poco hacia ella—. El de la barba gris.

Lauren arquea una ceja divertida.

—¿Cómo olvidarle? Era como tener a un inquisidor delante.

—Parecía que si no pronunciábamos la palabra excelencia cada cinco minutos, iba a mandarnos a la hoguera.

Ella suelta una risa breve, que enseguida intenta contener con la copa. Yo me quedo mirándola, fascinado. No sabe lo mucho que vale esa risa.

—No seas cruel —me reprende, aunque sonríe—. Los académicos son así.

—Martin sería capaz de aguantarle tres horas seguidas —replico—. Yo en cambio, con diez minutos, ya estaba deseando meterle un azucarillo en el vino, a ver si se relajaba.

Esta vez se ríe de verdad. Y yo con ella. Y el mundo, por un instante, parece fácil. Lauren no sabe lo peligrosa que es su sonrisa. Lo complicado que me está resultando no enamorarme de ella.

***

Después hablamos de cosas que no importan y, por eso mismo, importan mucho. Yo le cuento que de niño me escapaba del colegio para ir a jugar al fútbol con los chicos del barrio. Ella se sorprende de que nunca me pillaran.

—Claro que me pillaron —confieso, divertido—. Matthew me descubría siempre. Pero yo corría más rápido.

Ella comparte una anécdota de su infancia: cómo se pasaba las tardes escondida en la biblioteca de su colegio leyendo novelas en lugar de salir al recreo. La imagino pequeña, con la misma determinación de ahora, y no puedo evitar sonreír.

—Siempre tan seria —digo, con un deje de ternura.

—Siempre tan inconsciente —me devuelve, y nuestras miradas se enganchan un segundo más de lo debido.

El vino hace lo suyo. La conversación fluye, sin aristas, sin la vigilancia constante que siempre nos pesa. Siento que estamos en una especie de tregua. Y que me gusta demasiado.

La veo relajarse poco a poco, los hombros menos rígidos, las manos descansando en la mesa sin apretar la copa como un salvavidas. Esa grieta me parece un milagro.

Hace horas que no mira el teléfono. Un milagro.

La observo, y me atrevo.

—Lauren… ¿por qué estás tan comprometida con tu trabajo?

Ella se queda pensativa, juega con el borde de la copa antes de responder.

—Al contrario que los miembros de la familia Spencer, nunca me han regalado nada, y cada logro ha sido una lucha. Solo éramos mi madre y yo y trabajó muy duro para mantenerme. No pude

entrar a la universidad hasta tener gran parte de la matrícula ahorrada. Tus hermanos me han dado confianza y un cargo de responsabilidad. Solo me queda devolverles su gratitud con mi esfuerzo.

Sus palabras me golpean. Entiendo esa hambre, esa necesidad de validarse, aunque la mía siempre haya sido distinta. La miro en silencio, y me descubro queriendo decirle que la admiro, que nunca había conocido a alguien que sostuviera tanto con tanta fuerza.

—¿Por eso te sientes tan identificada con los estudiantes del programa de becas?

—Por eso y porque creo que todos merecemos tener una oportunidad de demostrar lo que valemos.

—¿Incluido yo?

—Por supuesto, sobre todo tú.

Me gusta su respuesta, demasiado.

— Y tú, ¿a qué se debe esta nueva versión de Caleb Spencer? Horas de oficina, llamadas serias, apretones de mano, traje con

corbata bien puesta…

—A que quizá estoy cansado de ser el desastre de la familia.

Lo digo, con sinceridad. Espero no haberme equivocado al abrirme a ella.

—¿Y es algo a largo plazo?

—Todavía no lo sé pero puede que me lo piense porque, si finalmente me reformo y me vuelvo bueno ¿de qué te encargarás tú en la oficina?

Ambos nos reímos.

Ella me devuelve la mirada. Y entonces sonríe, leve, con un brillo en los labios que me desarma.

—Quizá… me guste esta nueva versión de ti.

El vino se me sube, pero no es el vino. Es ella. La frase se me clava como una promesa peligrosa.

Me recuesto en la silla, intentando no abalanzarme sobre esa sonrisa y besarla con deseo y fuerza.

—Entonces haré lo posible por mantenerla.

***

Caminamos por el pasillo en silencio, las luces tenues marcando sombras en la moqueta. Vamos tan cerca que, de repente, siento el roce de su mano contra la mía. Es apenas un contacto, pero me prende como una chispa en pólvora. ¿Ha sido ella o yo?

No la aparta. Sigue caminando, la mirada al frente, como si no se hubiera dado cuenta. Pero yo sí. Y cada paso que damos me cuesta la cordura.

Llegamos frente a nuestras habitaciones. Ella rebusca en el bolso la tarjeta. Yo me quedo quieto, observándola, con las manos ardiendo por las ganas de sujetar la suya. Cuando levanta la vista, nuestros ojos se enganchan.

Es distinto a todas las veces anteriores. No hay reproches, no hay frialdad. Solo fuego contenido. Puedo verlo en ella: el mismo que me devora por dentro. El aire entre nosotros se calienta.

—Lauren… —mi voz es apenas un susurro.

Ella no responde. Solo me mira. Sus pupilas dilatadas, su respiración acelerada. Esa mirada basta para hacerme perder cualquier resto de control.

La agarro por la nuca y la beso.

El contacto es brutal, inevitable, como si hubiéramos estado reteniéndolo toda la vida. Su boca se abre contra la mía y el mundo desaparece. El beso no es un juego: es hambre, necesidad, deseo puro.

Mis labios devoran los suyos, su lengua se encuentra con la mía en una lucha feroz. La sujeto por la cintura, pegándola contra mí, y siento cómo su cuerpo me responde con la misma urgencia. Su mano se aferra a mi chaqueta, tirando de mí como si quisiera fundirme contra ella.

El gemido que escapa de su garganta me vuelve loco. La beso más profundo, con más fuerza, explorándola como si pudiera memorizarla en un instante. Ella me devuelve cada movimiento, intensa, apasionada, sin reservas.

El calor nos envuelve, la respiración se rompe, y sé que si no nos detenemos ahora, no habrá marcha atrás.

Entonces, de golpe, ella se aparta.

Rompe el beso con un jadeo, los labios húmedos, los ojos ardiendo. Me mira como si estuviera luchando consigo misma.

—No —susurra, apenas audible.

Y antes de que pueda alcanzarla de nuevo, introduce la tarjeta, abre la puerta y entra. La madera se cierra entre nosotros, fría, implacable.

Me quedo solo en el pasillo con la respiración aún entrecortada. El sabor de su boca sigue en la mía, el temblor de su cuerpo aún en mis manos. Estoy excitado, desbordado, confundido.

Y lo único que sé es que lo que acaba de pasar no es solo deseo. Es algo más grande, más peligroso. Algo que me arrastra y me aterra al mismo tiempo.

Capítulo TRECE

Lauren

Cierro la puerta de mi habitación y me dejo caer contra ella, con la espalda pegada a la madera y el corazón golpeando como un martillo. El aire me quema en los labios. Todavía lo siento: el calor de su boca, el roce de sus manos en mi cintura, el temblor de mi cuerpo respondiendo al suyo.

Me tapo la cara con las manos. No debería haberle devuelto el beso. Fue un error. Un error delicioso, pero un error.

Respiro hondo, camino hasta la cama y me siento en el borde, como si las sábanas pudieran anclarme. Sé que no debo cruzar esa línea. No con Caleb. No con alguien que es mi trabajo, mi responsabilidad. No con alguien que lleva el apellido que me paga las facturas.

Me repito lo obvio: soy la profesional que ha trabajado toda su vida para ganarse un lugar. No voy a estropearlo por un arrebato. No importa que sea uno de los hombres más atractivos que he visto en mi vida. No importa que esté demostrando cierta madurez. No importa que haya sido el maldito beso más ardiente de mi vida. Y no

importa que, por un segundo, solo pensara en quitarle la ropa en el mismo pasillo.

Me lo prometo a mí misma: mañana seré de hielo. Mantendré las distancias. Soy más fuerte que todo esto.

Es Caleb Spencer, es un mujeriego problemático y yo no seré su nuevo y esperado titular.

Me tumbo con el corazón aún acelerado y la sensación ardiente en la piel. Tardo en dormirme. Demasiado.

***

Bajo con el portátil bajo el brazo, preparada para repasar la agenda del día. El salón del desayuno está tranquilo, con el rumor apagado de las conversaciones de otros huéspedes y el tintinear metálico de cubiertos contra porcelana. El olor a café recién molido debería tranquilizarme, pero lo único que siento es un nudo en el estómago.

Cuando lo veo, ya sentado junto a la ventana, la sensación se intensifica. Parece descansado, como si la noche anterior no nos

hubiera dejado con la respiración entrecortada en un pasillo. Como si ese beso no hubiese sucedido. Porque en realidad, NO ha sucedido. Ese es mi discurso interior.

Yo no puedo fingir tan bien. Me acerco con la espalda recta y la carpeta bajo el brazo, como un escudo.

—Buenos días —digo, seca.

Él me sonríe, ladeando la cabeza.

—Buenos días, carcelera.

La palabra me golpea, porque anoche no me sentí su carcelera. Me sentí otra cosa. Pero no dejo que se me note. Me siento frente a él, pido café, abro el portátil.

—¿Has dormido bien? —pregunta, inclinándose un poco hacia mí.

—Lo suficiente. —Tecleo como si el teclado fuera más importante que cualquier otra cosa.

Se queda mirándome. Lo noto, me arde en la piel. Suspira.

—Lauren, sobre lo de anoche…

Cierro el portátil despacio, levanto la vista y lo interrumpo antes de que continúe.

—No hay nada de lo que hablar.

Un silencio se instala entre nosotros. Sus ojos, que anoche ardían, ahora se apagan un poco. Puedo leer la decepción en ellos, aunque intente ocultarla tras una sonrisa torcida.

—¿Nada? —repite, con voz más baja.

—Fue un error —digo, firme—. Y no va a repetirse. Parece que hubo demasiado vino.

Él se recuesta en la silla, cruza los brazos sobre el pecho. Esa sonrisa suya ya no es insolente, es amarga.

—Entonces, ¿vuelves a ser mi carcelera?

La pregunta me atraviesa. Es un reproche, pero también un lamento. Lo miro, un segundo apenas, y sé que espera una respuesta. Pero no la doy. No puedo.

Vuelvo al portátil, abro un documento cualquiera, como si los números pudieran salvarme de la intensidad de sus ojos.

Él no dice nada más. Se limita a remover el café, en silencio, con la cucharilla chocando contra la porcelana en un ritmo que suena más a derrota que a rutina.

Yo me concentro en el vapor que sube de mi taza, repitiéndome que estoy haciendo lo correcto. Mantener la distancia. No cruzar líneas. No dejar que un beso borre todo lo que he construido.

Pero el nudo en el pecho me dice otra cosa: que la decepción en sus ojos me ha dolido más de lo que debería.

***

El salón de actos de la universidad está abarrotado. Estudiantes en primera fila con libretas abiertas, académicos con sus gafas apoyadas en la punta de la nariz, periodistas locales con las cámaras listas para captar cualquier gesto que se convierta en titular. El aire está cargado de expectación y de una energía juvenil que me resulta contagiosa.

Camino hacia el estrado con los tacones firmes contra la tarima. El murmullo baja en cuanto tomo el micrófono.

—Gracias por recibirnos. Hoy no venimos a dar un discurso vacío. Venimos a hablar de oportunidades.

Repaso los puntos clave: la transparencia del programa, el número de plazas, los convenios. Hablo con seguridad, acostumbrada a tener la sala bajo control. Luego cedo el turno.

—Y ahora, quiero presentarles a Caleb Spencer, el Director del programa "Orientados al mañana"

Él se levanta despacio. Traje impecable, corbata recta, el cabello perfectamente peinado. Nada que ver con el hombre del pasillo anoche. Tampoco con el de esta mañana, al que le he negado incluso una conversación. Este Caleb parece otro: el que quiere demostrar que sí puede. Espero que lo ocurrido no le afecte.

Se coloca frente al micrófono. Su voz suena grave, más serena de lo que esperaba.

—Sé lo que significa que alguien confíe en ti cuando otros no lo hacen.

Una pausa. Me mira de reojo. Siento cómo ese hilo invisible que me ata a él se tensa. ¿Acaso él no siente que confío en él?

—Por eso este programa es una apuesta real por el talento, por las personas que tienen la capacidad y las ganas, aunque a veces no tengan los recursos.

La sala guarda silencio, escuchando. Yo me sorprendo de lo mucho que lo estoy escuchando yo también.

Avanza con convicción, pero titubea cuando llega a los números. Busca un dato en la hoja, lo pierde. La sala espera. Y entonces entro yo.

—El compromiso de Skyline —intervengo con una sonrisa— es no solo dar oportunidades de acceso, sino acompañar a cada estudiante en el proceso. Queremos que el talento tenga un lugar para crecer, y que cada uno de vosotros pueda llegar más lejos de lo que imagináis.

Los murmullos de la sala cambian de tono. Caleb recupera el hilo.

—Exacto. Lo importante no es solo empezar, sino tener apoyo constante. Y nosotros queremos estar ahí.

Sigue, más seguro. Cierra con una frase simple, pero honesta:

—No quiero que penséis que estamos aquí para dar lecciones. Estamos aquí para aprender con vosotros.

El aplauso llega inmediato, cálido, sincero.

Mientras estrechamos manos al final de la presentación, observo cómo los estudiantes se acercan a él, le hacen preguntas, algunos incluso le sonríen como si vieran en él algo aspiracional. Y Caleb… responde. No huye, no improvisa chistes. Responde en serio.

Cuando nos despedimos de los organizadores y salimos al pasillo, respiro aliviada. Ha salido bien. Más que bien.

Camino junto a él, con la carpeta contra el pecho. No digo nada, pero por dentro lo admito: me gusta verlo así. Concentrado,

seguro, comprometido. Me gusta verle crecer. Y, aunque no lo quiera reconocer, me gusta estar justo a su lado mientras lo hace.

Capítulo CATORCE
Caleb

El problema de besar a Lauren Gilbert no es el beso. Es lo que viene después.

Porque yo sé lo que sentí. Sé que fue real, ardiente, tan intenso que aún me quema la piel. Pero ella se ha encargado de congelarlo, con ese tono de "no hay nada de qué hablar". Y ahora no me lo saco de la cabeza.

La veo en el desayuno, en las reuniones, en los pasillos. Siempre recta, siempre impecable, siempre esquiva. Cada vez que intento rozar el tema, ella lo corta con esa frialdad que podría congelar un incendio.

Y me duele.

Lo peor es que ni siquiera sé por qué. Debería estar acostumbrado a que me cierren puertas, a que no esperen nada de mí. Pero con ella… no. Porque sé que lo sintió. Lo vi en sus ojos, lo sentí en sus labios. Y ahora finge que fue nada.

Me miro en el espejo del baño del hotel antes de una reunión. El reflejo me devuelve a un hombre que no sé si reconozco. Traje bien colocado, corbata recta, mirada seria. Parezco… Matthew.

¿Ese soy yo ahora?

Inclino la cabeza, me paso la mano por el pelo. Durante estos días me he sorprendido hablando con coherencia, tomando decisiones, hasta disfrutando de la responsabilidad. Y me ha sentado bien. Pero en el fondo… no soy así. No siempre.

Pienso en Lauren. En cómo me miró en la reunión con los inversores, con una chispa de orgullo que jamás había visto dirigida hacia mí. ¿Y si lo único que necesito es recordarle que también soy el de antes? ¿El que hace reír, el que provoca, el que rompe la seriedad con un comentario a destiempo?

Quizá una mezcla de los dos funcione. Un poco de responsabilidad para que me respete, un poco de mi descaro de siempre para que no me olvide.

Nunca he hecho esto por una mujer. Nunca. Siempre han venido a mí, se han reído de mis bromas, han buscado mi sonrisa. Yo nunca he tenido que perseguir. Nunca he tenido que esforzarme por llamar la atención de nadie.

Hasta ahora.

***

El salón está demasiado iluminado para mi gusto, con esas lámparas que hacen que cada gesto se note demasiado. Los decanos parecen un comité de jueces: trajes oscuros, sonrisas medidas, ojos afilados. Lauren está a mi lado.

—Señor Spencer —pregunta uno de los decanos, un hombre con voz grave y barriga prominente—, ¿qué espera usted que logren estos estudiantes gracias al programa?

Respiro hondo y, contra todo pronóstico, respondo con calma:

—Espero que descubran que su talento tiene un lugar donde crecer. Que no se queden a medio camino por falta de recursos. Que sepan que Skyline puede ser una puerta abierta, no un muro.

Asienten. Incluso me sonríen. Siento cómo Lauren se gira apenas hacia mí, sorprendida. Y eso me anima. Quizá demasiado.

Otro decano interviene, con un tono más inquisitivo:

—Y si fracasan, ¿qué papel tiene la empresa?

Aquí es donde debería mantenerme serio. Pero no lo hago.

—Si fracasan… al menos habrán aprendido lo mismo que yo: que siempre se puede caer de pie. —Sonrío, ladeando la cabeza—. Y créame, en eso soy un experto.

Risas incómodas, un murmullo entre los asistentes. Uno de ellos se aclara la garganta, otro mira su copa de vino como si se hubiera agriado.

Lauren entra en acción.

—Lo que Caleb quiere decir —dice con una sonrisa impecable — es que incluso los errores forman parte del aprendizaje. Skyline

no busca crear estudiantes perfectos, sino darles herramientas para que se atrevan, se equivoquen y sigan adelante.

Los decanos asienten, aliviados por su traducción. Yo mantengo la sonrisa, pero sé que la he fastidiado.

En cuanto salimos, Lauren me agarra del brazo y me arrastra unos pasos lejos de los demás. Su mirada podría cortar acero.

—¿Qué demonios intentabas dentro?

Me suelto despacio, sin perder el contacto visual.

—Primero les he dicho lo que querían oír. Y luego lo que pienso de verdad.

—¿De verdad crees que una reunión con decanos es el lugar para tus frases ingeniosas?

—¿Ingeniosas? —me río, sin humor—. No eran ingeniosas. Eran honestas.

Ella aprieta los labios, conteniendo la rabia.

—Has hecho que todos dudaran de ti. Y de mí, de paso. ¿Qué ha pasado con el Caleb formal?

La miro fijamente. No me arrastro.

—Pues que duden. —Doy un paso hacia ella, la voz baja, firme—. Todos en esa maldita reunión respiraban con la esperanza de que meta la pata. Estoy harto de ser el que todos esperan que se equivoque. Y sí, he dicho algo que descolocó. ¿Y qué? No voy a convertirme en una estatua para gustarles.

Ella parpadea, sorprendida por el tono. No sabe qué decir. Yo sí. Sigo, incapaz de contenerme.

—Al menos he hablado como yo mismo. No como Matthew. Ni como el decano aburrido de turno. Como yo.

Nos quedamos demasiado cerca, la tensión flotando como una cuerda tirante. Ella se cruza de brazos, intenta recuperar el control.

—Si quieres que te tomen en serio, no me obligues a salvarte cada cinco minutos.

—¿Y quién ha dicho que quiero que me tomen en serio?

—¿De verdad? ¿Entonces qué has estado haciendo todos estos días? ¿Sólo has interpretado un papel porque te aburrías?

—Quizás solo quería provocarte.

No se si escojo las palabras adecuadas pero su reacción me asusta.

—¡No me provoques!

—Y si quieres que deje de provocarte, deja de hacer que valga la pena hacerlo.

Su respiración se acelera apenas. La mía también. Nos quedamos un segundo atrapados en esa chispa que no se extingue nunca.

Su mirada arde. Pero no de deseo. De ira. Está enfadada. Decepcionada.

Creo que mis ganas de provocarla han generado un efecto demasiado negativo. La he cagado.

Pero es ella quien rompe el momento, dándose la vuelta y alejándose con paso firme.

Yo me quedo quieto, con la sonrisa torcida y un vacío en el pecho que ni la mejor copa de whisky puede llenar.

Capítulo QUINCE
Lauren

El resto del viaje pasa como un campo minado: cada paso que doy cerca de Caleb está lleno de tensión.

Estoy confusa con él, con su comportamiento y por el maldito beso que me empeño en censurar en mi mente. Me demostró que puede ser un hombre de fiar, que tenía capacidad para trabajar y esforzarse pero cuando no consiguió lo que quería tiró la toalla.

Pero también es evidente que nuestra conversación le hizo reaccionar y no es para menos pero tengo tanta rabia dentro de mí que no sé cómo gestionarla. Una mezcla entre decepción y engaño que me corrompe por dentro.

En las comidas, en los trayectos en coche, en los actos oficiales, puedo sentir cómo intenta acercarse. Busca mis ojos, se inclina hacia mí como si quisiera decir algo. En más de una ocasión abre la boca, pero yo le corto con una mirada o un gesto seco. No estoy preparada. No quiero escuchar disculpas todavía.

Me duele más de lo que debería. Me siento tonta. Porque yo le vi. Le vi ser serio, hablar con convicción, conseguir que inversores

exigentes le creyeran. Vi a un hombre capaz de sostener algo importante. Y quise creer que esa era su verdadera versión.

Pero después, en esa maldita comida, volvió a sacar al niño que busca provocar para llamar la atención. Y me rompió la ilusión.

Me repito que soy una profesional. Que no debería afectarme a este nivel. Que es un Spencer más, un apellido que debo proteger como cualquier otro. Pero no sirve. Porque lo personal ya se ha mezclado con lo profesional, y me duele reconocerlo.

***

La sala de juntas de Skyline me resulta casi acogedora después de una semana de aeropuertos, hoteles y auditorios llenos. Matthew y Martin ya están allí cuando entro.

—Bienvenida, Lauren —dice Martin, levantándose para darme un abrazo ligero—. Teníamos miedo de que después de tantos días viajando con Caleb hubieses dimitido por agotamiento.

—O que nos hubieras demandado por explotación laboral —bromea Matthew por primera vez.

Se me escapa una sonrisa cansada.

—No os voy a mentir: ha habido momentos en los que lo he considerado.

Matthew, que sigue de pie junto a la mesa con los brazos cruzados, arquea apenas una ceja.

—Pero sigues aquí. Eso ya es un logro.

—Lo es —respondo, dejando la documentación sobre la mesa central.

Nos sentamos. Martin se inclina hacia adelante, con esa expresión expectante.

—Cuéntanos. ¿Qué tal el tour?

Abro mis notas, aunque en realidad lo tengo todo grabado en la memoria.

—Bien. Mejor de lo esperado. La recepción de las universidades fue positiva, conseguimos compromisos iniciales de

colaboración y patrocinio y la prensa local recogió el mensaje de forma constructiva. Ha sido intenso, pero satisfactorio.

Matthew asiente, serio, como si cada palabra fuese una ficha en un tablero de ajedrez. Martin sonríe, relajado.

—Y Caleb —pregunta finalmente Matthew, directo—. ¿Cómo ha estado?

El aire parece tensarse un instante. Respiro hondo. No quiero ni endulzarlo ni exagerarlo.

—La verdad es que me ha sorprendido —respondo con calma —. Ha mostrado profesionalidad, se ha preparado, ha sabido transmitir compromiso. En varios momentos lo he visto realmente implicado.

Martin abre los ojos, divertido.

—¿Comprometido? ¿Nuestro Caleb?

—Sí. —Mantengo la voz firme—. Ha tenido algún tropiezo, claro, pero en general se ha esforzado. Y lo ha hecho bien.

—Matthew, habla con tu querida esposa. Lauren sufre del síndrome de Estocolmo. Nos va a demandar.

Matthew me observa en silencio unos segundos, como si buscara descifrar si hablo como profesional o como algo más.

—Entonces —dice al fin—, ¿lo consideras un avance?

—Lo considero un paso en la dirección correcta —respondo—. Si sigue centrado puede ser un gran aporte para la empresa.

Martin se reclina en la silla, con esa sonrisa que siempre parece contener un suspiro de alivio.

—No sabes cuánto significa oír eso.

—Ni os imagináis lo que significa para mí poder decirlo.

La reunión termina con promesas de próximos pasos, pero me voy con la sensación de que mis palabras pesan más de lo que deberían. Porque he dicho la verdad. Caleb se ha esforzado. Caleb ha estado a la altura. Y reconocerlo me deja con un calor extraño en el pecho que no tiene nada que ver con la empresa.

***

La junta general de accionistas es dentro de unas semanas y apenas voy a tener tiempo para poder preparar toda la documentación así que aprovecho el silencio del edificio Skyline para trabajar. El pasillo está en penumbra a esas horas, casi vacío, salvo por la luz que se filtra bajo la puerta del despacho de Caleb. Me detengo un segundo. No debería. Podría seguir caminando, fingir que no lo he visto. Pero algo me empuja a acercarme.

La puerta está entornada. Me asomo.

Él está ahí dentro, inclinado sobre la mesa. La chaqueta tirada en el respaldo de la silla, la camisa fuera de los pantalones, las mangas arremangadas. El escritorio es un caos: tazas de café vacías, papeles con garabatos, un par de cajas de comida a medio terminar. Y, en medio de todo, Caleb escribiendo con el ceño fruncido, concentrado de verdad.

Me quedo observándolo en silencio. No me ve. Está demasiado metido en lo que hace. Y ahí, en ese gesto serio, en esa desorganización que esconde horas de esfuerzo, siento un nudo extraño en el pecho.

Orgullo.

El mismo hombre al que todo el mundo señala como un desastre está aquí, trabajando de madrugada, sin postureo, sin testigos. Y lo sé: lo está haciendo por la empresa… pero también por mí.

Porque aquel comentario provocador en la comida, esa torpeza infantil, fue solo una forma de llamar mi atención. Y lo consiguió. Enfadándome, sí, pero también atrapándome. Porque en el fondo… me excita. Esa mezcla suya de descaro y vulnerabilidad, de niño perdido y hombre que intenta.

Respiro hondo. Y entonces me decido. Empujo la puerta y entro.

Él levanta la cabeza, sorprendido. Sus ojos se abren un segundo, y me siento observada como si acabara de irrumpir en un secreto.

—¿Qué haces aquí? —pregunta. La voz le suena ronca, gastada, como si llevara horas sin pronunciar palabra.

—Pasaba por aquí —respondo, encogiéndome de hombros—. Y pensé que quizá te vendría bien un descanso.

Se queda mirándome. Primero desconfiado, luego… otra cosa. Sus cejas se relajan, los labios se entreabren un instante. Parece incrédulo, como si mi presencia fuera un espejismo.

—¿Un descanso? —repite, despacio.

Doy un paso hacia la mesa, apoyando la mano en el borde.

—Sí. Una copa. ¿Vienes?

Sus ojos se agrandan apenas, y noto cómo traga saliva. Se reclina en la silla, me observa con atención, como si intentara asegurarse de que lo he dicho en serio.

—¿Una copa contigo? —pregunta, y su voz ya no es cansada, sino cargada de algo más.

Asiento.

Se queda en silencio unos segundos que parecen eternos. Se pasa la mano por el pelo, desordenándolo más, y luego se ríe bajo, incrédulo. El sonido me provoca un cosquilleo incómodo en la piel.

—Nunca pensé que serías tú quien me invitara a salir del despacho —admite, bajando la voz—. Siempre me imaginé que si pasabas por aquí, sería para arrastrarme a una reunión, no a un bar.

La tensión en su mirada es tan palpable que me cuesta sostenerla. Pero no retiro los ojos.

—No hagas que me arrepienta, Caleb Spencer.

Al final, se levanta despacio, recoge la chaqueta y la lanza sobre el hombro. Sonríe. No es la sonrisa insolente de siempre, es otra: más sincera, agradecida, como si le hubiese regalado algo que no esperaba.

—Entonces la respuesta es sí —dice.

Nuestros ojos se encuentran. El brillo que arde en los suyos me confirma lo que ya sé: acabo de abrir otra puerta que, tarde o temprano, no podré volver a cerrar.

Capítulo DIECISEIS
Caleb

El bar es elegante, discreto, con luces tenues y música de jazz de fondo. No es el tipo de lugar al que yo suelo venir; demasiado sofisticado para mis noches caóticas. Pero verla a ella aquí, con la copa de vino en la mano, apoyada en el respaldo de terciopelo, hace que el lugar me parezca perfecto.

—Parece que sobrevivimos al tour —dice, con ese tono que mezcla ironía y cansancio.

—Yo creía que me abandonarías en medio de la gira —replico, alzando la copa—. Estoy impresionado.

—No creas que no me sentí tentada.

—Me alegra que no lo hicieras.

Ella sonríe apenas, un gesto pequeño, pero suficiente para que me recorra un calor que nada tiene que ver con el whisky.

Hablamos primero de trabajo. Del tour, de los estudiantes que conocimos, de las reuniones. Ella comenta que la cobertura mediática ha sido más positiva de lo esperado. Yo, sorprendentemente, aporto datos que he memorizado. Nunca pensé

que podría interesarme de verdad por números y porcentajes, pero con ella al otro lado de la mesa todo parece menos árido.

La conversación fluye más de lo que imaginaba. El vino ayuda, claro, pero lo que de verdad me sorprende es la facilidad con la que puedo estar aquí, hablando de proyectos, de ideas, sin necesidad de recurrir a una broma.

Llega un momento en que sé que tengo que hacerlo. He intentado muchas veces rectificar mi error y pedirle disculpas. Dejo la copa sobre la mesa, respiro hondo y la miro.

—Lauren… te he echado de menos.

Levanta la vista, arquea una ceja, como si esperara el chiste que siempre viene detrás. No hay chiste esta vez. Abre ligeramente la boca para decir algo pero no lo hace.

—Quiero disculparme.

Silencio. Un silencio que pesa más que cualquier palabra.

—Por la comida con los decanos. —Mi voz suena grave, más seria de lo que estoy acostumbrado—. Sé que te decepcioné. Intenté

volver a ser el de siempre, el que hace bromas para salir del paso. Y no fue justo contigo. Ni con el trabajo que estábamos haciendo.

Ella no dice nada al principio. Me mira, evaluándome, como si midiera cada palabra. Sus ojos oscuros no dejan escapar nada, y siento que me está desnudando más de lo que lo haría cualquier mujer en una cama.

—No puedo negar que te comportaste como un capullo engreído.

—Lo sé y lo siento, de verdad.

—Jamás pensé escuchar la palabra "lo siento" de boca de Caleb Spencer.

—No es algo a lo que esté acostumbrado, la verdad.

—¿Es una disculpa oficial? —pregunta al fin, con voz neutra.

—La más oficial que he hecho en mi vida.

Sus labios se curvan apenas, no en una sonrisa plena, pero sí en algo que me libera.

—Entonces la acepto.

Un peso enorme se me cae de los hombros. No lo celebro con una broma, no me escondo. Solo asiento, agradecido.

—Quiero decirte que estoy comprometido con este proyecto. No te defraudaré, lo prometo.

—Te creo.

Es justo esa mirada que me devuelve lo que termina por demostrarme que no importa quién era ayer. Que no importa cuántos titulares ocupara mi nombre. Que no importa cuántas mujeres han pasado por mi vida. Que solo importaba el ahora y el mañana. Con ella.

Sonrío con un tonto. Dios. No he podido caer más bajo. Creo que estoy totalmente e irreversiblemente enamorado de Lauren, mi carcelera.

***

Después de eso, la conversación cambia de tono.

—Si queremos que funcione, necesitamos un plan de comunicación sólido —explica—. No podemos depender solo de los

discursos.

Me inclino hacia ella atraído por la intensidad en su mirada cuando habla de algo que le importa.

—Yo podría reunirme con algunos de los estudiantes de forma más personal. Historias en vídeo, testimonios. Que se vea que no solo hablamos de números.

Ella me observa un momento, como si no pudiera creer que soy yo quien lo sugiere. Luego asiente.

—Podría funcionar. Pero habría que cuidarlo.

Empezamos a lanzar ideas de un lado a otro. Ella anota, yo improviso, y por primera vez siento que trabajamos juntos de verdad. Como un equipo.

Me gusta ser un equipo con ella.

***

Cuando salimos del bar, la ciudad nos recibe con aire fresco y calles iluminadas. Caminamos en silencio, pero no es incómodo. Hay algo

distinto en el aire, como si hubiéramos cruzado otra frontera invisible.

La miro de reojo y pienso que, aunque no lo diga en voz alta, este momento —este trabajar juntos, este entendernos— me resulta más íntimo que cualquier beso robado.

Y, sin embargo, no puedo evitar querer ambos.

Capítulo DIECISIETE
Lauren

Durante años mi vida profesional ha girado en torno a una sola obsesión: proteger la reputación de la familia Spencer. Apagar incendios, contener titulares, corregir errores antes de que explotaran en la prensa. Caleb ha sido el centro de demasiadas de esas maniobras, un torbellino que me obligaba a vivir en estado de alerta permanente.

Pero ahora… ahora es distinto.

Por primera vez en mucho tiempo, puedo dedicar mi energía a lo que verdaderamente importa: hacer crecer la empresa. No es un esfuerzo reactivo, no es correr detrás del desastre. Es construir. Y la diferencia se nota.

Han pasado varias semanas desde nuestro tour por las universidades y algunas cosas han cambiado y otras, se han impulsado para bien.

El proyecto de becas avanza a un ritmo que me ilusiona. Las universidades con las que ya trabajamos nos llaman con propuestas nuevas, hay estudiantes mandando solicitudes incluso antes de que se abra la convocatoria oficial, y el teléfono del departamento de comunicación no deja de sonar. Seline me pasa informes con picos de interacción positivos en redes, y Pauline está desbordada pero feliz.

Lo sorprendente es que Caleb no se ha quedado atrás. Al contrario: está en el centro de todo.

Y todavía hay algo mejor: ningún escándalo en titulares protagonizado por el soltero más sexy de la ciudad. Digo, por Caleb Spencer.

***

Al pasar frente a su despacho me detengo. La puerta está abierta y la luz derrama un resplandor cálido sobre el pasillo. Me inclino apenas, curiosa.

El caos me recibe primero: la mesa cubierta de carpetas abiertas, papeles con flechas y tachones, tazas de café vacías acumuladas en torres inestables, un par de cajas de comida rápida a medio terminar. Todo en desorden, todo caótico. Y en el centro de esa tormenta, Caleb, con las mangas arremangadas y la camisa fuera del pantalón, inclinado sobre un expediente como si en ese momento nada más existiera.

Se muerde el labio inferior mientras lee, concentrado de verdad. No me ve. Durante un instante lo observo en silencio, fascinada. El hombre que tantas veces ha huido de la responsabilidad ahora parece encadenado a ella… y lo más sorprendente es que lo hace por voluntad propia.

Hace días que mi corazón se siente cómodo y cálido a su lado. Que sus miradas me excitan en lugar de irritarme. Que sus palabras me envuelven en lugar de irritarme. Que sus propuestas me emocionan en lugar de crisparme. Que su contacto… me gusta. Las revistas del departamento social de la empresa tienen razón…

estoy enamorada de Caleb Spencer. Tengo 9 de 10 puntos según el maldito test de amor.

Levanta la cabeza y me descubre en el umbral. Sus ojos se iluminan con esa chispa traviesa que siempre le acompaña, pero su gesto sigue serio.

—Ven. Mira esto.

Me acerco despacio, rodeo la mesa y me inclino junto a él. Me enseña la foto de una chica: joven, morena, con sonrisa franca.

—Quiere estudiar hostelería sostenible. Ha trabajado desde los quince años y, a pesar de eso, sus notas son impecables.

—Impresionante —murmuro, de verdad sorprendida. Es una chica perfecta para el programa.

Me señala un post-it verde pegado en la portada del expediente. La letra es suya, inclinada, casi atropellada: "Prioridad alta. Posible embajadora del programa."

—¿Embajadora? —repito, alzando las cejas.

Él sonríe, orgulloso.

—Sí. Imagina que sea ella quien cuente su historia en las

charlas. Sería mucho más inspirador que cualquier discurso mío.

Me quedo mirándole. Su entusiasmo es tan genuino que resulta contagioso. Él se comprometió a seleccionar la primera remesa de participantes y quiere escogerlos por méritos y propósitos de vida. Hay algo en esa sonrisa que me desarma sin poder evitarlo.

—No está mal —respondo, intentando mantener la voz neutral.

Él se echa hacia atrás en la silla, cruzando los brazos, como si buscara confirmación en mis palabras. Y sé que en el fondo espera algo más: que le diga que estoy orgullosa. No lo digo, pero lo pienso. Porque se que si lo hago traspasaríamos demasiado límites.

***

La reunión de seguimiento empieza como siempre: puntualidad, orden, silencio. Matthew preside la mesa con la misma rigidez de costumbre, los dedos entrelazados sobre los papeles. Martin sonríe con su habitual calidez, intentando restar gravedad al ambiente.

Caleb está sentado a mi lado, traje en orden, corbata recta, y aunque mantiene la espalda erguida, noto la tensión en sus hombros.

Cuando Matthew le da la palabra, Caleb se aclara la garganta. Lo conozco lo bastante para ver lo que otros no verían: miedo. No pánico, no inseguridad vacía. Es el miedo de un hombre que, por primera vez, quiere impresionar a su hermano mayor.

—He estado revisando los primeros expedientes de candidatos —empieza, con voz más grave de lo habitual—. Y creo que deberíamos seleccionar perfiles no solo por méritos académicos, sino también por su capacidad de convertirse en embajadores del programa. Historias que inspiren, que den credibilidad.

Hace una pausa, mira de reojo a Matthew, y continúa.

—Eso nos daría beneficios tangibles: mayor visibilidad positiva, aumento en la confianza de los inversores, y un posicionamiento de Skyline como empresa comprometida con el talento joven. No solo sería un aporte social. Sería también un retorno en reputación y en fidelidad de marca.

Me sorprende. No solo está hablando de emociones: habla en términos técnicos, estratégicos. Con números implícitos, con resultados que incluso Matthew puede valorar.

—Si logramos vincular nuestro nombre al éxito de los estudiantes —añade, con un gesto seguro—, los beneficios a largo plazo serán tanto sociales como financieros. El objetivo es que la colaboración con el grupo sea a largo plazo.

Martin asiente de inmediato, encantado.

—Tiene razón. Una historia auténtica puede multiplicar el valor de la empresa más que cualquier campaña publicitaria.

Matthew no asiente tan deprisa. Lo observa en silencio, evaluando cada palabra. El aire se vuelve pesado, como si estuviéramos todos esperando su veredicto. Finalmente, se recuesta en la silla.

—Es un planteamiento interesante —dice, seco, pero en su tono percibo algo que nunca había escuchado hacia Caleb: respeto.

Me giro hacia él. Caleb disimula, pero lo veo. El alivio en sus ojos. La satisfacción silenciosa de haber conseguido, al menos por

un instante, la aprobación de Matthew. Y esa chispa me toca más de lo que debería.

***

Cuando damos por terminada la reunión, Martin nos observa con una sonrisa amplia.

—Os compenetráis muy bien. Parece que lleváis años trabajando juntos. Sin duda, el programa está en grandes manos.

La frase cae sobre la mesa con la naturalidad de quien dice lo obvio. Caleb se gira hacia mí y sonríe. No su sonrisa provocadora, sino una más suave, casi íntima. Y yo, torpemente, le devuelvo la mirada.

Y entonces, Caleb hace algo que me deja sin palabras. Se acerca hasta mí, me toma por las caderas y me eleva por los aires para celebrar nuestra victoria.

Son apenas unos segundos en los que no puedo evitar reírme por la ilusión compartida. Algo más infantil que profesional. Pero suficiente para darme cuenta de algo: Matthew y Martin lo han visto.

Siento un calor incómodo en la cara, como si me hubieran pillado en algo. Me apresuro para que Caleb me baje pero sé que ya es tarde. La complicidad que intento ocultar acaba de hacerse visible.

Capítulo DIECIOCHO
Caleb

Últimamente me descubro sonriendo sin motivo. Es raro. Raro y, si me paro a pensarlo, un poco peligroso.

Matthew ha dejado de mirarme como si fuera una bomba a punto de explotar. Martin, directamente, parece orgulloso de mí. Y

Lauren… Lauren ya no se me acerca solo para apagar incendios. Ahora hablamos, compartimos ideas, discutimos planes. Trabajamos juntos, y me gusta más de lo que jamás habría imaginado. Somos un equipo.

Incluso ir a la oficina, entrar a mi despacho, socializar con compañeros, hablar de números y mostrar interés se ha convertido en mi rutina. Sigo sin abrocharme la corbata pero no porque no me apetezca ir formal sino porque sigo esperando que ella la abroche en secreto. No obstante, todavía me sorprendo de verme tan cambiado.

"*De gigoló a empresario*" titulares.

No puedo negar que es duro. Trabajar todos los días y sacar adelante un proyecto de esta envergadura no es fácil. Además, también tengo otras cosas más personales entre manos y todo se complejiza. Pero hay algo que no quiero que cambie: mi compromiso. Tengo mucho que demostrar.

Por primera vez en mi vida siento que no estoy estorbando en la familia, que soy parte del engranaje. Que aporto algo. Y el escándalo mediático que me persiguió hace dos meses con la hija

del gobernador parece haberse difuminado entre titulares sobre el programa de becas y fotos de estudiantes sonrientes.

Lauren está más relajada, lo noto en su risa auténtica. Y yo… yo me siento realizado. Como si esta vez de verdad hubiera encontrado mi sitio.

***

La reunión de ese martes empieza como cualquier otra. Sala de juntas, Matthew al frente, Martin con su café, Lauren a mi lado con su carpeta abierta. Todo parece normal.

Hasta que Matthew deja un dossier sobre la mesa con un golpe seco.

—Tenemos un problema.

Abro el dossier. Fotos. Fechas. Titulares que ya he aprendido a temer. Y entonces lo veo: un reportaje de investigación sobre una fiesta de hace meses, cuando todavía no me tomaba nada en serio. Una foto mía entrando a un club con un empresario que ahora está

siendo investigado por fraude fiscal y por tener vinculaciones con ciertas organizaciones de mala reputación.

—No puede ser… —murmuro, aunque sé que lo es. Doy un fuerte golpe sobre la mesa. ¿Por qué no me dejan en paz?

Matthew me mira, frío. No grita. No necesita hacerlo. La decepción regresa a sus ojos, y eso duele más que cualquier reprimenda.

—Lo siento Lauren pero parece que tienes trabajo que hacer.

La frase me atraviesa. Lauren, a mi lado, guarda silencio. Sé que está ahí, la siento, y me aterra mirar para comprobar qué ve en mí.

De repente siento como alguien toma mi mano por debajo de la mesa. Es ella. Quiere mostrarme su apoyo y aunque quiero sentirlo, de verdad quiero sentirlo, solo puedo ver la decepción en el rostro de Matthew. He fallado. Otra vez.

La reunión se convierte en un murmullo distante. Matthew habla de controlar la prensa, Martin intenta suavizar, Lauren toma notas rápidas. Yo apenas respiro.

Parece que es imposible dejar el pasado atrás y por desgracia, yo tengo muchas mierdas que aparcar. Mi burbuja se ha roto en un segundo.

***

La casa Spencer no es el mejor refugio para mí así que acudo al pequeño apartamento que tengo a las afueras. Me hundo en el sofá y dejo que mi nueva compañera de aventuras, una cara botella de whisky, me acompañe. La camisa arrugada, la corbata tirada en cualquier parte, las manos en el pelo. La decepción de Matthew sigue clavada en mi pecho como un puñal. No grita, no insulta, no necesita hacerlo. Solo esa mirada… y me siento otra vez el niño que nunca encajó.

Un golpe en la puerta me saca de mis pensamientos. No espero a nadie. Por un segundo pienso en no abrir, pero los nudillos insisten. Me levanto arrastrando los pies y abro.

Es Lauren.

De pie, con el abrigo oscuro todavía puesto, mirándome como si supiera que me estoy rompiendo por dentro.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, la voz más áspera de lo que debería.

—Venía a verte —responde, tranquila, como si fuera lo más natural del mundo.

Me aparto, dejo que pase. Se sienta a mi lado sin esperar invitación. El silencio pesa.

—No deberías estar aquí —miento con todas mis fuerzas aunque lo único que quiero es sentirla más cerca—. Hoy has visto lo suficiente. No necesito testigos de mi derrota.

Ella se mueve en el sofá hasta quedar mucho más cerca de mí. No retira la mirada. Su mirada es cálida. Se siente como una cama mullida y cálida.

—No fue una derrota. Fue tu pasado llamando a la puerta. Lo único que importa es lo que hagas ahora.

Suelto una carcajada amarga.

—La mirada de Matthew… —me detengo, respiro hondo. Quiero ser sincero. Necesito serlo —. Me dolió, Lauren. Más de lo que imaginaba.

Me mira, esperando. Sé que quiere entender. Y yo solo espero no romperme delante de ella.

—Porque siempre he sido el que sobraba —confieso, bajando la voz—. Matthew, el perfecto. Martin, la buena persona. Y yo… yo era el error. El que no encajaba con el apellido. ¿Sabes por qué me comportaba como un imbécil? Porque era más fácil aceptar ese papel que luchar contra él. Si todos me veían como un desastre, ¿para qué demostrar lo contrario?

Ella me mira. Sus ojos no parpadean, como si cada palabra mía se grabara dentro de ella. Y entonces levanta la mano y me toca la cara.

Sus dedos recorren mi mejilla con suavidad, con ternura. El calor de su piel me atraviesa, me enciende más que cualquier copa.

—No eres el que sobra, Caleb. —Su voz es firme, y sus ojos brillan con algo similar a la esperanza. — Puede que seas un idiota y

un engreído pero en los últimos dos meses has demostrado el gran hombre que eres. Y yo lo he visto.

Siento fuego en su contacto. Un calor que se me clava en la piel y me recorre entero. No me atrevo a moverme, no quiero que me retire la mano. Pero son sus palabras lo que terminan por darme el abrazo que necesito.

—Dímelo otra vez —susurro, con la voz rota.

—No eres el que sobra. No para mí.

Ese roce, esas palabras… me pierdo.

La beso.

Y ella me besa de vuelta. No hay dudas, no hay resistencia. Su boca arde contra la mía, húmeda, hambrienta. Sus manos me sujetan la cara, mi nuca, como si no quisiera soltarme. Yo la atraigo hacia mí, la pego contra mi pecho, y el beso se vuelve una lucha desesperada por llenar todos los vacíos que llevamos dentro.

El sofá se convierte en un campo de batalla y en un refugio. Me tumbo con ella sobre mí, sus piernas enredándose en mis caderas, mis manos deslizándose por su cintura. El roce de su

cuerpo me incendia, cada curva, cada movimiento suyo me quema en la piel.

Ella gime en mi boca, un sonido breve pero feroz, y siento que me enloquece. La beso más profundo, más intenso, mi lengua buscando la suya como si siempre me hubiera pertenecido.

Su blusa cae abierta bajo mis dedos, su piel caliente me recibe. Paso la boca por su cuello, la oigo suspirar y apretar más sus dedos contra mí.

Ella me mira con intensidad. Se que lo desea. Lo desea tanto como yo así que cuando ella toma la iniciativa de acercarse a la cremallera de mi pantalón siento que voy a enloquecer y todo se precipita.

La ropa comienza a ser prescindible, nuestras manos desarman las pocas prendas íntimas que nos separan y pronto estamos el uno junto al otro de manera natural. Dios, es hermosa.

Nos saboreamos, nos mordemos, nos exploramos como si quisiéramos grabarnos en la piel del otro. Sus uñas arañan mis

hombros, mis manos recorren la línea de su espalda, mis labios bajan hasta sus clavículas, cada beso dejando una marca invisible.

Entro dentro de ella como si fuera el lugar al que siempre he pertenecido. Su cuerpo me reconoce, me acepta, me cuida. Todo es calor y deseo. Ella se arquea, yo me hundo todavía más en ella, y el mundo desaparece. Solo quedamos nosotros, la respiración entrecortada, los jadeos, la pasión desbordada.

Nos movemos con fuerza, con urgencia, pero también con la necesidad de alargarlo, de saborearlo. Como si supiéramos que este momento no es solo físico: es la prueba de todo lo que hemos callado, de todo lo que hemos contenido.

De los momentos incómodos, de las discusiones, de la tensión del viaje, de sus horas de fiesta y mis momentos de trabajo extremo, de nuestras miradas y deseos ocultos.

El fuego nos consume. La intensidad crece hasta que no podemos más, hasta que explotamos juntos, entre gemidos y susurros que llenan la habitación vacía.

***

Esta noche se ha quedado a dormir. Y eso me sorprende: nunca nadie se ha quedado a dormir. Nunca nadie ha dormido conmigo.

Pero después de nuestro tercer asalto y de que sus uñas hayan quedado grabadas a fuego en mi piel me descubro observando su cuerpo a mi lado mientras duerme. Estoy exhausto, sudoroso. Soy incapaz de dormir.

La miro. Sus labios rojos, húmedos, su pelo despeinado, la piel brillante. Y es en ese preciso instante, cuando su pecho sube y baja a su lado reflejando tranquilidad que comprendo la verdad:

Con ella, no sobro. Con ella, por primera vez, encajo. Ella me ve. Ella confía en mí. Ella es todo para mí.

Capítulo DIECINUEVE
Lauren

El sol se cuela por las rendijas de la persiana, tibio y suave, y lo primero que noto es el calor. El calor de su cuerpo contra el mío, su brazo pesado alrededor de mi cintura, la respiración tranquila en mi cuello.

Abro los ojos despacio, como si temiera que todo lo de anoche se desvaneciera con la luz del día. Pero no: ahí está. Caleb. Despeinado, la barba incipiente, el gesto relajado de alguien que ha dejado de pelear por unas horas.

Me sorprende la ternura que me invade. Nunca pensé que llegaría este punto. Que me dejaría arrastrar hasta aquí, hasta su cama, hasta sentir su piel contra la mía como si fuera lo más natural del mundo. Y, sin embargo, lo es.

Me giro un poco para mirarle. Sus pestañas oscuras, el arco fuerte de su ceja, la boca entreabierta. Guapo. Jodidamente guapo.

Y no solo eso. Ayer, en su confesión rota, vi al hombre detrás de todas las máscaras. El que siempre creyó que sobraba. El que se ha pasado la vida escondiendo sus heridas tras sonrisas.

Y yo… ya no puedo negarlo. Me gusta. Me gusta con sus defectos, con su arrogancia, con sus tropiezos. Me gusta tanto que me asusta.

Se mueve, abre los ojos despacio. Una sonrisa perezosa se le dibuja al verme observándole.

—Buenos días.

—Buenos días —le digo con la voz más baja de lo que esperaba.

Nos quedamos un instante así, mirándonos en silencio, como si ninguno quisiera romper el frágil hechizo. Él acaricia mi rostro como si tratara de memorizarlo. Desatando un fuego a su paso. Hasta que lo hago yo, porque necesito decirlo antes de perder el valor.

—Me gustas, Caleb. —Las palabras salen firmes, claras, aunque mi corazón se acelera—. Aunque todavía haya momentos en

los que me saques de quicio, no puedo negarlo más. No quiero

Él me mira, como si procesara cada sílaba. Su sonrisa se suaviza.

—¿Eso es una confesión?

—Eso es una confesión —confirmo, con un suspiro. Dios, espero que para él también signifique algo o me moriré de vergüenza.

Pero no puedo quedarme ahí. Tengo que sacar también lo que me pesa.

—Solo… —me humedezco los labios—, solo me da miedo que para ti sea un capricho pasajero. Que dentro de unas semanas, cuando todo se calme, vuelvas a lo de siempre y yo me quede… —respiro hondo— atrapada en algo que para ti no significaba nada.

Él se incorpora un poco, apoyándose en el codo, para poder mirarme de frente. Su mano se desliza por mi mejilla, cálida, segura.

—Lauren, ¿de verdad piensas que eres un capricho?

—No lo sé. —Bajo la mirada, insegura—. Siempre te he visto rodeado de chicas que desaparecen al día siguiente. Y yo no soy una

más. No quiero serlo.

Se queda callado un instante, luego suelta el aire con fuerza. Su mirada se vuelve seria.

—Tienes razón. He tenido demasiadas noches vacías, demasiados nombres que olvidaba antes de que amaneciera. Pero contigo es distinto. —Me sostiene la mirada, intenso, sin rastro de broma—. Porque tú eres la única que me ha visto como soy de verdad. Y, aun así, sigues aquí. Tú me impulsas a ser mejor, a esforzarme. Crees en mí.

Siento un calor en el pecho que me derrite. Quiero creerle.

—Anoche… —continúa, bajando la voz—, anoche no fue un capricho. Fue lo más real que me ha pasado en años.

Me quedo callada, atrapada en esa mirada. Veo en sus ojos la sinceridad que tantas veces me ha ocultado. Y me rindo un poco más.

—Porque tú… nosotros… esto… es real.

Sonrío, aunque mis ojos ardan. Mi corazón estalla. Grita, salta, baila y chilla de nuevo de emoción.

—Eres insoportable a ratos.

—Y tú mandona —replica, rozando mi nariz con la suya.

—Pero me gustas.

—Y tú me vuelves loco.

Nos besamos de nuevo, lento, profundo, sin la urgencia de anoche. Un beso que sabe a promesa, a un inicio que todavía me asusta, pero que no quiero detener.

Porque, por primera vez, siento que no estoy sola en esto.

***

El coche avanza entre el tráfico matinal, pero yo apenas veo la ciudad por la ventanilla. El recuerdo de anoche sigue demasiado vivo, grabado en mi piel como un secreto imposible de borrar. Y ahora, sentada a su lado, lo siento de nuevo. Ese calor. Esa electricidad.

Cada vez que levanto la vista, lo encuentro mirándome de reojo con esa sonrisa. Esa sonrisa que lo delata, que lo pinta como un hombre feliz, satisfecho, peligrosamente confiado.

Y siento que me tiembla el estómago.

—¿Qué? —le espeto.

—Nada. —Se encoge de hombros, pero su sonrisa se ensancha.

—No me mientas, Caleb. Tienes cara de idiota feliz.

—Feliz, sí. Idiota… depende del día.

Me muerdo el labio para no reír. No debería. No ahora. Pero hay algo en su tono que me desarma.

—Escucha —digo al fin, inclinándome un poco hacia él, con el corazón golpeando más de la cuenta—. Lo de anoche, ¿podría quedarse entre nosotros?

Sus ojos se clavan en los míos, serios por primera vez en toda la mañana.

—¿Quieres mantenerlo en secreto?

—Quiero protegernos. —La voz me tiembla, pero me obligo a mantenerla firme—. Si alguien se entera, no será solo tu reputación la que tiemble. Será la mía. Y con ella, todo lo que estamos construyendo.

Por un momento guardamos silencio. La ciudad sigue a nuestro alrededor, los coches pitan, la vida avanza… y yo estoy atrapada en la intensidad de su mirada.

Él asiente despacio.

—Entonces seremos buenos actores.

La tensión se enrosca entre nosotros, tan densa que apenas respiro. El coche se detiene en el aparcamiento de la empresa y mi mano ya busca la manilla de la puerta, cuando él se inclina hacia mí.

Su boca roza la mía en un beso corto, robado, cargado de todo lo que no podemos decir en voz alta. Un beso que me incendia por dentro y que deja mi respiración hecha añicos.

Se aparta, pero no demasiado. Su sonrisa vuelve, más peligrosa que nunca.

—Vale, de acuerdo. En público seremos de hielo. Pero aquí dentro… —me mira con descaro— aquí no pienso disimular.

Me quedo quieta un segundo, con el corazón latiendo desbocado. Luego respiro hondo, me enderezo y abro la puerta. Afuera nos espera el mundo real. Y yo solo puedo rezar para que no note el temblor que aún me recorre.

***

En cuanto cruzamos las puertas de cristal de la empresa, sé que algo ha ocurrido. El ambiente tiene ese zumbido eléctrico de las crisis: teléfonos sonando sin parar, pasos apresurados, voces demasiado altas para un vestíbulo que siempre suele ser solemne.

Un grupo de empleados me reconoce de inmediato y se acerca a toda prisa.

Una asistente se lanza hacia mí en cuanto me ve.

—¡Por fin! —exclama, con el rostro desencajado—. ¿Por qué tienes el teléfono apagado? Llevamos toda la mañana intentando localizarte.

Me quedo helada. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué el mundo se empeña en no darme una tregua para ser feliz?

—¿Qué titulares?

Una tercera empleada me tiende varios periódicos impresos de la edición digital. En todas las portadas, las mismas palabras en mayúsculas:

"*Skyline, acusado de corrupción y tráfico de influencias con universidades*."

"*El programa de becas, ¿pantalla de negocios turbios?"*

Las fotos que los acompañan son peores: imágenes de Caleb entrando en un club meses atrás, gráficos manipulados con supuestas transferencias, nombres de contactos sacados de contexto.

Respiro hondo, pero siento la náusea subiéndome a la garganta.

Alguien más me asalta con una tableta.

—Mire Twitter. Está en tendencia número uno. #SkylineFraude. Están destrozándonos.

Otro empleado se acerca, el auricular aún en la oreja.

—Los inversionistas de Nueva York piden una reunión urgente. Quieren garantías inmediatas o congelarán el patrocinio.

Los pasillos hierven a nuestro alrededor. Voces, murmullos, miradas ansiosas. Todos me observan como si esperaran una orden, una salvación.

Aprieto el dossier contra el pecho, me obligo a recuperar la calma. La náusea sigue ahí, pero la tapo con firmeza. Tengo trabajo que hacer.

—Pauline, quiero un briefing con todos los artículos publicados en los últimos sesenta minutos —ordeno, mirando a la asistente más cercana.

Ella asiente y sale disparada.

—Seline, necesito un mapa de redes sociales: hashtags, interacciones, medios que se han hecho eco. Quiero un análisis en treinta minutos.

Otra asiste levanta la mano.

—Sí, señorita.

—Y que preparen la sala de crisis. En diez minutos allí. Con todo el comité.

Mi voz suena clara, cortante. Pero por dentro estoy tambaleándome.

A mi lado, Caleb aprieta los puños. Sé que arde por dentro, pero cuando me mira encuentro algo que me da fuerzas: la misma rabia que siento yo convertida en determinación.

—Esto lo vamos a contener —dice en voz baja, solo para mí.

Asiento, porque no tengo otra opción.

—Juntos.

Capítulo VEINTE
Caleb

La sala de juntas rebosa vida. No solo estamos los tres hermanos. Katherine, la mujer de Matthew, repasa documentos legales con su bolígrafo subrayador; Veronica, la pareja de Martin, ha traído una carpeta con recortes de prensa y gráficas de impacto mediático. Todos tienen el mismo gesto: preocupación contenida.

El ambiente es tan espeso que podría cortarse con un cuchillo.

Lauren es la primera en hablar.

—Astoria ha preparado este ataque con precisión. Al parecer ha sido una estratagema a largo plazo. Las acusaciones y escándalos puntuales solo han sido una artimaña para despistarnos. Las "pruebas" son delicadas, pero suficientes para provocar ruido. Y ya han conseguido lo que querían. Estamos en todos los titulares.

—Eso les abre las puertas a los negocios en Costa Rica, Matthew —responde Martin elevando el nivel de urgencia a muy alto.

Matthew no dice nada al principio. Solo se pasea detrás de su silla, con las manos en la espalda, como un juez esperando el

momento de dictar sentencia. Martin rompe el silencio:

—Además, las acciones han caído un doce por ciento. Los patrocinadores llaman cada hora. Tenemos a los inversores en pánico.

—Legalmente —interviene Katherine, sin levantar la voz—, no podemos responder con una demanda inmediata. Carecemos de pruebas sólidas que vinculen directamente a Astoria con estas filtraciones. Un paso en falso nos pondría en una batalla judicial durante meses.

Veronica deja un dossier sobre la mesa con un golpe seco. Está enfadada, como todos.

—Y mediáticamente, no hay escapatoria fácil. Aunque publiquéis recibos y cuentas limpias, el titular de mañana será: *"Skyline se defiende contra acusaciones de fraude"*. La historia ya la han escrito ellos. Necesitamos algo más.

Todos giran la mirada hacia Lauren. Ella asiente con firmeza, aunque sus nudillos están blancos de tanto apretar la carpeta.

—La única salida es transparencia radical. Publicaremos cada contrato, cada transferencia, abriremos los expedientes del programa. Que vean que no tenemos nada que ocultar.

Katherine aprueba con un gesto, pero Veronica levanta la mano.

—Eso es necesario, sí. Pero insuficiente. Astoria va a doblar la apuesta. Necesitamos una estrategia ofensiva, no solo defensiva.

El silencio se extiende. Y yo sé que es mi turno.

Me inclino hacia la mesa.

—Puedo hacerlo yo.

Todas las miradas caen sobre mí. Lauren se gira, los ojos muy abiertos. Matthew frunce el ceño. Martin espera en silencio.

—¿Qué es lo que *puedes* hacer? —pregunta Matthew, con esa voz que nunca deja escapar nada.

Respiro hondo. El corazón me late demasiado fuerte, pero no titubeo.

—¿Y si hubiera una forma de conseguir pruebas y hacer que Astoria pague por todo esto?

Lauren me clava la mirada, incrédula.

—¿En qué estás pensando?

—Todavía no lo tengo claro pero necesito margen para moverme.

Matthew se acerca a la mesa, me estudia como si quisiera desarmarme a base de mirada.

—Tu historial no habla precisamente de confianza, Caleb.

—Lo sé —respondo sin apartar los ojos—. Pero esta vez es distinto. No os pido fe ciega, os pido tiempo. Dadme espacio, y yo me encargaré de hundir a Astoria.

El silencio que sigue es brutal. Katherine y Veronica se miran, tensas. Martin finalmente rompe la tensión:

—Yo le daría ese voto.

Matthew no responde de inmediato. Mira a Lauren. Ella no dice nada, pero puedo leer en su expresión la lucha interna: entre la incredulidad y la chispa de querer creerme.

Finalmente, Matthew habla.

—Las oportunidades deben ganarse.

***

Los teléfonos no paran de sonar, escucho pasos acelerados por los pasillos, voces crispadas de los trabajadores. Dentro de mi despacho, en cambio, reina un silencio artificial, roto solo por el zumbido del ordenador y el pasar de hojas.

La puerta se abre sin llamar. Lauren entra.

Camina con decisión, pero sus ojos no engañan: cansancio, tensión, rabia contenida. Cierra detrás de sí, apoya la carpeta en la mesa y se queda de pie frente a mí, recta, como si estuviera a punto de interrogar a un testigo hostil.

—Quiero saber qué piensas hacer —dice, y su voz suena más baja de lo que esperaba, más cargada de algo que parece miedo.

No levanto la vista de los documentos.

—Estoy trabajando en ello.

Da un paso al frente, se inclina un poco sobre la mesa.

—Déjame ayudarte.

Por un segundo me tiembla el pulso. Quiero decirle que sí. Que la necesito. Pero no puedo. Esto tengo que hacerlo solo.

—No, Lauren. Esto necesito hacerlo solo.

Ella aprieta los labios, los ojos brillan. No de lágrimas, sino de orgullo herido.

—Te recuerdo que somos un equipo, Caleb. ¿Acaso lo has olvidado?

Levanto la mirada. Sus hombros están tensos, sus manos apoyadas con fuerza en la mesa. La furia en su voz me atraviesa, pero lo que me duele es otra cosa: el destello de decepción, como si la estuviera empujando fuera de algo que en realidad también le pertenece.

Me obligo a endurecer la voz:

—Y precisamente por eso te estoy pidiendo que me dejes trabajar. Confía en mí.

Ella se queda inmóvil un segundo. Puedo ver cómo traga saliva, cómo se muerde por dentro para no decir lo que querría. Sus

ojos me buscan, esperando un resquicio, pero yo no le ofrezco ninguno.

Al final, se aparta. Su barbilla se eleva un poco más, gesto de dignidad herida.

—Haz lo que quieras.

Da media vuelta y se marcha. La puerta se cierra con un clic seco.

Me quedo mirando el lugar donde estuvo un instante antes, con el estómago hecho un nudo. La he apartado. Sé que la he hecho daño. Y sin embargo… tenía que hacerlo.

***

La oficina se ha vaciado hace horas. El silencio del edificio es tan denso que hasta el zumbido del fluorescente me parece un grito. Estoy rodeado de carpetas abiertas, pantallas con gráficos que parpadean y un café frío que ya sabe a ceniza.

Froto mis ojos con los dedos, pero no sirve. El cansancio me muerde la espalda, aunque sigo adelante. No puedo detenerme

ahora.

Marco un número en el teléfono. Tres tonos. Una voz responde, grave, apenas un susurro.

—¿Y bien? —pregunto, bajando la voz como si alguien pudiera escuchar desde el pasillo.

Un silencio breve, luego palabras cortas, ambiguas. Nada concreto. Solo frases que podrían significar mucho o nada.

—Está hecho —respondo al final, antes de colgar.

Apoyo el auricular y me quedo quieto unos segundos, escuchando mi propia respiración. El aire aquí dentro huele a papel y a tensión.

Vuelvo a los documentos. Reviso cifras, subrayo nombres, trazo flechas en un papel que ya parece un laberinto. Cada dato me lleva a otro, cada fecha abre una duda. Y no sé si estoy avanzando hacia una solución o perdiéndome en un callejón sin salida.

Me levanto, camino hasta la ventana. Desde el piso alto, la ciudad brilla bajo la noche como un enjambre de luces que no

duerme nunca. Y pienso en Lauren. En su mirada cuando me pidió ser parte, en el dolor que vi en sus ojos cuando la aparté.

Suspiro, me paso una mano por el pelo y regreso al escritorio. No hay lugar para la culpa ahora.

Cojo el teléfono otra vez, marco otro número. Una voz diferente responde. Hablo en frases cortas.

Cuelgo.

El reloj marca las dos de la madrugada. Mis manos tiemblan de fatiga, pero sigo tomando notas, tachando, conectando puntos.

Si alguien me viera ahora, pensaría que me estoy hundiendo más. Intento acallar la mirada de Matthew, sus palabras, los titulares, las críticas, la falta de motivación, la respuesta de Lauren. Que bebo café rancio para alargar una farsa. Que no se lo que estoy haciendo. Y tienen razón. No tengo ni idea.

A las tres y media, mis ojos arden, mi cuello cruje y apenas puedo sostener el bolígrafo.

No puedo más.

***

Apenas una hora más tarde estoy en la entrada de una discoteca exclusiva. Luces de neón, música ensordecedora, risas fáciles. Pido una copa en la barra y me dejo llevar por el ruido.

No falta quien me mire, quien susurre, quien grabe un vídeo con el móvil. Sé lo que pensarán mañana cuando salgan las fotos. Y quizá tengan razón.

Me apoyo en la barra, doy un trago y dejo escapar un suspiro cansado.

—Estoy agotado —murmuro, casi para mí mismo—. Dios que bien se siente. Caleb Spencer invita a una ronda a todos.

El camarero me mira de reojo y sonríe.

—Bienvenido, señor Spencer.

Levanto la copa y sonrío de medio lado, como si me diera igual todo.

He vuelto.

Capítulo VEINTIUNO
Lauren

Han pasado varios días desde la última vez que nos vimos. He tratado de centrarme en el trabajo y por eso llego antes de que amanezca a la oficina. Enciendo las luces del pasillo y me recibe el mismo silencio que llevo oyendo días: el de las sillas sin ocupar, el de los teléfonos que aún no suenan, el de los despachos cerrados. Camino hasta el mío con la sensación de estar transitando un hotel después del desalojo: todo en su sitio y, sin embargo, faltando alguien.

Abro el correo, contesto, priorizo, rearmo el plan del día. Vuelvo a mirar el reloj. Estoy acostumbrada a escuchar el ascensor y la carcajada de Caleb en recepción, el saludo a media voz, el comentario improcedente que hace apretar la mandíbula a Pauline y que a mí me fuerza a contener la sonrisa. A las ocho y diez no pasa

nada. A las ocho y veinte, tampoco. A las nueve, Pauline entra con dos cafés y una prudencia que me irrita.

—¿Dejo el segundo en la mesa de Caleb?

—Déjalo en su despacho —respondo, demasiado rápido—. Y dile a mantenimiento que revisen el aire; el ambiente está cargado.

Cuando ella sale, me obligo a continuar con el protocolo de crisis: titulares a primera hora, briefing de riesgos legales con Katherine, pauta de mensajes para redes con el equipo, llamada con el responsable del complejo de la costa que está en suspenso. Trabajo como quien achica agua con las manos, sabiendo que el mar no se vacía. Abro el documento de seguimiento del programa de becas: nuevas solicitudes, historias de chavales que podrían ser la foto que necesitamos. Leo dos párrafos y de repente no puedo más. Me levanto.

El despacho de Caleb está como lo dejé ayer y antes de ayer: ordenado de una manera sospechosa, la silla empujada bajo la mesa, el vaso de agua intacto con un anillo que delata el mismo nivel de líquido desde hace días. El café que Pauline dejó humea

todavía, con esa fragancia que subraya la ausencia. Camino hasta la ventana, miro la ciudad en marcha, los taxis que se reparten el tráfico, y quiero enfadarme, y quiero no hacerlo, y quiero ambas cosas a la vez.

No quiero ser insegura, pero hace varios días que no responde a mis mensajes ni llamadas. Me evita.

—¿Alguna novedad suya? —pregunto al pasar por el puesto de Pauline. ¿Dónde se ha metido?

Ella duda: teme el reproche y teme la verdad.

—Ha enviado dos mensajes de madrugada. "Reunión fuera". "Vuelvo tarde". No… no hay más.

¿A ella sí que le contesta?

Vuelvo a mi despacho con la firmeza de quien se aferra a un plan para no mirar el precipicio. Envío un recordatorio de asistencia al comité de las doce. Añado su nombre. Lo escribo dos veces, como si duplicarlo convocara su cuerpo.

A las doce y cinco su silla está vacía. A las doce y diez, también. A las doce y dieciocho, alguien se ríe con nervios y me mira, como si

yo pudiera transformar su risa en presencia. A las doce y veinte abandono la sala con el estómago ardiendo. Me detengo ante el cristal esmerilado de su puerta, coloco la mano en el pomo, lo bajo sin entrar. Lo suelto. Me oigo decirme: "estás cansada". Me respondo: "y también estás decepcionada pero todavía crees en él".

Vuelvo a mi mesa y trabajo. Es lo único que sé hacer cuando el resto se me escapa.

****

Por la tarde, la pantalla se llena de titulares como moscas. Pauline cierra la puerta al ver mi cara.

"*Caleb Spencer, de madrugada en un club privado tras otra jornada negra de Skyline*."

"*El menor de los Spencer brinda con modelos mientras los inversores huyen.*"

"*Fiesta, copas y promesas rotas.*"

Detesto la precisión con que la prensa se ensaña. Estoy a un centímetro de telefonear a cada redacción y calcinar el día a base de

negaciones cuando llaman a la puerta. Katherine entra sin preámbulos, Veronica detrás con el portátil abierto.

—No te escondas —dice Katherine como si me leyera el pensamiento.

—No me escondo —respondo, aunque mis manos están apretadas en los costados—. Estoy intentando contener esta basura.

Veronica coloca el portátil frente a mí; en la pantalla una parrilla de audiencias y una nube de palabras en tendencia: CalebSpencer, Skyline, fraude, becas, fiesta. Cierro los ojos un momento y mi propia cara cansada aparece bajo los párpados.

—No hay forma de taparlo —admite Veronica—. Hoy dominarán ellos la conversación si salimos a negarlo a lo loco. Propongo lo de siempre: contexto, datos, historias reales del programa, y reservar la munición para cuando haya algo que tumbe el relato.

—O para cuando él decida que el relato no es un juguete —se me escapa, y la amargura me deja un regusto metálico.

Katherine se acerca y apoya los nudillos sobre la mesa, inclinándose para que su voz quede solo entre nosotras.

—Lauren, hemos visto cómo trabajabas. Has sostenido esto cuando nadie podía. No permitas que unos flashes y tres copas te roben lo que has construido.

—No son solo las copas —murmuro—. Es el mensaje. Los periodistas no necesitan pruebas cuando hay una cara que encaja con sus discursos. Y él les regala una preciosa sonrisa cada noche.

Veronica me observa con una mezcla de ternura y profesionalidad. Baja la voz.

—Comprendemos que esto afecta a tu trabajo pero… ¿en lo personal…? Vamos, Lauren, puedes admitirlo aquí sin que se caiga el mundo.

La palabra personal suelta un hilo dentro de mí. Lo toco con las yemas y siento un dolor viejo. Ellas me han demostrado con creces en este tiempo que son de fiar. Además, son las mujeres de mis jefes. Confianza extrema.

—Creí en él… creo en él —digo con cierta tartamudez—. Creí ver al hombre que podía ser. Y ahora no sé si me engañó él o me

engañé yo. Quiero creer que todo esto es un sueño pasajero. Que es una farsa. Estoy enfadada pero no sé si con él o conmigo.

Nadie contesta un segundo. El zumbido del aire acondicionado llena el hueco. Katherine me pasa un vaso de agua.

—Comprendo tu frustración. Caleb siempre ha sido… complicado. Pero es una buena persona.

—Sí, solo que a veces olvida cuál es el norte —declara Veronica apoyando su mano en mi hombro.

—No tires la toalla. Sigue. No por él. Por ti. Y por todo lo que depende de tu trabajo.

Cojo el vaso y bebo. El agua pasa por mi garganta arrastrando las siguientes palabras que iba a pronunciar. Unas palabras que no dejaban en buen lugar a Caleb pero que, en el fondo, todavía destilaban esperanza.

Pero tienen razón, debo centrarme. Hay problemas más grandes que un corazón herido.

—Bien. ¿Qué hay de las universidades? ¿Crees que el programa podrá mantenerse sin Caleb? Era la imagen pública.

—Podemos —dice Veronica—. Tenemos que cambiar el enfoque.

Asiento. El plan me endereza la espalda. Trabajo primero, emociones después. O cuando haya tiempo. O nunca; da igual.

Cuando se van, abro una carpeta de recortes físicos que guardo como un ritual: las primeras notas del programa de becas, las imágenes de los chavales en la exposición, los aplausos contenidos de aquella cena en la que él dijo lo correcto antes de estropearlo. Me sorprendo tocando el borde de una fotografía donde salgo seria, detrás, con una corbata mal anudada sobresaliendo a un lado. Recuerdo mis dedos ajustando el nudo en el pasillo del hotel, su mirada agradecida, el "hoy lo harás bien" que tuve que creerme para poder decírselo. Me guardo la foto en la carpeta como quien esconde un talismán inútil y precioso.

No quiero tirar la toalla con él. De verdad siento que es una buena persona, que había cambiado y que siente cosas por mí. Lo nuestro… es real. O eso quise creer.

El móvil vibra: Nueva historia: Caleb, terraza del Soho, dos de la mañana. Cierro los ojos hasta ver puntitos en la oscuridad. Abro.

O puede que no lo fuera.

***

Han pasado varios días y entre papeles y cafés fríos intento procesar el caos que está reinando desde que todo estalló y Caleb decidió que la noche era su nuevo horario de trabajo. Pero, por supuesto, la oficina no era su entorno favorito. Sin embargo, a las once y cuarenta oigo la puerta del pasillo. Escucho como la puerta de su despacho se abre y se cierra con cuidado.

Decido ir. Huele a perfume caro pero no a whisky. Aun así, la camisa lleva el segundo botón desabrochado y el pelo ese desorden estudiado que me enciende la rabia porque sé cuánto enciende a otros. Sonríe de medio lado.

—Vaya, carcelera. ¿Todavía de guardia?

¿De verdad? ¿Así piensa saludarme después de días ignorando mis mensajes y escapando de todo su trabajo?

—Alguien tiene que estarlo —respondo sin rodeos mientras me planto delante de él con los brazos cruzados—. Tú cada vez pasas menos por aquí y no digamos nada de atender al teléfono.

Se encoge de hombros como si hablara del tiempo.

—Reuniones. He estado muy ocupado, ya sabes —responde guiñándome un ojo.

—¿En terrazas a las dos de la mañana?

No responde. Avanza tres pasos, deja el móvil sobre mi mesa como si nos separara una aduana.

—¿Qué quieres, Lauren? Estoy un poco apresurado.

—Quiero que dejes de jugar y te centres —escupo—. Y si no vas a ayudar, al menos no estorbes. No les des leña gratis a quienes quieren ver nuestro mundo arder. Apóyanos o apártate.

Su sonrisa se endurece, un filo que conozco.

—Difícil decisión —la forma en que se mueve por la sala me desquicia.

Necesito intentarlo. Quemar mi último cartucho. Por él, por nosotros.

—Creo en ti, Caleb. Te defendí delante de todos. Pensaba que éramos un equipo o incluso… no sé. Y tú… tú me has dejado sola.

No pienso dejar que note lo herida que estoy. Quiero sonar autoritaria y profesional pero creo que el dolor se filtra en mi comentario.

Él parpadea, como si le hubiera llegado una astilla al ojo. Baja la mirada un segundo, lo suficiente para ver el gesto de cansancio asomar bajo la máscara. Después vuelve al alambre.

—Pensé que significaba algo para ti —no puedo evitar decirlo — Que juntos nos habíamos salvado.

—Quizá ese sea tu error: creer que puedes salvarme.

—No quiero salvarte —miento, porque parte de mí deseó exactamente eso—. Quiero que seas el hombre que había comenzado a madurar, a responsabilizarse de su legado y a ser consciente de lo mucho que puede aportar.

Silencio. El edificio cruje con el cambio de temperatura. Él desliza el pulgar por el borde del móvil, una manía que le conozco cuando está tensando un hilo invisible. Me fijo: sus uñas están

limpias, el pulso firme; los que se desmadran de verdad no miran así, tan atentos a no derramarse. La sospecha me atraviesa como una corriente fría y pasa, dejándome más enfadada por haberla tenido.

—¿Tan difícil es? —pregunto.

—No finjas que no sabes quién soy —responde en voz baja, casi sin brillo.

—Sé quién puedes ser —respondo. Y eso, dicho en voz alta, me duele y me cura a la vez.

Nos miramos. A esta distancia oigo su respiración y el golpecito mecánico del ascensor al otro lado del pasillo. Siento, contra mi voluntad, el recuerdo de su boca en el pasillo del hotel, la presión exacta con la que me sostuvo entonces, el agradecimiento en su "gracias" sin disfraz. Ese recuerdo y este hombre no encajan, me digo, como si así pudiera separarlos.

Pero algo me dice, en este preciso instante, que he perdido a Caleb. Que el hombre que me cautivó con su picardía y madurez ya

no está. Así que decido volver a colocar la máscara que tiré semanas atrás y recobrar el título de carcelera.

—Mañana hay comité a las nueve —termino—. Quiero verte sentado en esa silla cuando empiece la reunión. Si no, consideraré que has elegido. Y dejaré de defenderte.

La palabra defenderte me sabe a despedida.

Él inspira, mira un punto detrás de mí, como si calibrara una distancia que yo no veo.

Se da la vuelta, recoge el móvil, revisa la pantalla y parece que le gusta lo que lee en ella porque sonríe. Antes de abrir la puerta, duda. Vuelve la cabeza apenas.

—Gracias por confiar en mí pero puede que te hayas equivocado conmigo —dice.

—Eso depende de ti.

Él se va. La puerta cierra con un clic preciso, casi elegante.

Me dejo caer en la silla y por primera vez en días apoyo la frente en el antebrazo. No lloro. Estoy demasiado cansada para vaciarme.

Solo me quedo así unos minutos, oyendo la respiración de la ciudad y el ruido minúsculo de la máquina de aire.

Luego me incorporo, abro el calendario y rehago la agenda de mañana: comité a las nueve. Mensaje a Katherine para preparar el punto legal. Nota para Veronica con dos historias que quiero listas antes de las once. Y, al margen, una línea breve que escribo y tacho, como si fuera una superstición: Si no viene, respira. Si viene, respira igual.

Apago la luz del despacho. Camino por el pasillo con los tacones amortiguados por la moqueta y, en el reflejo oscuro de los ventanales, me veo recta y muy pequeña a la vez. En el ascensor, pulso planta baja y me observo en el espejo: el moño a medias, la chaqueta vencida en un hombro, la corbata torcida de nadie todavía en las manos. Sonrío sin ganas, la ajusto en el aire y murmuro para mí, como entonces, como si él pudiera oírme a través de las paredes:

—Mañana lo harás bien.

Y me lo digo a mí también. Porque mañana, con él o sin él, yo también tendré que hacerlo.

Capítulo VEINTIDOS

Lauren

El timbre del teléfono me arranca del sueño como un latigazo. La habitación sigue a oscuras, el reloj marca las seis y media de la mañana. Cojo el móvil a tientas.

—¿Lauren? —la voz de Pauline suena alterada, acelerada—. ¿Has visto las noticias?

Todavía medio dormida, me incorporo en la cama.

—¿Qué noticias?

—Caleb. Está en todas partes. Fotos, vídeos… anoche en una discoteca. La gente no habla de otra cosa.

El corazón me da un vuelco. ¿Otra vez?

—No puede ser…

—Míralo tú misma. —Y cuelga.

Abro la pantalla. Las portadas digitales son un mazazo: "*El menor de los Spencer vuelve a sus excesos en plena crisis*". "*Fiesta, copas y sonrisas mientras Skyline se tambalea".*

Las imágenes son claras: Caleb en la barra, copa en mano, rodeado de gente, esa sonrisa de medio lado que tanto conozco.

Siento que la sangre me hierve. Marco su número de inmediato. Uno, dos, tres tonos. Nada. Lo vuelvo a intentar. Silencio. Otra vez.

Tiro las sábanas, me visto a toda prisa. La rabia me empuja, pero por debajo late otra cosa: miedo. No solo por la empresa, sino porque me aterra haberme equivocado al confiar en él.

Cojo las llaves. Voy a su casa.

***

El olor a alcohol y tabaco rancio me golpea nada más abrir la puerta. Cuánto odio que sus hermanos me dieran llave de su casa por si, en alguna ocasión, ocurría una emergencia. Dios, esta es una gran emergencia.

Dos botellas vacías en la mesa, cortinas cerradas, un silencio espeso. Y allí está él, hundido en el sofá, con la camisa arrugada y los ojos turbios.

—¿Qué demonios haces? —escupo, furiosa.

Levanta apenas la cabeza y sonríe con desgana.

—Intento coordinar mis piernas para levantarme, pero no

quieren colaborar.

Me quedo helada.

—¿Una broma? ¿En serio?

Se encoge de hombros, apoyando la cabeza en el respaldo.

—¿Qué quieres que te diga? No estoy muy operativo.

Camino hasta la mesa, retiro una botella vacía con un golpe seco y el ruido parece alertar a Caleb.

—Pues más vale que te pongas las pilas y regreses a la oficina, porque has armado una buena en medio de una crisis.

Él ríe, sin humor.

—No. No voy a volver. Eso es demasiado para mí.

Parpadeo, incrédula. No doy crédito.

—¿Disculpa?

Se incorpora un poco, el gesto cansado pero firme.

—Me he dado cuenta de que esa presión, los agobios, las horas interminables en la oficina… no son para mí.

Un silencio se instala entre nosotros. El corazón me late en la garganta.

—¿Me lo estás diciendo en serio? ¿Después de todo lo que hemos hecho? Dijiste que te encargarías de todo, que confiara en ti.

—Sí, bueno. Algo tenía que decir, ¿no?

—Eres increíble —le espeto dándome la vuelta para no mirarle a la cara.

Él aparta la mirada, como si las palabras le pesaran, y sonríe con ironía.

—Bueno, tampoco la pérdida es tan grande. El mundo de la noche recupera a su máximo valedor y tú puedes regresar al trabajo que tanto te gusta.

Siento que me arde la piel.

—¿Crees que salvarte el culo es lo que más me gusta?

Él me mira, ladea la cabeza, y deja caer una frase como un veneno:

—Hasta hace poco encontrabas mi culo más provocador y divino que otra cosa.

Me quedo quieta, sin aire. Me duele más de lo que esperaba. Lo observo: derrotado, sarcástico, escondido tras una broma barata.

—Eres patético, Caleb —susurro al fin, con la voz quebrada.

Recojo mi bolso, giro sobre los talones y salgo de allí antes de que vea cómo se me humedecen los ojos.

La puerta se cierra con un golpe. Y con ella, la parte de lo que aún me quedaba de fe en él.

***

Entrar al edificio es casi imposible. Decenas de periodistas y fotógrafos se agolpan en la puerta principal impidiendo que baje del taxi.

—Señorita, ¿alguna declaración sobre las acusaciones sobre malversación que han sido descubiertas recientemente? —pregunta una periodista colocando su móvil con grabadora externa casi en mi boca. ¡Qué acoso!

—¿Skyline va a tomar alguna acción legal contra las acusaciones? —grita otro justo a mi lado mientras intento hacerme paso entre la multitud.

—¿Creen que Caleb Spencer va a patrocinar nuevas empresas de bebidas alcohólicas? —pregunta un tercero.

—¡No hay ninguna declaración por el momento! —grito más alterada de lo que debería. Malditos periodistas.

Subo tan rápido como el ascensor me lo permite y me dirijo a mi despacho donde cierro la puerta tratando de ignorar a todos los que me hablan con novedades.

—Lauren… no quiero molestarte pero los malditos ya no cubren sus acusaciones. Han lanzado tres denuncias públicas contra nosotros. La situación es crítica.

Astoria no para. Y yo me siento acorralada.

Estoy en mi despacho, rodeada de papeles, correos abiertos en la pantalla, el móvil vibrando sin descanso. Me froto las sienes, incapaz de contener la frustración.

La puerta se abre y entran Katherine y Veronica.

—Necesitas un respiro —dice Katherine, dejándome una botella de agua sobre la mesa.

—No puedo. Soy la directora del Gabinete de Crisis—respondo, con la voz rota—. Nos están destrozando, y encima… —me muerdo el labio, incapaz de acabar la frase.

Veronica se acerca, me cierra el portátil con un gesto suave.

—Sabemos que la situación es apremiante y crítica pero podemos ayudarte. Déjanos. Estamos en el mismo barco.

Su apoyo me da cierta paz pero pronto se acaba cuando la imagen de Caleb regresa a mi mente. ¡Maldito!

—¿Qué te ocurre? Te hemos visto solucionar decenas de crisis.

—Es Caleb… él…

Y no puedo evitarlo… siento que me rompo por dentro al hablar de él.

—A nosotras también nos ha sorprendido, Lauren. Caleb había cambiado en las últimas semanas y era evidente que todo se debía a ti.

Siento que los ojos se me humedecen. Duele. Duele haber confiado pero más me duele haber perdido la fe en él.

—Pues parece que no hice un gran trabajo.

—No puedes echarte toda la culpa.

—Pues mirad dónde estamos —respondo con ironía levantando la mano para señalar los titulares de mi portátil — Una discoteca, titulares de siempre. Todo en ruinas.

Katherine me aprieta la mano.

—No niegues lo que viste. Había cambiado. Fue genuino, te lo prometo pero… quizá no supo sostenerlo.

Veronica asiente.

—Me duele —confieso por fin.

—Lo comprendemos. También nosotras estamos molestas — asegura Veronica.

Katherine me mira, gira su rostros incrédulo hacia Veronica y luego hacia mí de nuevo.

—Veronica, Lauren dice que le duele lo que está haciendo Caleb porque es evidente que siente algo por él.

—¿Cómo? ¿Cuándo ha pasado eso? ¿Tenéis una relación?

Veronica me mira sorprendida y se acerca todavía más como si necesitara una noche de chicas y confesiones.

—Ha sido realmente algo muy reciente. Pero Caleb se ha colado en mi corazón—acabo de confesarles que siento cosas por Caleb. ¡Qué vergüenza!

—Es comprensible que te sientas traicionada, Lauren.

Siento el apoyo de Katherine.

Cierro los ojos un segundo, trago saliva.

—Sí. Me odio por confiar en él.

Ellas no dicen nada más. Solo se quedan conmigo, dándome ese espacio que necesito para no derrumbarme del todo. Afuera, la tormenta sigue. Y yo me repito que debo ser fuerte, aunque por dentro sienta que me estoy partiendo en dos.

Katherine nos toma de las manos a las dos y nos acerca todavía más.

—Está bien. No hay más espacio para el lamento, Lauren. Somos las chicas Spencer así que salvemos el culo de nuestros hombres o esta empresa y su legado morirá.

Capítulo VEINTITRES
Caleb

La galería parece un escaparate de excesos: paredes blancas cubiertas de lienzos que cuestan más que un piso entero, camareros uniformados repartiendo copas de champán, risas fáciles que rebotan entre las columnas de mármol. Los flashes de los móviles me siguen cada vez que camino entre los grupos, como si yo fuera parte de la exposición.

Justo frente a mí se encuentra un hombre de traje gris contemplando un lienzo especial: pinceladas azules desgarradas por vetas doradas, como un mar embravecido.

—Parece que esta obra es el premio más cotizado de la exposición, ¿no es así? —pregunto, ofreciéndole una copa con un gesto calculado, mientras clavo en él una sonrisa cortés.

El hombre acepta la copa con un leve movimiento de cabeza, sin apartar los ojos del cuadro.

—Y que lo diga, señor Spencer. Aunque no accesible a todos los bolsillos.

Alzo las cejas, como si el comentario me divirtiera, y me acerco un poco más, dejando que mi hombro roce el suyo.

—Ni a todos los gustos. Es posible que se requiera un paladar exquisito para saber apreciarla.

Él gira la cabeza hacia mí, los ojos brillando con malicia.

—Mientras el paladar tenga fondo de cartera, el gusto se puede comprar. —Da un sorbo a su copa, midiendo mi reacción—. Los Spencer siempre han adquirido nuestras obras con la máxima garantía de calidad, joven.

Cruzo una pierna sobre la otra y ladeo la copa entre mis dedos, despacio, como si jugara con el reflejo del vino bajo las luces.

—Y esa gratitud espero que nos sea devuelta. Este cuadro es esencial.

El hombre me observa unos segundos más, luego asiente con una sonrisa breve, casi un susurro en sus labios.

—Lo será.

Justo entonces siento una mano firme en mi brazo. Reconocería ese agarre en cualquier lugar.

—¿Se puede saber qué demonios haces aquí? —la voz de Lauren me atraviesa como un látigo.

Me giro. Está deslumbrante incluso con la rabia pintada en la cara. Sus ojos me fulminan, y sé que no ha venido a contemplar cuadros.

—Estaba hablando de arte —respondo con mi mejor sonrisa irónica—. ¿No lo notas?

Ella me aprieta más fuerte del brazo, bajando la voz para que nadie alrededor pueda oírla.

—Vas a meterte en tu casa y no vas a salir hasta que todo esto se haya solucionado.

—¿Encerrarme? —arqueo una ceja. Yo me encerraría con ella de por vida—. Suena divertido.

—No hay nada divertido en esto, Caleb. —Sus ojos brillan de furia—. No quieres colaborar, está claro. Así que lo único que puedo

hacer es apartarte de en medio antes de que acabes de arruinarlo todo.

Suelto una risa baja, amarga.

—Dime, Lauren… ¿no estás cansada de tu trabajo? ¿No preferirías tomar una copa con mis amigos?

Ella me mira como si no entendiera la pregunta.

—¿Cansada? —repite. Y entonces clava la respuesta como un puñal—. No. A diferencia de ti, yo sí tengo que trabajar. Amo lo que hago. Y estoy dispuesta a todo para salvar esta empresa.

—Aburrido.

Da un paso más cerca, tan cerca que puedo oler su perfume, sentir la rabia que irradia. Lo siento, Lauren. Pienso, pero no digo.

—Incluso si eso implica encerrarte en un piso de mil metros cuadrados y tirar la llave.

El silencio entre nosotros dura apenas un segundo, pero pesa como plomo. Sus palabras me arden en el pecho. Puedo ver la decepción en sus ojos. No puedo lidiar con ella pero la merezco, lo se.

Alrededor, la fiesta sigue. Copas que chocan, risas huecas, flashes que estallan. Nadie ve lo que acaba de ocurrir. Solo nosotros dos, atrapados en una batalla silenciosa en medio de todo este lujo impostado.

Yo sonrío de medio lado, como si nada me afectara. No voy a tirar la toalla ahora. Debo ser fuerte y no rendirme ante ella.

—Eso suena… tentador. Siempre y cuando tú te encierres conmigo.

—Lo habría hecho.

Puñalada directa al corazón.

Tres palabras que lo dicen todo.

Pasado.

***

El timbre de la puerta retumba en el silencio de mi piso. Siento un pinchazo en las sienes; la resaca me pesa todavía, aunque apenas haya bebido lo suficiente para justificarla. La pelea con Lauren me

dejó fuera de servicio pero era inevitable. Arrastro los pies hasta la puerta y la abro.

Matthew. Traje oscuro, corbata perfectamente anudada, expresión impenetrable. Parece una sombra del deber que no se va nunca. Cruza el umbral sin esperar invitación, como si la autoridad le perteneciera por derecho.

—¿Qué quieres? —pregunto, dejándome caer en el sofá, con un gesto cansado que es mitad verdad, mitad máscara.

Él no se sienta de inmediato. Recorre la estancia con la mirada: las botellas vacías en la mesa, los papeles desordenados, los restos de una fachada cuidadosamente sembrada. Aprieta la mandíbula. Finalmente se acomoda frente a mí, sin quitarse la chaqueta.

—Quiero hablar del legado de esta familia —dice al fin, con voz grave—. De lo que estamos construyendo. Del legado de mamá.

Lanzo una risa seca, amarga. Juego con la copa que aún tengo en la mano, haciéndola girar entre mis dedos como si pudiera escudarme en ese movimiento.

—Ya empezamos.

—No lo tomes a la ligera, Caleb. —Su mirada se endurece—. Creí verte crecer estas semanas. Creí que estabas dispuesto a ser más que el hijo rebelde. Por primera vez pensé que querías formar parte de algo más grande que tú mismo.

El golpe de sus palabras me descoloca. Bajo la vista, fijo los ojos en el líquido ámbar que se agita dentro del vaso. Me siento desnudo bajo su juicio, así que me refugio en el sarcasmo.

—Y ya ves, hermano. Sigo siendo yo.

—Exacto. —Se inclina hacia mí—. Sigues siendo tú, pero con algo peor: ahora arrastras con tu nombre todo lo que hemos conseguido. Incluso el programa de becas que tú mismo has liderado. Ibas a ayudar a muchos jóvenes con un gran futuro por delante. ¿No te importan las promeses que les hiciste?

Aprieto los labios. El estómago se me encoje, pero no dejo que mi rostro se tuerza. Matthew no se detiene.

—¿Sabes lo que más duele? Ver la decepción en los ojos de los demás. Martin, yo… incluso Lauren.

Levanto la cabeza de golpe, casi sin poder evitarlo. Mi garganta se cierra al oír su nombre.

—¿Qué pasa con Lauren?

—Se está desbordando, Caleb. —La voz de Matthew pierde un poco de dureza, se vuelve más baja, casi un reproche contenido—. Hace lo imposible por sostener la empresa, por protegerte… y tú ni siquiera tienes en cuenta cómo se siente.

Trago saliva. Me arde la garganta. Pienso en sus ojos brillando de furia en la galería, en la forma en que me apretó el brazo como si quisiera arrancarme de allí. Por supuesto que me duele. Me mata pero no puedo dejar que se note.

—Lauren sabía lo que había al firmar su contrato —digo, con un tono más frío del que siento. Mis dedos aprietan el vaso hasta que los nudillos se me ponen blancos.

Matthew niega con la cabeza. Odio cuando hace eso.

—No. Lauren creyó en ti. Y yo también, aunque me cueste admitirlo. Si de verdad te importa aunque sea un poco… empieza a demostrarlo. No con discursos, no con fotos falsas. Con hechos.

Dios, quiero decírselo. Quiero contarle algunas cosas pero no puedo. No ahora. No cuando estoy tan cerca.

Sus ojos se clavan en los míos con una intensidad distinta, como si buscara algo. Y pone esa mirada que siempre saca en las salas de negociaciones. Inquisidora.

—A veces el mejor movimiento es el que nadie espera —añade, casi en un susurro. ¿Qué pretende?

Mi respiración se detiene un segundo. ¿Lo habrá notado?

Fuerzo una sonrisa ladeada, me refugio en la ironía.

—Ambos sabemos que no soy de los que juegan en equipo, Matthew. No esperes demasiado de mí.

Él sostiene mi mirada un instante más, demasiado largo, demasiado consciente. Y entonces la veo, una sonrisa ladeada que me descoloca y yo solo rezo para que no signifique que ha perdido la fe en mí. No lo soportaría.

—Entonces solo espero que comprendas las normas del juego porque no hay margen para el error, Caleb.

—Oh, querido hermano, descuida.

Hay un brillo especial en su mirada. Yo bajo los ojos de nuevo, porque sé que si lo mantengo me romperá la máscara. Quiero ser fuerte delante de él.

Finalmente se levanta, ajusta su chaqueta con un gesto mecánico y camina hacia la puerta.

—Piénsalo, Caleb. Espero que todo esto se resuelva rápido porque no sé cuánto tiempo más podremos seguir creyendo en ti.

La puerta se cierra con un golpe seco.

Me quedo en el salón, con el vaso aún en la mano. El whisky tiembla dentro por la presión de mis dedos. Respiro hondo, pero el aire se me queda atascado en el pecho.

Las palabras de Matthew me atraviesan. El legado, la decepción, Lauren. Todo se mezcla en mi cabeza. Y aunque sonrío para mí mismo, fingiendo indiferencia, sé que la grieta se ha abierto más de lo que esperaba.

Yo también espero que todo esto merezca la pena.

Capítulo VEINTICUATRO

Lauren

El reflejo de la pantalla me devuelve una imagen que apenas reconozco: ojeras profundas, la piel apagada, el pelo recogido deprisa con un mechón rebelde que insiste en caerse sobre la frente. No recuerdo la última vez que dormí en mi cama. Mi abrigo lleva tres días colgado de la misma silla, mi bolso en el rincón con papeles

desbordando. En la mesa, un desfile de tazas de café frías y botellas de agua a medio terminar.

—Lauren, tienes que descansar —me dice Pauline, asomando la cabeza por la puerta, con esa mezcla de preocupación y miedo que me dedican últimamente todos en la oficina.

—No puedo. —No aparto la vista del ordenador mientras tecleo furiosa, contestando correos que ya no me dicen nada nuevo. La tormenta sigue, y sigo intentando contenerla con las manos.

Ella suspira y desaparece. Sé que no soy agradable ahora mismo, pero no hay espacio para amabilidad.

El móvil vibra sobre la mesa. Otro periodista pidiendo confirmación, otro rumor inflamado en redes, otro inversor que amenaza con retirarse. Me froto las sienes. Siento como si el edificio entero me pesara sobre los hombros.

Y debajo de todo eso, como un eco persistente, la herida que no cicatriza: Caleb. Le echo tanto de menos que me duele. Me duele no tenerlo a mi lado. Me duele.

La puerta se abre de golpe. Martin entra, serio, sin la habitual sonrisa que suele traer calma. Cierra la puerta tras de sí.

—Tenemos un problema.

Lo miro con cansancio.

—¿Otro?

Me deja un dossier en la mesa.

—No, varios. Las pérdidas ya son millonarias. Los contratos con los que llevábamos meses en negociación se han ido a Astoria. Nos los han arrebatado hace apenas dos horas.

Siento un golpe en el estómago. Abro el dossier, veo las cifras rojas, los nombres de empresas que me había peleado por asegurar. Todo perdido.

—No puede ser… —susurro, llevándome una mano al pelo.

Martin se sienta frente a mí, con un gesto grave.

—Lo es. Y si seguimos así, pronto no será solo reputación lo que perdamos. Será estructura. Tenemos fondos para resistir algunos meses pero este nivel de ataque nos está desmoronando antes de tiempo.

Cierro los ojos un segundo. Respiro hondo. Quiero derrumbarme, pero no puedo.

—Entonces, ¿qué aconsejas que hagamos?

Sueno rendida. Me siento hundida. Creo que Martin lo ve. No puedo seguir ocultando el temblor de mis manos.

Me observa con un destello de compasión.

—Lauren… has hecho todo lo que has podido. Astoria, como otros muchos enemigos, siempre estarán acechando. Han esperado el momento idóneo para soltar la bomba y Caleb…

—No podemos contar con él —respondo con gran dolor. Agacho la cabeza y trato de mantener la compostura para no derrumbarme. Estoy superada.

—Puede que sea algo ingenuo en algunas cosas pero Caleb cambió por ti. No fueron nuestras amenazas con retirarle fondos familiares ni quitarle la casa de verano. Fuiste tú. Y comprendo que su comportamiento te ha decepcionado pero debemos superarlo y actuar. Eres la mejor en resolver crisis así que dime… ¿qué toca hacer ahora?

Respiro ligeramente aliviada.

No respondo. Él tampoco. Solo nos miramos como quien busca desesperadamente apoyo y él, lo está haciendo. Me acaba de tirar un chaleco salvavidas e infundido confianza.

Solo me queda una opción: tragar mi miedo, tragar mis nervios y hacer lo que mejor se me da. Salvar el culo a la familia Spencer.

—Convoquemos a los medios. Es el momento de atacar.

***

Los focos me ciegan, pero me obligo a mantener la barbilla alta. El salón está abarrotado de periodistas, cámaras y micrófonos extendidos como armas.

Empiezo con voz clara, sosteniendo los papeles como un ancla:

—Skyline mantiene intacto su compromiso con la transparencia, no solo en el programa de becas, sino en cada una de sus líneas de negocio. Nuestros valores permanecen firmes en las inversiones inmobiliarias, en los proyectos sociales y en cada contrato que llevamos adelante.

La primera pregunta llega de inmediato:

—¿Cómo explica que varios proyectos inmobiliarios en la costa hayan quedado en suspenso?

—La confianza de nuestros socios es fundamental —respondo, sin titubear—. Estos proyectos siguen en pie pero requieren tiempo para llevar a cabo negociaciones que permitan tener mayores beneficios a nuestros socios.

Otro periodista levanta la voz:

—¿Puede confirmar si la fuga de inversores extranjeros ha paralizado la construcción del complejo de Skyline en Dallas?

El corazón me da un vuelco, pero mantengo el gesto firme.

—En absoluto, no está paralizado. Estamos ajustando plazos con nuestros colaboradores.

Un murmullo recorre la sala. Sé que buscan un resbalón.

—¿Puede garantizar que Skyline tiene liquidez suficiente para sostener todos sus proyectos a pesar de la caída de acciones? —pregunta alguien más, desde la segunda fila.

Me aferro al atril.

—Sin duda alguna.

Una carcajada breve, seca, suena en el fondo. Reconozco la acreditación de Astoria en el cuello del periodista que ríe. Mi sangre se enciende.

—¿Entonces cómo explica la cancelación de los contratos con dos fondos internacionales que estaban en negociación? —insiste él, con malicia —¿O la pérdida de las localizaciones en Costa Rica?

Aprieto los dientes, conteniendo la rabia.

—Las negociaciones siguen abiertas.

Las preguntas se encadenan sin darme respiro:

—¿Qué impacto tendrá esta crisis en los alquileres de sus residencias de lujo?

—¿Se plantean vender activos para cubrir la pérdida de capital?

—¿Qué garantías pueden dar a los clientes que han invertido en Skyline Living, cuando ven que sus propios directivos carecen de foco empresarial porque prefieren cambiarlo por fiesta y escándalos?

Cada palabra me golpea como un martillazo. Respondo, una tras otra, pero noto cómo el calor sube por mi cuello, cómo mi voz se vuelve cada vez más áspera.

Entonces, alguien dice:

—¿Qué opina del inesperado revés que ha sufrido Astoria en su última operación hace apenas unos minutos?

El silencio que sigue es brutal. El murmullo crece entre los periodistas, todos buscando sus móviles, refrescando titulares. Yo me quedo helada, sin entender.

El periodista malvado de Astoria presente en la sala responde a una llamada y sale de inmediato de la sala de prensa. ¿Qué está pasando?

—¿Revés? —pregunto, sin poder contenerme — Las problemáticas de otras empresas no son ajenas. Somos serios y preferimos centrarnos en nuestras dinámicas empresariales.

En ese momento, Pauline se acerca, blanca como el papel. Me muestra la tablet. Titulares en rojo:

“Astoria bajo investigación”, “Tráfico de falsificaciones como sistema de liquidez”,

“Pagos fraudulentos de Astoria con la Administración Pública”,

“Astoria y el congreso en entredicho”,

“Filtraciones comprometen contratos de su último movimiento”.

Mi corazón da un vuelco. No entiendo nada.

Y entonces, las puertas al fondo de la sala se abren con estrépito.

Todos nos giramos para ver qué ocurre.

Caleb.

Avanza por el pasillo con paso firme, impecable en un traje oscuro, la mirada fija en mí. Los flashes estallan a su alrededor. Su sola presencia sacude el aire de la sala.

Sube al escenario, despacio, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Se coloca a mi lado, me dedica una mirada profunda. Me desarma. Me sostiene. ¿Qué está ocurriendo.

Me toma de la mano y me separa del atril. No se todavía cómo soy capaz de moverme.

—Yo me ocupo, mi carcelera.

Su voz, cálida y cariñosa me envuelve y se que algo no calculado va a ocurrir.

Capítulo VEINTICINCO
Caleb

El murmullo en la sala es ensordecedor. Periodistas agitando micrófonos, cámaras que no dejan de disparar, voces cruzadas buscando titulares inmediatos. Pero yo solo veo el atril frente a mí.

Apoyo las manos sobre la madera. Intento que no tiemblen. La garganta se me seca, el corazón late demasiado rápido. Todo depende de hoy. La empresa, el apellido, Lauren… Si fracaso, los Spencer se hunden conmigo.

Respiro hondo, obligo a mi voz a salir firme.

—Antes de comenzar me gustaría pedir disculpas públicas. A mi familia, a todos los trabajadores de Skyline Realty, a los socios, los estudiantes del programa de becas, las universidades y por supuesto, a la responsable del equipo de crisis. Mi comportamiento de las últimas semanas ha sido errático y ha generado desconcierto pero, me gustaría decir, que ha sido por un buen motivo.

—¿Qué quiere decir, señor Spencer? —dice un periodista en primera fila. Le conozco.

—Dicho esto me gustaría decir que esta crisis que ha atravesado el grupo familiar no es fruto de casualidad ni de errores aislados. Es el resultado de un complot orquestado por nuestro competidor directo, Astoria.

Un rugido de murmullos sacude la sala.

—Durante meses han intentado desacreditar a Skyline difundiendo noticias falsas, invirtiendo horas y recursos en que diera el mejor titular, en hacer que nuestros socios e inversores perdieran la confianza en nosotros. ¿Por qué? Porque Skyline Realty iba a cerrar una operación internacional en Costa Rica que cambiaría el mapa de inversiones en el sector inmobiliario. Astoria atraviesa una etapa de falta de liquidez y no podía permitirse perder esta oportunidad para remontar. Y para bloquear nuestro avance, recurrieron a la estrategia más baja: destruir nuestra reputación.

Levanto la mirada y la encuentro a ella. Lauren.

Está de pie a un lado de la sala, con la carpeta apretada contra el pecho, los labios entreabiertos. Sus ojos me buscan, brillando de asombro… y de nervios. Como si ella también supiera que todo pende de un hilo.

El contacto visual dura un segundo, pero me atraviesa entero. Me da miedo fallarle, miedo que se note. Aun así, aprieto los dientes y continúo.

—Eligieron el punto más sensible: nuestro programa de becas. ¿Por qué? Porque es un proyecto noble, transparente, diseñado para ofrecer oportunidades reales a estudiantes brillantes que no tienen recursos. Astoria sabía que, si conseguía que la opinión pública creyera que era una tapadera, el daño sería irreparable.

Mis manos siguen firmes sobre el atril, pero por dentro siento que cada palabra es una cuerda floja.

Justo en ese instante, Matthew y Martin entran en la sala llamando la atención de todos los asistentes. Están descolocados y no es para menos. Lauren no está en el atril dirigiendo el espectáculo mediático sino que, su hermano, el playboy de turno,

está ofreciendo un discurso que me da rabia que no hayan escuchado porque llevo semanas preparándolo.

—Y eligieron también al blanco más fácil: yo. —Me permito una sonrisa amarga—. Sí, he llevado una vida festiva. Sí, he cometido errores. Y Astoria creyó que eso me convertía en el chivo expiatorio perfecto. Que bastaba con mostrar fotos mías en discotecas con las personas idóneas para que todo lo demás pareciera verdad.

Los flashes me ciegan, pero no aparto la vista de la sala. Matthew está con los brazos cruzados y Martin intenta decirle algo al oído pero él levanta la mano para que guarde silencio.

—Pero aquí estamos. Y hoy puedo demostrarles que ese ataque fue calculado, financiado y ejecutado por Astoria. Aquí están los documentos que lo prueban. Pruebas laboriosamente recopiladas de fuentes fiables que demuestran que Skyline no es quien debería estar en entredicho. Pruebas que demuestran que Astoria colaboró en secreto con cierto congresista para asegurarse la caída de Skyline Realty. Pruebas de financiaciones irregulares, concesiones ilegítimas, documentación falseada…

Pauline reparte las copias. El murmullo se convierte en caos.

—¿Qué quiere decir, señor Spencer?

—No seré yo quien diga dónde desenterrar los esqueletos de Astoria pero es posible que les haya dejado algunos hilos de los que tirar.

Mi corazón late tan fuerte que temo que todos puedan escucharlo. Siento el sudor en la nuca, pero no cedo. Casi ha terminado todo.

—No somos perfectos. Nadie lo es. Pero Skyline no es una tapadera. No es un fraude. Es una empresa sólida, con raíces profundas en la construcción, en la inversión y en la responsabilidad social. Somos una empresa familiar con fuertes valores y seguiremos trabajando muchos años más para que el apellido familiar sea sello de calidad y respeto. De nuevo, pido disculpas públicas a mi familia y amigos por este mal trago que les he hecho pasar y por mi comportamiento.

Vuelvo a buscarla con la mirada. Lauren sigue ahí, la carpeta contra el pecho, observándome con una mezcla de incredulidad y

orgullo contenido. Veo lágrimas en los ojos. Maldita sea, le he hecho llorar. Y en ese instante sé que no puedo fallar.

—Y yo, Caleb Spencer, estoy aquí para responder por ello.

Dejo que el silencio me rodee. El aire arde, los periodistas contienen la respiración.

—Podrán decir que soy joven, podrán recordar mis errores. Pero hoy quiero que recuerden otra cosa: que estoy dispuesto a asumir mi responsabilidad. Con mi nombre, con mi trabajo y con cada decisión que tome de aquí en adelante.

Un latido más. Y entonces, concluyo:

—Damas y caballeros, abrimos el turno de preguntas.

***

La sala de juntas está en penumbra cuando cierro la puerta. Me duele la cabeza. Nunca imaginé que este momento sería tan agotador. Meses de trabajo condensados en un discurso y en el fin de una era.

Matthew y Martin me esperan ya sentados alrededor de la mesa, las corbatas aflojadas, los rostros cansados pero expectantes. El eco de la rueda de prensa aún vibra en mis oídos: las cámaras, los flashes, la tensión. Ahora, por fin, toca decir la verdad.

Me dejo caer en la silla y suelto un largo suspiro.

—¿Vas a ilustrarnos con lo que acaba de pasar ahí dentro? Porque no se si descorchar la botella de champagne o ponerme una soga al cuello —indica Martin.

—Parece que nuestro hermanito sí que sabe jugar en equipo —dice Matthew guiñándome un ojo. Algo en mí se relaja.

—¿Tú estabas al tanto de todo esto, Matthew? ¡Es una locura! —pregunta Martin llevándose las manos a la cabeza y sin entender nada.

—Sí, Caleb y yo tuvimos una tensa aunque críptica conversación que dijo más de lo que podía parecer, ¿verdad? —comenta Matthew mirándome.

—Se que mi comportamiento de las últimas semanas no ha sido el más ejemplar y que os he defraudado mucho. Pero quiero que

sepáis que todo ha sido una farsa.

—¿Tus fiestas y titulares?

—Más o menos. No todas por supuesto. Pero hace algunos meses escuché a Veronica y a Katherine hablar sobre un fuerte competidor que comenzaba a hacernos sombra y las amenazas veladas eran muy fuertes.

—¿Prestabas atención en las reuniones?

—Para suerte de la empresa, sí. Aunque no lo creáis.

Martin frunce el ceño, Matthew se inclina hacia adelante. No hablan, me dejan seguir.

—Se que no he sido la persona más fiable del mundo pero tenía claro que no quería ser un cero a la izquierda en esta familia. La crisis con Veronica me hizo abrir los ojos.

—¿Un cero a la izquierda? ¿Qué estás diciendo? —pregunta Martin preocupado acercándose a mí.

—Si el enemigo pensaba que la imagen pública de Skyline estaba en entredicho, movería ficha en distintos frentes que yo tenía en el punto de mira. Y cuando se precipitaran… ahí quedarían

vulnerables. Nadie sospecharía del hermano fiestero, del que solo sabe mover copas en la noche. Así que estuve reuniendo pruebas. Utilicé algunos contactos que tenía del mundo de la noche, del sector artístico y otros con menor reputación pero destronarles.

Esbozo una media sonrisa cansada.

—Pero en esos mismos círculos hay más que alcohol y luces de neón. Hay contactos deseosos de hablar, de contar lo que saben, siempre que sepas escuchar en el momento justo.

Martin abre los ojos con sorpresa.

—¿Quieres decir que…?

Asiento.

—Desde hace varios meses he tenido a varias personas infiltradas en lugares de la competencia. Mesas de juego, recepciones privadas, reuniones discretas. Cada uno iba reuniendo piezas. Transferencias sospechosas, contratos inflados, pagos por debajo de la mesa. Astoria no se dio cuenta de que yo estaba montando el puzzle mientras ellos se reían de mis fotos en los

periódicos. Tuve que acelerar el proceso cuando la situación llegó a un punto crítico.

—¿Y dejaste que llegara hasta este nivel? —pregunta sin enfado Matthew dando varios pasos.

—Era necesario. Un paso calculado.

—Nosotros también tenemos problemas, Caleb. Esqueletos en el armario y todo eso.

—Claro que sí. —Me encojo de hombros—. Pero otros tienen mucho más que ocultar. Y lo único que hacía falta era una distracción. La opinión pública cambia de foco, le damos a un hueso donde roer, recuperamos el prestigio y cerramos los acuerdos en Costa Rica.

El silencio se extiende unos segundos, pesado y liberador al mismo tiempo. Entonces Martin sonríe, casi incrédulo.

—Ha sido brillante.

Matthew asiente despacio.

—Lo ha sido. Nunca me imaginé diciendo esto pero… me has sorprendido, hermano. Enhorabuena, estoy orgulloso.

—Gracias, Matthew.

Siento que un pequeño Caleb oculto en mi interior salta ante sus palabras. Woah, las necesitaba.

—Sí, pero tenías que habérnoslo dicho. Podrías haber contado con nosotros.

Siento el nudo en la garganta ante el reproche de Martin.

—Si lo hacía, perdía el factor sorpresa. Y… tal vez, una parte de mí no confiaba en que creeríais en mí lo suficiente. Teníais que actuar con naturalidad ante la crisis. Sino, no sería auténtico.

Mis hermanos se miran. No dicen nada, pero en sus ojos hay algo distinto: respeto.

Martin se inclina hacia mí.

—Bueno, bueno, parece que el pequeño de los Spencer se ha ganado una placa en un despacho de la planta 43.

—Caleb —empieza a decir Matthew —siento mucho si todo este tiempo has tenido la impresión de que no importabas en esta familia. Quizá hemos estado muy centrados en la empresa y tu distanciamiento unido a tus vicios nocturnos no ayudaban a que

tuviéramos una imagen seria de ti. Pero quiero dejarte algo completamente claro: eras, eres y serás siempre nuestro hermano. Un Spencer. Y te queremos.

No puedo evitar emocionarme. No solo porque no hay decepción en su mirada sino porque hay calor, valoración y cariño.

—¿Y Lauren? ¿Ya has hablado con ella? —me pregunta Matthew y eso me sorprende.

¿Sabe lo nuestro o solo se preocupa porque es la responsable de responder en situaciones de crisis reputacional?

Trago saliva. Miro el vaso vacío frente a mí y lo giro entre los dedos.

—No.

—¿Te da miedo? —pregunta Martin —Bueno, te soy sincero. A mí también me lo daría. Lauren es un encanto y muy profesional pero cuando se enfada… no veas el humor que ha tenido estos días.

Matthew me clava la mirada.

—Más te vale hacerlo pronto. Ella lo ha dado todo. Y no merece quedarse sin respuestas.

Las palabras de Matthew me dan esperanza.

Quizá no todo esté perdido.

Capítulo VEINTISEIS
Lauren

La oficina está en silencio por primera vez en semanas. Recojo los papeles de la mesa como quien barre los restos de una batalla. Informes, borradores, gráficos… huellas de noches sin dormir. Los apilo con manos cansadas, como si al ordenarlos pudiera ordenar también mi cabeza.

La puerta se abre despacio.

Caleb.

Está en el umbral. Traje oscuro, corbata floja, el pelo rebelde. Pero la expresión es distinta: más seria, más vulnerable. Cierra la puerta sin apartar los ojos de mí.

Dios, nunca le he visto más atractivo.

—Lauren —dice, y su voz no tiene ni rastro de ironía.

Me enderezo, tensa. Puede que esté orgullosa por lo que ha hecho en la sala pero merezco una explicación.

—¿Qué haces aquí?

Avanza un paso, luego otro. Sus manos mueven erráticas junto a sus piernas. Nervioso.

—Tenía que hablar contigo.

—Ya hablaste bastante frente a todos —respondo con frialdad, recordando su discurso en la rueda de prensa.

—Sí, pero no contigo.

Se queda de pie frente a mi mesa. Su mirada arde, pero no de soberbia, sino de miedo.

—Todo lo que hice… la distancia, la fachada, las fotos… —traga saliva—. Fue parte del plan. Necesitaba que Astoria mordiera el

anzuelo. Si yo me mostraba como el mismo Caleb de siempre, confiados, no sospecharían que estaba reuniendo pruebas contra ellos.

Bajo la vista. Siento el nudo en la garganta.

—¿Y preferiste romper todo lo que habíamos construido juntos?

—Cuando comencé con este plan tú no estabas en la ecuación. Bueno, sí que lo estabas pero mis sentimientos por ti eran completamente diferentes. Entiendo que no fui el mejor compañero del mundo, luchaste por mí y pero yo no te traté como te merecías y lo siento profundamente.

—¿Y mientras tanto? ¿Qué se suponía que hacía yo con todo lo que sentía? ¿Con la decepción, con la rabia, con la sensación de que me estabas destrozando?

Da un rodeo a la mesa, se coloca frente a mí, tan cerca que siento su respiración.

—Lo sé. Y lo siento. Te hice daño. Todas estas semanas sin ti, sin poder contarte la verdad me estaban matando. Pero tenía que

ejecutar el plan y eso significaba apartarte, aunque me doliera más que nada.

Lo miro fijamente. Sus ojos no mienten, pero la herida dentro de mí sigue abierta.

—Tengo miedo, Caleb. —Las palabras me escapan como un susurro roto—. Miedo de volver a confiar en ti y que me lo arrebates otra vez.

Él inspira hondo, se pasa una mano por la nuca y luego la deja caer sobre la mesa, a un centímetro de mi mano, temblorosa.

—Todo comenzó por ti.

Levanto la vista, desconcertada.

—Nunca me había visto como una buena persona —continúa, con voz baja, cargada de verdad—. Era más fácil ser el descarado, el fiestero, el que sobraba. Pero entonces llegó una reunión, contigo, donde vi lo que eras capaz de hacer, cómo sostenías la empresa, cómo me defendías de la prensa y me hacías parecer buena persona que… pensé que quizá había esperanza para mí. Ese día lo entendí.

Se inclina un poco más, la voz casi quebrada.

—Quise ser mejor persona por ti. Porque te quiero.

Mi pecho arde. La rabia, la tristeza, la ternura… todo se mezcla.

—Porque me emocionaba cada vez que te veía entrar en la sala. Porque deseaba besar tus labios rojos cada día. Porque el viaje juntos me obligó a contenerme aunque solo pensara en hacerte mía. Porque tú me viste y confiaste en mí.

Él da un paso más, sus ojos brillando con una vulnerabilidad que nunca le había visto.

—Nuestro primer beso me lo confirmó. —Sonríe apenas, con timidez—. Supe que eras la persona para mí. Que ya no había vuelta atrás.

Las lágrimas me pican en los ojos. Me aparto un poco, como si necesitara aire, pero él no se mueve. Dios, no puedo soportarlo más.

—No me puedo creer que hayas organizado todo esto tú solo. Lo que has hecho en esa sala es lo más arriesgado y valiente que he visto en mi vida. No cualquier persona hubiera pedido disculpas públicas así.

—Mi familia lo merecía y tú también.

—Eres un imbécil —susurro, con la voz rota—. Pero uno al que no quiero perder.

Él tiembla un segundo, como si no creyera lo que oye.

—¿Me estás perdonando?

Me acerco despacio.

—Te estoy dando una última oportunidad.

Lo beso.

Al principio es un roce tembloroso, lleno de dudas. Pero él me toma la cintura, me atrae contra su pecho, y el beso se vuelve cálido, profundo, como si nos hubiéramos guardado todo este tiempo para este momento.

Cuando nos separamos, sus manos siguen firmes en mi cintura, su frente apoyada en la mía.

—Como vuelva a tener que gestionar un titular más con tu nombre en él que no sea "Caleb Spencer lidera un grupo de emprendimiento joven" te prometo que te destriparé en público.

—Lo tuyo es la intensidad, ¿no es así?

—Espera y verás lo que tengo planeado.

—Gracias —murmura—. Por confiar en mí otra vez.

Cierro los ojos y sonrío entre lágrimas.

—No me falles, Caleb.

—Nunca más, mi carcelera —susurra.

Y en ese despacho, rodeados de papeles que narran semanas de guerra, sé que al fin hemos ganado la batalla más importante: la de nosotros dos.

Epílogo

Lauren

El sol se derrama sobre la terraza del ático familiar, tiñendo el horizonte de un dorado cálido. Una de las mejores y más tranquilas puestas de sol que recuerdo.

Matthew y Katherine conversan cerca de la barandilla; él le pasa un brazo por la cintura con ese juego tenso que les caracteriza y que hace que los demás nos sintamos incómodos de estar viéndoles. Martin sostiene una copa mientras Veronica le da un codazo divertido: discuten sobre un artículo financiero que ella promete escribir y que él insiste en censurar.

Yo me quedo unos pasos atrás, observándolos. Caleb, a mi lado, aprieta suavemente mi mano.

—No estamos tan mal, ¿no? —murmura, con una media sonrisa que ya no es máscara, sino luz.

Lo miro, y siento un nudo dulce en la garganta. Todo lo que hemos pasado se agolpa en mi memoria: discusiones, dudas, noches en vela, la herida de la traición aparente… y también la ternura, el fuego, el beso que lo cambió todo, la rueda de prensa donde me demostró quién podía ser de verdad.

Le aprieto los dedos.

—No. Estamos exactamente donde tenemos que estar.

Martin levanta su copa.

—Por Skyline. Por el apellido Spencer. Y por todo lo que viene.

Los demás lo imitan. Matthew se endereza, solemne, pero sonríe con orgullo mientras choca su copa con la de su hermano menor.

—Porque el pequeño de los Spencer ha entrado en el terreno de juego, por fin.

Él asiente, aunque noto cómo se le tensan los hombros bajo mis dedos. Todavía no está acostumbrado a recibir reconocimiento en lugar de reproches.

—Por fin somos un equipo —añade Katherine, mirando a todos —. Y nadie podrá arrebatárnoslo.

—Y si no, siempre tendremos a Lauren para evitar que Caleb se descarríe.

Todos reímos.

Brindamos. El sonido de las copas se mezcla con la brisa de la tarde.

Veronica sonríe, levantando la suya un poco más alto.

—Y no olvidemos que, sin las chicas Spencer, quizá no estaríamos aquí —declara Martin mirándonos a todas.

Katherine le sigue con un gesto cómplice.

—Hemos pasado de apagar fuegos a levantar pilares. Y si algo nos ha demostrado esta crisis es que nuestro lugar es aquí, hombro con hombro.

Yo asiento, con la emoción apretándome el pecho.

—Gracias. A vosotras también. No sabéis lo que significó para mí teneros cerca cuando pensé que no podía más.

Veronica me toca el brazo con suavidad.

—Y mírate ahora. Supiste resistir y todo ha salido mejor de lo esperado. ¡Quién nos iba a decir que Caleb iba a salvar la empresa! Eres todo una caja de sorpresas, cuñado.

Sonrío, aunque las lágrimas me nublan los ojos.

—Eso es cierto, puede que sus métodos no fueran los más

ortodoxos pero nos salvó a todos —confiesa Matthew sorprendiendo a todos pues hay más orgullo que otro sentimiento en sus palabras.

—Estoy orgullosa de él.

Me giro hacia él. Alzo la mano y acomodo su corbata torcida, tirando del nudo con un gesto pícaro. Él arquea una ceja, divertido, mientras yo susurro:

—¿Recuerdas? La primera vez que te la arreglé pensé que acabarías arruinando todo.

Le doy un tironcito juguetón.

—Y mírate ahora.

Él me toma de la cintura y me atrae contra él, los ojos brillando de emoción.

—Mírame ahora: solo soy el hombre que se enamoró de ti.

Lo beso. Y en ese beso no hay máscaras ni dudas, solo certeza.

Al separarnos, noto que mis hermanos y sus parejas nos observan, sonriendo. Por primera vez, siento que todos estamos en el mismo lugar, mirando hacia adelante.

El apellido Spencer ha sobrevivido a la tormenta. Y nosotros, a nuestro propio caos.

El futuro empieza aquí. Juntos.

NOTA DE LA AUTORA:

Espero que hayas disfrutado de esta historia. Tenía muchas ganas de sumergirme en la escritura de esta última entrega para cerrar el círculo de los hermanos Spencer. Si te ha gustado la novela me encantaría pedirte que dejaras una valoración en Amazon. Las opiniones son muy importantes y eso me ayudaría a que nuevas lectoras pudieran conocer esta historia.

Te dejo un código QR y un enlace para que puedas acceder fácilmente.

Puedes seguirme en mis redes sociales:

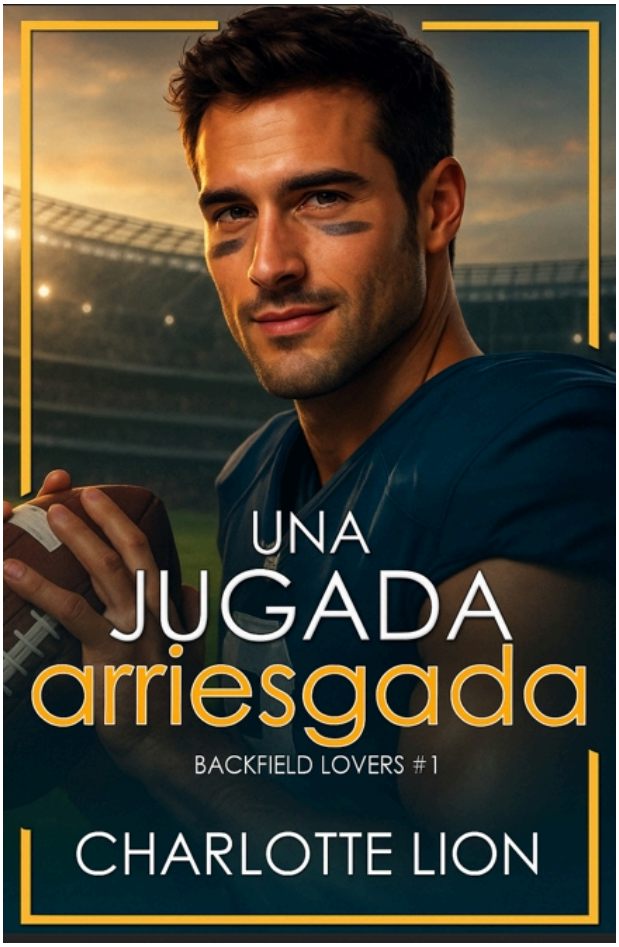
Instagram y TikTok

@charlottelion.writer

PUEDES SEGUIR LEYENDO

LEER EL PRIMER CAPÍTULO De...

UNA JUGADA ARRIESGADA (Serie Backfield lovers 1)



AMAZON.ES
AMAZON.COM

La oficina huele a testosterona, café quemado y ambición mal disimulada.

Un cóctel delicioso para un lunes por la mañana.

Me bajo las gafas de sol, me quito la chaqueta negra y camino directa al despacho que tiene mi nombre en una plaquita provisional en la puerta. Megan Walton. Departamento de comunicación. Historias humanas. Suena bien, ¿no? Real, profundo, hasta poético si me apuras.

Lo que no suena tan bien es el encargo que me espera encima del escritorio.

Un dosier. Un nombre. Una foto.

Kevin Bishop. Wide receiver. Número 11.

El jugador estrella de los Los Angeles Vultures. El niño mimado del equipo. El dios griego de sonrisa fácil y camiseta ceñida que ha

convertido cada rueda de prensa en su pasarela personal. El mismo que ha salido en más portadas por escándalos que por touchdowns.

Estupendo.

¿En serio tengo tan mala suerte?

Miro la foto con resignación. En ella, Kevin está sin casco, riendo, con esa expresión arrogante de quien lo tiene todo y lo sabe. Cejas oscuras, mandíbula marcada, ojos que deben haber causado desmayos en más de una entrevista en campo. También tiene una cicatriz mínima en la ceja derecha. No sé por qué me fijo en eso.

Suspiro.

—¿Problemas con tu nuevo juguete? —pregunta Danielle, la responsable de redes, apoyada en el marco de mi puerta con su café XL en mano.

—¿Esto se supone que es periodismo? —levanto el dosier mientras le devuelvo una cínica mirada—. ¿Hacerle un perfil emocional al Ken del fútbol americano? No he estudiado y sigo pagando los créditos estudiantiles para esto.

No puedo evitar tirar con mal genio el dosier sobre el escritorio. Maldita sea.

Dani se ríe.

—Bienvenida a Los Ángeles. Aquí todo debe tener una historia. Y cuanto más sudor, músculo y trauma no resuelto, mejor. Además, a las lectoras les gusta un chisme bien cocinado.

—¿Y no había otro jugador disponible? Uno que no tenga una columna fija en la prensa rosa y un historial de escándalos más largo que mi currículum.

—Te lo han asignado por eso. Y porque a ti no te va a deslumbrar —dice, y me lanza una sonrisa cómplice antes de irse—. Dicen que tienes el corazón blindado a prueba de guaperas consumados.

—¿Desde cuándo les llamamos "guaperas consumados"?

—Desde que tengo treinta y un años, sigo soltera y lo único que me interesa es la columna de cotilleos. Además, no te preocupes, amiga mía, tú estás a salvo. Según tengo entendido solo le gustan las que se derriten por él.

Perfecto. Estoy destinada a pasar las próximas semanas pegada a un ego con piernas.

Danielle me dedica una de esas miradas que tanto desprecio de ella que suele poner cuando sabe que tiene razón y que debo rendirme a las exigencias de la audiencia y del público y la veo marchar.

Me siento, abro el dosier y hojeo los detalles: estadísticas, entrevistas pasadas, notas del cuerpo técnico. Todo cuidadosamente organizado. Todo mostrando a un tipo perfecto para los titulares: rápido, letal, sexy y absolutamente inaguantable.

Un jugador de portada con un pasado borrado en tinta negra.

Hay una sección entera censurada: su vida personal. Familia. Juventud. Solo hay rumores y un par de referencias vagas a un hermano mayor que también fue jugador. Un escándalo antiguo. Algo que el equipo claramente no quiere que salga a la luz.

Me han dado migajas pensando que no encontraría la casa de galletas pero ellos no saben una cosa: yo no soy Hansel ni tampoco Gretel. Soy la bruja malvada que quiere comerse, no literalmente claro, al capitán del equipo.

Me estiro en la silla. Miro la hora. En dos horas tengo mi primera entrevista con él. Será informal. Solo una charla para conocernos. Supuestamente.

Ya puedo oler el desastre.

Y el aftershave caro.

Cuando hace dos días mi jefe me habló de un nuevo encargo que podría impulsar mi carrera no sabía que tendría que husmear en el culo sexy y musculado del más escandaloso jugador de Los Ángeles Vultures.

***

Dos horas más tarde, estoy en la sala de prensa improvisada que tenemos para entrevistas uno a uno. He dejado la grabadora lista, mis preguntas preparadas y mi sonrisa más profesional cargada.

Y él llega tarde.

Cómo no.

No hay cosa que más odie que la falta de profesionalidad. Puede que el mundo le perdone estas pequeñas faltas de respeto pero en mi

mundo, en el de Megan Walton, esto es una gran cagada.

La maldita espera no hace más que ponerme nerviosa así que invierto los siguientes veinticuatro minutos en revisar algunos artículos de internet, redes sociales, perfiles de discotecas y algunas webs de apuestas deportivas para conocer mejor a mi objetivo.

Cuando finalmente aparece, Kevin Bishop entra como si el mundo le perteneciera. Camiseta blanca, pantalón deportivo oscuro, mochila al hombro y una botella de agua medio vacía en la mano. Camina despacio, seguro. Me lanza una mirada breve, de arriba abajo, y una media sonrisa que parece decir "otra más".

Y no es justo.

Porque el cabrón es guapo.

Pero sigue siendo un cabrón.

Un cabrón tardón.

No del tipo "es mono" o "tiene algo". No. Kevin Bishop es puro magnetismo: alto, espalda ancha, piel dorada por el sol y una mandíbula que parece tallada por algún dios aburrido con demasiado talento. Tiene unos ojos claros—verde o gris, aún no lo sé—y una

forma de mirar que no sé si incomoda o hipnotiza. El tipo de belleza que viene con peligro incluido. Como una tormenta sobre el mar. Me dan ganas de cruzar los brazos por puro instinto defensivo. Él sabe lo que provoca. Y lo disfruta.

Cálmate, Megan. Estás aquí para hacerle polvo.

—¿Megan, verdad? —pregunta con voz grave, como si ya supiera la respuesta pero le gustara oírla de mi boca.

—Correcto —respondo sin devolver la sonrisa—. Y tú eres el jugador con menos puntualidad del equipo, ¿no?

Él se ríe divertido. Se sienta en la silla frente a mí, y guarda silencio provocando que aumente todavía más la tensión a la ya palpable en el ambiente.

—Me gusta llegar cuando estoy listo —dice mientras da un sorbo a su botella—. Y ahora lo estoy.

—Qué considerado —contesto, pulsando el botón de grabar—. Vamos a empezar.

Él se recuesta en la silla, estira las piernas y me mira como si esto fuera una cita.

No lo es.

Pero no puedo negar que es... impactante.

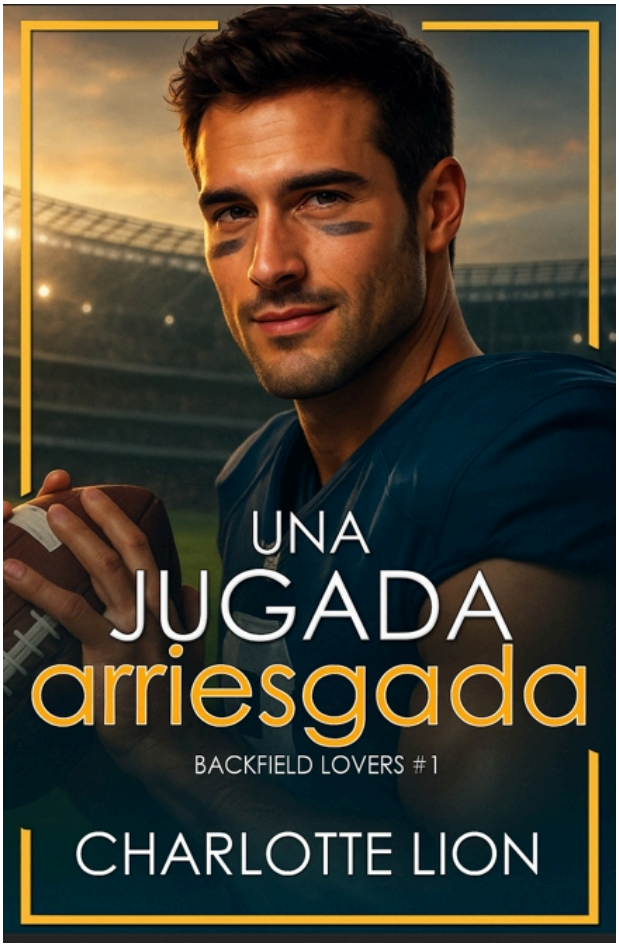
Tiene la mirada tan profunda que es imposible no dejarse llevar por ella.

Maldita sea.

Van a ser una semanas muy largas.

¡Lo Quiero Leer Completo!

UNA JUGADA ARRIESGADA (Serie Backfield lovers 1)



AMAZON.ES
AMAZON.COM